

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII

1793-95

TOMO III-CAMPAÑA DE CATALUÑA

VOLUMEN II



ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII

1793-95

TOMO III-CAMPAÑA DE CATALUÑA

VOLUMEN II



ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO

CAMPAÑAS EN LOS PIRINEOS

A FINALES DEL SIGLO XVIII
1793-95

TOMO III-CAMPAÑA DE CATALUÑA

VOLUMEN II



Campaña en los Pirineos a finales del siglo XVIII

Guerra de España con la Revolución Francesa
1793-1795

TOMO III (VOLUMEN II)

CAMPAÑA DE CATALUÑA
1794-1795

SEGUNDA PARTE
(Continuación)

Desarrollo de las operaciones militares durante
el año 1795.—Sitio de Rosas

TERCERA PARTE
APÉNDICES

Servicio Histórico Militar
MADRID
1954

PARTE SEGUNDA (CONTINUACIÓN)

DESARROLLO DE LAS OPERACIONES MILITARES DURANTE EL AÑO 1795

	<i>Páginas</i>
CAPÍTULO I.—Consideraciones preliminares	5
CAPÍTULO II.—Sitio de Rosas	25
CAPÍTULO III.—Sitio de Rosas (continuación).—Primer plan de ataque	35
CAPÍTULO IV.—Sitio de Rosas (continuación).—Segundo plan de ataque	49
CAPÍTULO V.—Sitio de Rosas (continuación).—Tercero y cuarto plan de ataque	65
CAPÍTULO VI.—La situación de España y Francia al comienzo del año 1795.	83
CAPÍTULO VII.—La actividad militar durante los meses de enero y febrero del año 1795	97
CAPÍTULO VIII.—Planes de campaña de Pérignon y del Comité de Salud Pública.—Establecimiento de los españoles en la línea del Fluviá.—Combates de Sistella (16 floreal-5 de mayo) y de Bascara (6 de mayo-17 floreal).	119
CAPÍTULO IX.—Combate de Pontos.—Scherer es nombrado General en Jefe. Triste situación del ejército francés	149
CAPÍTULO X.—Batalla del Fluviá.—Combates de Espinavesa, Pontos y Armadas	167
CAPÍTULO XI.—Situación del ejército francés después de la batalla del Fluviá.—Plan de fortificaciones del Ampurdán ideado por Scherer.—Carácter de la lucha a mediados de 1795.—Situación favorable del ejército español	199
CAPÍTULO XII.—Reconquista de la Cerdeña por las tropas españolas.—Puigcerdá y Belver son recuperados	215
CAPÍTULO XIII.—Crítica situación del ejército francés en los Pirineos Orientales a raíz de la conquista de la Cerdeña por los españoles.—Juicio crítico sobre la lucha desarrollada en Cataluña durante el año 1795	241

PARTE TERCERA

APÉNDICES

1.—Las comunicaciones.—Los pasos de las montañas	251
1 bis.—Enumeración de los principales caminos o pasajes que atraviesan la cadena de los Pirineos Orientales desde Port-Bou hasta el desfiladero de Puymorens	263
2.—Afectuosas demostraciones con que el pueblo de la ciudad de Barcelona recibió al Excmo. Sr. D. Luis Fermi de Carvajal y Vargas, Conde de la Unión	266
3.—Ejército francés.—Estado de la situación del ejército de los Pirineos Orientales en las diferentes épocas de las campañas	272
4.—Relación detallada de las 91 bocas de fuego que fueron abandonadas a los franceses en el sitio de Collioure	282
5.—Demanda formulada por los soldados franceses firmada por Beaupell.	283
6.—Relación oficial de la operación auxiliar (punta) llevada a cabo en el	

valle del Segre en los primeros días del mes de mayo (11 floreal) por la división de Cerdaña	284
7.—Discurso pronunciado por el general Despinoy ante la Convención ...	285
8.—Instrucción para las justicias y ayuntamientos del corregimiento de Cataluña	286
9.—Contestación dada por el Conde de la Unión a la Junta General de Somatenes a una consulta elevada por la misma acerca de las dificultades y situación insostenible que para los pueblos presen- taba la manutención de los mismos	289
10.—Campana del Rosellón 1794.—Escrito redactado por don Tomás de Morla	291
11.—Fragmento del parte oficial dado por el Teniente General Marqués de las Amarillas, que figura en el manuscrito «Campana de Cata- luña», referente a la rendición del Castillo de Figueras	311
12.—Idea general de las causas que han cooperado a la pérdida de la plaza de Figueras.—11 marzo 1795	314
12 bis.—Manifiesto del Comandante de Artillería de la plaza de Figueras y su impugnación por dos oficiales del Cuerpo de Ingenieros	325
13.—Libre propi de don Agustí Sans y Barraquer, Advocat de la vila de Figueras del Bisbat de Gerona, regulat per ell mateix ab moltíssim treball contenint varias cosas	335
14.—Acuerdo tomado por el Ayuntamiento de Manresa el día 30 de noviem- bre de 1794 con motivo de la rendición del castillo de Figueras ...	339
15.—Exhortación a la defensa de la patria que figura en el Diario de Bar- celona del 8 de diciembre	342
16.—Relación de las nueve baterías asentadas ante el recinto de la plaza de Rosas el día 1 de febrero de 1795	344
17.—Plan general que acordó el Principado de Cataluña por medio de sus diputados en las Juntas que presidió el Excmo. Sr. D. José de Urru- tia, General en Jefe del Ejército, para la defensa del Principado el 25 de enero de 1795, que ofreció cumplir y ejecutar si mereciese la aprobación de S. M.	345
18.—Bando para contener los excesos observados y mantener el mejor orden.	352
19.—Relación hecha por el Teniente General Príncipe de Monforte al Conde de la Unión del ataque francés a la posición de Boulou que figura en la «Gaceta de Madrid», del 13 de mayo	355
20.—Parte oficial cursado en 1.º de julio de 1794 por el Marqués de los Ba- ños al Duque de la Alcudia	358
21.—Comunicación del General en Jefe del ejército aliado, Conde de la Unión, al Ministro de la Guerra de S. M. C., el Conde del Campo de Alange, sobre los acontecimientos del 17 y 18 de septiembre de 1794	360
22.—Comunicación dirigida en 29 de septiembre por el Ministro de la Gue- rra de S. M. C., el Conde del Campo de Alange, al Conde de la Unión, General en Jefe del ejército aliado en Cataluña	362
23.—Oficio dirigido por el General en Jefe del ejército aliado, Conde de la Unión, al Ministro de la Guerra de S. M. C., Conde del Campo de Alange, en 4 de octubre de 1794	363
24.—Auxilios prestados al Gobierno por los catalanes durante la campaña 1794-1795	364
25.—Relación aparecida en la «Gaceta de Madrid», de varias de las ofertas hechas por los catalanes en hombres, dinero y especies de toda clase para atender al reclutamiento y sustento de las tropas durante la guerra de España con la Revolución francesa (1793-95)	369

CAPITULO PRIMERO

Consideraciones preliminares

Es nombrado General en Jefe del ejército de Cataluña, el General Urrutia.—Consideraciones acerca del mismo



EN la *Gaceta de Madrid* del 30 de diciembre de 1794, se participaba que: «El Rey se ha servido nombrar, para el Gobierno y Capitanía General del Principado de Cataluña, con la Presidencia de aquella Real Audiencia, al Teniente General don Joseph de Urrutia, General en Xefe de aquel ejército de campaña.»

Godoy lo había así propuesto a la Corte, y una vez más fué acertado en el nombramiento de un general en jefe para el ejército de Cataluña. Hemos expuesto, en páginas anteriores, la biografía de este ilustre General, ya entrado en años cuando fué designado para tal cargo.

Estima el Conde de Clonard, que esta medida era una concesión hecha al poder de las circunstancias dominantes: «Amarillas, prescindiendo de la necesidad de un carácter muy privilegiado para sobrellevar un cargo de tanta consecuencia, había perdido con los últimos sucesos el ascendiente que requiere el mando para que sea ejercido con utilidad. No llevaba Urrutia una reputación de primer orden, capaz de electrizar los ánimos con la magia de una gloria esplendente; colocado a la cabeza de una división había hecho la guerra en Navarra, sin distinguirse más que por un apego escrupuloso al malhadado plan de campaña, y por una circunspección que le hizo perder algunas ocasiones brillantes. Acaso estas mismas cualidades negativas para el bien en aquel teatro de la guerra, constituyeron sus principales títulos a los ojos del gobierno, y determinaron su elevación. Y fué ciertamente atinada. El dominio del genio es universal, y se despliega como el pensamiento de la Providencia sobre todas las circunstancias y localidades; pero hay talentos vastos, profundos, sistemáticos y regulares, que sólo se desenvuelven y brillan en una esfera determinada. Tal era el del General don José Urrutia. Tal vez el mismo celo con que había ejecutado siempre las órdenes superiores, revelaba en él, un hábito de disciplina y le hacía singularmente a propósito para restablecer la de un ejército desmoralizado, menos por sus derrotas que por la mala dirección. El carácter circunspecto de este Jefe, impidiéndole acometer empresas aventuradas, le inducía a preparar sus planes con madurez, y a ejecutarlos con una precisión casi matemática. Estas prendas convenían admirable-

mente a la situación de nuestro ejército. El mundo moral se rige por las mismas leyes generales que el mundo físico; a un ser convaleciente no puede exigírsele esfuerzos heroicos sin imponerle la muerte. Los hombres valen tanto cuanto mejor saben colocarse al nivel de las circunstancias; Fabio Cunctator, no hubiera brillado al lado de César; Urrutia, sin tener el genio épico de un Cortés o un Farnesio, podía desempeñar dignamente el cargo que se le había conferido. Urrutia se propuso, desde luego, restablecer la disciplina y enaltecer el abatido ánimo de sus tropas. Logró lo primero, más con su ejemplo que con sus órdenes y obtuvo lo segundo, empeñando en condiciones ventajosas ataques parciales, cuyo éxito feliz devolviera al ejército el sentimiento de sus fuerzas.»

Coincide, en absoluto, con el parecer del Conde de Clonard el del portugués Claudio de Chavy, quien manifiesta que «el General don José Urrutia, que desde el principio de la campaña hacía la guerra, mandado una división en los Pirineos occidentales, bajo el mando del benemérito don Ventura Caro, fué escogido en las pocas favorables condiciones en que se encontraba el ejército de Cataluña, para asumir el mando de General en Jefe. No había alcanzado en aquella época este General una importante reputación militar; siéndole, con todo, respetadas sus dotes de ciega subordinación a la autoridad superior, de rigidez, prudencia y circunspección en el cumplimiento de sus deberes. Supo cumplidamente demostrar, puesta así a prueba su capacidad superior, que poseía los méritos más a propósito para el desempeño, de la nada fácil misión de que el Gobierno acertadamente le encargara. Manifiesta este historiador portugués, de conformidad con el Conde de Clonard, que, el restablecimiento completo de la disciplina del ejército, y la reanudación del abatido ánimo de las tropas, son títulos de merecido crédito para la memoria del General don José Urrutia, a quien no faltaban cualidades de la mayor estimación en un buen General, así como el instinto de saber escoger a los que debían constituir su estado mayor, cualidad principalmente probada en la adquisición de su Mayor General don Gonzalo O'Farril, Oficial de Superior inteligencia y extraordinaria cultura, a quien la historia tributa la merecida alabanza por el papel importante, que, a su juiciosa influencia se debe, en las mejoras de restablecimiento del ejército de Cataluña.»

Es reconocido por los historiadores el
acierto del Gobierno en esta designación

El acierto de esta designación de Cuartel Maestre General por parte de don José Urrutia, es reconocido por casi todos los historiadores militares, y es interesante el indicar que, según lo expone Ossorio y Gallardo, el nuevo General en Jefe, del ejército de Cataluña había hecho, cabalmente, sus estudios en Barcelona, afirmando que mostró una cautela y una decisión semejantes a las que inmortalizaron a Ricardos, y

supo, a un tiempo mismo, adivinar y descomponer los planes ajenos, y reconstituir el buen espíritu de sus soldados. Ambos Generales se encontraron con el problema inicial del sitio de Rosas, y con la imperiosa necesidad de hacer frente a tantas circunstancias adversas como las que representaba la continuación de la guerra, o, de otro modo, la iniciación de una nueva campaña, porque, ante todo y sobre todo, si la situación general no podía ser más amenazadora, el ambiente social y cuanto hacía referencia al orden político del país, se mostraban contrarios a toda acción militar susceptible de ser llevada a fondo.

**Transformaciones o derivaciones de la
opinión pública, tanto en España como
en Europa entera**

Porque, en efecto, tanto en España como fuera de ella, todo marchaba a pasos apresurados a un cambio radical de la situación. El entusiasmo por la guerra iba perdiéndose día por día, y el anhelo de la paz era ya general en todos los beligerantes. Y por cierto que no era España la que menos se distinguía en esta transformación de la opinión pública y en este deseo de dar tregua a las hostilidades y, aún más que esto, al logro de una paz duradera. Mas por una de esas paradojas tan frecuentes en la vida de los individuos y de las colectividades humanas, cuando todos los beligerantes se disponían a dar fin a su disputa, Cataluña, por el contrario, se preparaba con mayor firmeza que nunca a proseguir la guerra, lo que, en aquellos momentos, representaba el ir reviviendo y fortaleciendo con inquebrantable ahinco su personalidad tradicional. Así no es extraño que el nuevo General en Jefe del ejército de operaciones en los Pirineos Orientales, no menos que su malogrado antecesor el Conde de la Unión, estimase, desde el primer momento, que el principal resorte que podría disponer para llenar su cometido, no era otro que el auxilio que el pueblo catalán se hallase dispuesto a ofrecer y poner en ejecución. Ya veremos en qué forma y cuán cumplidamente hubo de ser así.

**Cataluña, siempre dispuesta a mantener
su independencia**

Porque efectivamente, Cataluña ante el fracaso de su recuperación del Ampurdán, y la invasión de que era objeto, lejos de entregarse a la desesperanza y a la humillación, herida en lo más íntimo de su ser por los crímenes y vejaciones de que eran objeto por parte de los revolucionarios las poblaciones ocupadas o conquistadas, se dispuso a vengar tales ofensas y atropellos, y a dejar a salvo su dignidad y la libertad de la Patria. No necesitaba, pues, extremar sus esfuerzos el General español para conseguir el apoyo deseado.

**La situación política francesa comienza
a perder fortaleza**

Por otra parte cualquiera que fuese el estado de la situación en nuestro campo, en el francés, comenzaba a mostrarse no tan risueño como a los comienzos del año 1794. En un principio, la revolución pudo mostrar lo que pudiéramos llamar una unidad de doctrina y acción. Mas entregada a todas las calamidades de la miseria y del hambre así como a todos los excesos de la envidia y demás pasiones humanas, ya en el año 1794, a mediados del mismo, en los meses de junio y julio, en pleno seno de la Convención, se iniciaba, sin recato alguno, un proceso de disociación o descomposición difícil de contener en el mismo. La jornada del 9 thermidor dando fin al reinado del Terror, y como consecuencia del mismo, a la ejecución de Robespierre y de los suyos, y la inmolación de la Commune, era prueba evidente de que se iniciaba una fase nueva y contraria en la marcha de la Revolución.

La Convención misma tuvo buen cuidado de determinar por sí propia la significación del sangriento golpe de estado, al que tanto había contribuído. Era preciso exponer al pueblo la razón que pudiera existir para la realización de cuanto había ocurrido el 9 thermidor. Para operar un cambio de opinión el viejo Vadier, tuvo, en el primer momento, la *feliz idea* de presentar como realistas a todos cuantos habían tomado parte en el hecho de que se trata, llamándoles los conspiradores de la Commune, propalando la especie, completamente inexacta, de que, en la mesa del despacho del Alcalde de París, se había encontrado un sello con las flores de lis. Pero como afirma Ernest Hamel, en su «Historia de la revolución», éste no era otra cosa que un expediente que, en razón de su misma grosería, no podía engañar a nadie. La auténtica verdad era la expuesta por Barrére en un informe que la Asamblea decretó fuera impreso y enviado a todos los departamentos. «¿Qué es lo que reprochaba a los vencidos de la víspera? *El haber querido contener el curso majestuoso, terrible de la Revolución francesa.* Algunas voces aisladas hablaban ya de indulgencia; Barrére declaraba, enérgicamente, que la fuerza del gobierno revolucionario se encontraba al presente centuplicada. ¡La indulgencia! Si cosentía fuese acordada al error involuntario no podía concebirla para los aristócratas, cuyas maniobras le parecían todas criminales. Robespierre no había cesado de lamentarse que se hubiese erigido en crímenes, errores inveterados o prejuicios incurables, y se le acababa de matar. Barrére sostenía que los errores de la aristocracia eran igualmente criminales, y la Convención aplaudió. Pero la espada del terror, que en esta hora de duelos eternos para la república agitaba tan convulsamente el Comité de Salud Pública decapitado, hemos de verla más tarde, en las manos de la reacción y Dios sólo sabe el uso que de ella habrá de hacer.»

El 9 thermidor.—Su significación histórica

Diversas han sido las apreciaciones acerca de la significación del 9 thermidor, y no hemos de entrar en el examen de esta convulsión de la política revolucionaria. Pero si él pudo, hasta cierto punto, iniciar un período de mayor orden y paz en la vida de Francia, y si, con él, pudieron estar conformes gran número de franceses, para un perfecto conocimiento de la realidad histórica, creemos oportuno transcribir lo que el escritor francés nos expone a continuación.»

«En cuanto a la apreciación verdadera del 9 thermidor, la encontramos, sencilla y admirablemente expresada, en algunas palabras salidas de los labios de una simple mujer del campo. Se trataba de una joven granjera. Estaba sentada en su corral, teniendo un niño en sus rodillas, cuando tuvo conocimiento de la muerte de Robespierre. Presa de una emoción indefinible a la nueva del lamentable suceso, se levantó, bruscamente, como enloquecida, dejó caer a su hijo y exclamo en su *patois*, levantando los ojos y las manos al cielo : ¡ Oh ! ¡ Todo ha terminado para la felicidad del pobre pueblo ! ¡ Se ha matado al que tanto le amaba ! Este era el grito de la conciencia popular»—declara terminantemente el historiador que se ha citado. Y nosotros recogemos semejante referencia como muestra del estado de confusión y de divergencia de opiniones y sentimientos que entonces reinaba en el alma del pueblo francés.

Una distinción imprescindible.—El espíritu de los políticos de la Convención y el de las tropas en Campaña

Estado semejante había de reflejarse de un modo directo y fatalísimo en el pensar y en el sentir de las tropas que acampaban u operaban en las comarcas del norte de Cataluña. Y veremos, más adelante, en qué forma hubo de manifestarse esta influencia, aunque siempre tengamos que reconocer que, como lo manifiestan toda clase de historiadores civiles y militares, es preciso hacer una separación casi completa entre la labor y el espíritu de los ejércitos republicanos y los de la Convención, distinción hecha observar, más que por nadie, por los propios contemporáneos de aquella época.

No hemos de dilucidar ahora si las exclamaciones desesperadas y encomiásticas de la granjera citada respondían a la realidad, y si, en efecto, Robespierre pudo o no amar al pueblo en el grado o intensidad por ella manifestados, y mucho menos hemos de detenernos a estudiar si como lo da a entender Hamel y los historiadores y comentaristas de su cuerda, fué la Convención, y con ella el reinado del Terror, los legítimos productos de la obra renovadora en aquella ocasión iniciada por el ideal

revolucionario. Sin duda alguna el Terror fué el gran medio, el gran resorte del gobierno empleado por la terrible Asamblea.

«Comenzada la Convención en septiembre de 1793, reinó en Francia durante diez meses, es decir, hasta la muerte de Robespierre. En vano algunos jacobinos Danton, Camille Desmoulins, Héault de Séchelles, etc., trataron de proponer la clemencia. El único resultado de esta proposición fué el de enviar a sus autores al cadalso. Tan sólo la laxitud de la opinión pública puso fin a este vergonzoso régimen.»

«Las luchas sucesivas de los partidos en el seno de la Convención, y su marcha hacia las determinaciones extremas, fueron, progresivamente, eliminando los hombres más importantes que en ella habían desempeñado un puesto señalado. Por fin cayó, bajo la dominación exclusiva de Robespierre.» Todo cuanto acabamos de exponer está tomado de la obra de Gustavo le Bon, que hemos citado. Y creemos que sobra la razón a este sociólogo cuando afirma que, al desaparecer la Convención, el 26 de octubre de 1795, después de tres años de reinado, esta Asamblea hallábase envuelta de un menosprecio universal. Juguete perpetuo de los caprichos populares no había logrado pacificar la Francia, sino, por el contrario, la había sumido en la anarquía. La opinión que hubo de inspirar está perfectamente resumida en una carta escrita en julio de 1799 por el ministro de negocios extranjeros de Suecia, el baron Drickmann: «Me atrevo a esperar que jamás pueblo alguno será gobernado por la voluntad de criminales más imbéciles y más crueles que estos que ha sufrido Francia desde el comienzo de su nueva libertad.»

Una lección importante, que comprueba la falta de realidad del determinismo histórico.—Causas que dan lugar al desarrollo del episodio de referencia.—Una descripción del mismo de carácter novelesco

Y aunque pueda parecer algo fuera de oportunidad en una obra como la presente, no podemos resistir a la tentación de exponer algo que hace referencia al desarrollo verdaderamente circunstancial del episodio de que estamos tratando. Porque, en efecto, cuanto pudo ocurrir en París el 27 de julio de 1794, o sea el 9 thermidor del año II, no fué la consecuencia lógica, la determinación precisa de un proceso político en marcha, sino que, en él, influyeron esos factores que tanto descuidan los teorizantes de la historia y los doctrinarios de una realidad que muchas veces escapa a las previsiones de la razón humana.

Alfredo de Vigny, en su «Historia del Terror», describe con trazos cálidos y vigorosos las vicisitudes del episodio que nos ocupa, dándonos la sensación de cuanto ocurriera, tanto dentro de los muros del Palacio Nacional, asiento de los convencionalistas, como en las plazas y calles que lo rodeaban. En labios del protagonista de la obra (se trata de un relato novelesco) se expone la siguiente descripción; «El día 8 de

thermidor tuvo un amanecer rápido y diáfano. Fué una jornada muy larga. Vi, desde fuera, el combate interior del gran cuerpo de la República. En el Palacio Nacional, muy al revés de lo que ocurría ordinariamente, reinaba el silencio en la plaza, y el estruendo en el castillo. El pueblo esperó la decisión que se iba a tomar durante todo el día, pero fué en vano. Se estaban formando los bandos opuestos. La Commune reclutaba secciones enteras de la Guardia Nacional; los jacobinos, por su parte, discurseaban con exaltación en medio de la multitud.

«Todo el mundo iba armado; se oía probar las armas de fuego con detonaciones alarmantes. Llegó la noche, y se supo que la situación de Robespierre era más sólida que nunca, y que en un discurso fogoso había atacado violentamente a sus enemigos de la Convención.»

«¡Cómo! ¿No caería? ¿Viviría, seguiría matando y no iba a dejar de reinar? ¿Quién hubiera podido tener aquella noche un techo, una cama y sueño para echarlo todo en olvido? Nadie, cerca de mí, pensaba en tales cosas. Yo no abandonaba la plaza, vivía en ella y allí eché raíces». Tal había sido la víspera del día final del sangriento reinado del Terror, pero llegó, por fin, este día: «El de la crisis, como dice el personaje de referencia, y mis ojos, fatigados, le dieron la bienvenida desde lejos. La discordia fulminante rugió durante todo el día en el Palacio hasta el punto de hacer trepidar las paredes. Cuando un grito o una palabra resonaba en el exterior, todo París se estremecía y cambiaba por completo de aspecto. Ya se habían echado los dados sobre el tapete, y con ellos las cabezas. A veces, uno de los pálidos jugadores se asomaba a la ventana para enjugar el sudor de su frente y respirar; entonces, la muchedumbre estacionada ante el edificio, al verle, le preguntaba con ansiedad quién había ganado la partida.»

«De pronto, al terminar el día y la memorable sesión, se propaga la noticia de que acaba de ser lanzado por doquier un grito extraño e inesperado: «¡Muera el tirano!» y que Robespierre ha sido encarcelado. Y comienza inmediatamente la guerra civil. Cada cual corre a ocupar su puesto. Resuena el redoble de los tambores, brillan las armas y repercuten los gritos en el espacio. El Hotel de Villagime con su toque de rebato, con el que parece llamar desesperadamente a su dueño. Las Tullerías están erizadas de hierro. Poco después Robespierre, libertado, reina en su palacio; la Asamblea en el suyo. Durante toda la noche la Commune y la Convención piden socorro a sus partidarios y se excomulgan mutuamente.»

«El pueblo flotaba entre esos dos poderes. Los ciudadanos vagaban por las calles, llamándose unos a otros, interrogándose, procurando engañarse, y, con el temor de perderse ellos mismos y la nación, muchos permanecían en la plaza, golpeando el pavimento de la misma con la culata de sus fusiles, sobre los cuales apoyaban su barbilla esperando el día y la verdad.»

No podemos seguir transcribiendo todo el contenido de este relato. En cuanto se expone a continuación de lo anterior, el lector puede in-

formarse de cómo acudieron a la plaza del Carrousel, diez piezas de artillería, una de ellas a cargo de su veterano artillero, honrado ciudadano de escasa percepción mental, pero bien dispuesto a todo cuanto representase honradez y noble condescendencia. Habiendo recibido orden de Henriot de disparar contra la Convención, en virtud de la que este recibiera de la Commune, por mandato de Robespierre, de Saint-Just y de Couthon, dispúsose a asentar debidamente su pieza, reclamando el auxilio de sus cuatro compañeros: «Yo contemplaba —manifiesta el protagonista de referencia— aquella rueda del cañón que daba vueltas hacia adelante, y otras veces hacia atrás, y me parecía ver la rueda mitológica de la Fortuna... ¡Sí, era ella, no cabía duda, la verdadera rueda de la Fortuna!

«El destino del mundo entero dependía de aquella rueda. Si iba hacia delante, con el cañón apuntando, Robespierre resultaba vencedor. En aquel preciso momento los miembros de la convención se habían enterado de la presencia de Henriot, y tomaban asiento dispuestos a morir en sus sillas de la asamblea. El público de las tribunas había huído y venía a relatarlo a nuestro alrededor. Si el cañón llegaba a disparar, la Asamblea sería disuelta y las secciones reunidas pasarían a depender de la Commune, enteramente bajo el yugo de ésta. El Terror se establecía firmemente, luego parecía hacerse más suave... poco después quedaba un Ricardo III, un Cronwell o un Octavio... ¿Quién sabe?»

«Yo no respiraba, sólo miraba, no quería decir nada.»

«Si hubiese dicho una sola palabra a Blaureau, si hubiese puesto un grano de arena, el soplo o el más ligero gesto bajo la rueda, la habría hecho retroceder. Pero no me atrevía a hacerlo; quise ver lo que el Destino iba a decidir...» Y el destino determinó que la Convención no fuese cañoneada.

«Delante del cañón había una acera, cuyo bordillo gastado producía un declive muy pronunciado, y en él los cuatro artilleros no podían emplazar la pieza, cuyas ruedas resbalaban siempre hacia atrás.»

«Blairau retrocedió unos pasos y se cruzó de brazos como un artista desanimado y descontento, con una mueca. Se volvió de cara a un oficial de artillería y exclamó:

—«¡Esos artilleros son demasiado jóvenes, mi teniente! ¡No saben emplazar un cañón! Si no me manda usted otros, no hay manera de disparar, lo siento mucho.»

—«Yo no te mando que hagas fuego. No tengo nada que ver con eso—replicó el oficial malhumorado.»

¡Está bien, está bien! Eso ya cambia de aspecto... —repuso Blaureau, bostezando—. Entonces yo tampoco quiero meterme en ese asunto. Buenas noches.

«Dicho esto dió una patada al cañón, que rodando dió media vuelta, y se tendió encima perezosamente.»

(1) General encargado de las fuerzas destinadas a la defensa de los poderes que gobernaban o, mejor dicho, dominaban, a Francia.

«Henriot desenvainó su sable, que ya no arrastraba y gritó :

—«¡Vamos a ver ! ¿Disparas o no?

«Blaireau fumaba, y con la mecha apagada en la mano, contestó :

—«¡La vela de mi palmatoria se ha apagado ! ¡ Ve a acostarte !»

«Henriot enloquecido por la ira le dió un tremendo sablazo que no hizo más que rozarle. No hubo ya necesidad de nada más para que la cuestión quedara zanjada, y contra Henriot. Los artilleros, enfurecidos, hicieron caer sobre su pobre caballo una verdadera lluvia de puñetazos, puntapiés y golpes de escobillón ; y el desdichado general, cubierto de lodo y brutalmente zarandeado por su cabalgadura, como un saco de trigo sobre un asno, fué conducido al Louvre, para llegar como usted sabe, al Hotel de Ville, donde Coginhal, el jacobino, le tiró por la ventana, sobre un montón de estiércol, su lecho natural».

«En aquel preciso momento se presentaron los comisarios de la Convención, para declarar a gritos, desde lejos, que Robespierre, Saint-Just, Couthon y Henriot se hallaban *fuera de la ley*. Al oír estas palabras mágicas las secciones de ciudadanos organizados contestaron con atronadoras exclamaciones de alegría. El Carroussel se iluminó repentinamente. Cada fusil llevaba una antorcha. ¡ *Viva la libertad ! ¡ Viva la convención ! ¡ Mueran los tiranos !* clamaba la muchedumbre armada. Toda la ciudad se dirige al Hotel de Ville, y todo el pueblo se somete y se dispersa, al grito mágico que fué el interdicto republicano : ¡ *Fuera de la Ley !*»

«La Convención que había estado sitiada, efectuó su salida triunfal y fué, a su vez, de las Tullerías al Hotel de la Ville, a sitiar a la Commune...» De ser cierto este relato, ¿quién duda que en esta ocasión había sido el artillero Blaireau el verdadero hombre del destino, el que había dado fin al sangriento período del Terror?...

El relato histórico del 9 thermidor

Pero de este episodio, lo que la historia nos informa es, el de que la Commune, apenas instruída de cuanto pasaba en la Convención, por decisión de su consejo general reunido en el Hotel de Ville (Ayuntamiento) tomó la heroica decisión de prestar auxilio a los vencidos, es decir, a Robespierre y a los suyos y, bajo la enérgica impulsión del Alcalde y del agente nacional, invocando el artículo de la Constitución que marcaba como el más sagrado de los deberes la resistencia a la oposición, resolvióse, decididamente, a oponer al golpe de estado de la Convención la insurrección popular. Invitó al pueblo a reunir sus magistrados y los antiguos miembros de la Commune del 10 de agosto, a juntarse con él por salvar la Patria y la libertad. A continuación decretó, entre otras disposiciones, que el toque de alarma sonaría a tambor batiente en todos los cuarteles, que todas las secciones fueran inmediatamente convocadas, que los Comisarios que se encontraran en su seno fuesen al momento a poner en libertad a los representantes puestos en situación de arresto, y

confió al Comandante de la Guardia Nacional el cuidado de desembarazar la Convención de los procuradores que oprimían a los patriotas» (Hamel).

«Desdichadamente, Henriot no estuvo a la altura de su papel». Ordenó a sus artilleros derribar las puertas. Billad-Varennes denunció este atentado. Varios diputados se precipitan fuera de la sala. Collot-d'bois se lanza a ocupar su puesto, el sitio del presidente, este sitio colocado frente a la puerta, debe recibir las primeras balas. ¡Ciudadanos!, grita Collot, cubriéndose y sentándose, ¡ha llegado el momento de morir en nuestro puesto! ¡Muramos en él! le responde la Convención toda entera, sentándose en actitud de esperar el golpe. Los ciudadanos de las tribunas electrizados por esta actitud serena, se levantan y juran defender la Convención, salen en masa y se extienden por los jardines, por los patios, y en los cuarteles vecinos gritando: ¡A las armas! La Convención decreta a Henriot, fuera de la ley. El diputado Amar sale, escoltado de sus colegas intrépidos y arenga a las tropas; ¡artilleros! les dice: ¿Deshonraréis a vuestra Patria después de haber hecho tanto por ella? ¡Ved este hombre, está borracho! ¿Quién que no lo sea, puede mandar hacer fuego contra la representación y contra la Patria?» (Lamartine).

«Los artilleros, emocionados por estas palabras, intimidados por el decreto que se les comunica, rehusan la obediencia a su Jefe. Henriot, casi abandonado, se retira entristecido dejando sus cañones en la plaza del Hotel de Ville. El audaz Barrás es nombrado en su lugar Comandante de la Guardia Nacional y de todas las fuerzas de la Convención. Pónense a sus órdenes a Fréron, Léonard Bourdon, Legendre, Coupilleau de Fontenay, Bourdon (de l'Oise), todos ellos hombres de acción. Nombráronse doce Comisarios para fraternizar con las secciones, ilustrar al espíritu público sobre cuanto pasaba y volver la Guardia Nacional al servicio de la Convención. Las columnas de los seccionarios en marcha al *Hotel de Ville*, se desbandaron. Los grupos separados se dispersaron ante los impulsos contrarios de los agentes de la Commune, o de los comisarios de la Convención. Unos, continuaban su marcha hacia la plaza de Gréoe; los otros, concluyen por disponerse en orden de batalla bajo la espada de Barrás, alrededor de la artillería. El pueblo, atraído en sentido opuesto y ya cansado de convulsiones, oye al mismo tiempo las proclamas de la Commune y los decretos de *fuera de la Ley* de la Convención, no sabe de qué lado está la justicia, vacila y se detiene irresoluto.»

No podemos seguir con todo detalle el desarrollo de estos acontecimientos. Llegó un momento en el que la tropa de Leonardo Bourdon, que se había deslizado silenciosamente por las calles laterales, desembocó en la plaza de Grève gritando ¡Viva la Convención! En vano Henriot, con el sable en la mano y galopando como un insensato en medio de la muchedumbre que atropella, responde a este grito con el de ¡Viva la Commune! El desprecio universal que se siente por este

Jefe, el desorden de sus movimientos, el extravío de sus gestos, su señas de embriaguez, las calles cortadas, la flexibilidad de las columnas, siembran el descorazonamiento en las filas de los seccionarios. Los artilleros llenan de improperios a su estúpido General, vuelven la boca de sus cañones contra el Ayuntamiento y hacen retemblar las plazas y las calles al grito ensordecedor de ¡Viva la Convención! A continuación se dispersan.

La columna de Barrás se detiene ante este sitio para dejar que la muchedumbre evacue la plaza, en algunos minutos todo corre o se reúne a los batallones de Barrás. Un profundo silencio reina tras las puertas de la Commune. Leonard. Bourden teme sea un ardid semejante inmovilidad. Cree que los insurgentes, fortificados en su sala, van a aplastar su columna y a sepultarse en los restos del Hotel de Ville. Un mutuo terror deja largo tiempo vacía la plaza de Greve. Los sitiadores y los sitiados a distancia. Un disparo suena, en fin, en el interior. Gritos de horror. Un tumulto sordo sale a través de las ventanas. A este ruido Doulac, agente decidido del Comité de Seguridad general, al frente de veinticinco zapadores y de algunos granaderos, atraviesa la plaza, derriba las puertas a golpes de hacha y sube, bayoneta calada, la gran escalera.

Dentro de la sala, yacía en el suelo el cuerpo herido de Robespierre... ¡Y bien, tirano! le dijo Lagèndre, aproximándose al cuerpo de su enemigo, y apostrofándole, con voz teatral y con gesto de desafío ¡«Tú para quien la República no era ayer bastante grande, no ocupas hoy más que dos pies de largo en esta tablita». Y no fué la masa de aristócratas ni de burgueses, sino de hijos del pueblo, la que, ante el tirano caído y moribundo, hubo de exclamar: ¡Es preciso hacerle trizas!

El terror en las Provincias

Si el Terror había sido tan sangriento e intenso en París, en la sede de la Revolución, en las provincias, en el resto de Francia, no hubo de serlo menos: «Las ejecuciones de los tribunales revolucionarios en provincias no representan otra cosa que una parte de las matanzas llevadas a cabo durante el Terror. El Ejército revolucionario compuesto de vagabundos y de bandidos recorría Francia robando y asesinando. Su modo de proceder está bien señalado en este párrafo facilitado por Taine: A Bedouin, localidad de dos mil almas, en la que unos desconocidos hubieron de abatir el árbol de la libertad, cuatrocientas treinta y tres casas demolidas o incendiadas, dieciséis guillotinado, cuarenta y siete fusilados, todos los demás habitantes expulsados, reducidos a vivir como vagabundos en la montaña y abrigarse en las cavernas, fueron objeto de la venganza de los revolucionarios» (1).

La suerte de los desdichados enviados a sus tribunales no era mejor.

(1) GUSTAV DE BON: *La Revolución Francesa*.

Los simulacros del juicio habían sido bien pronto suprimidos. En Nantes, Carrier hizo ahogar, fusilar, ametrallar, a gusto de su fantasía, cerca de cinco mil personas, hombres mujeres y niños. Los detalles de estas matanzas figuran en el Monitor, cuando la reacción de Thermidor: «Yo he visto —dice Thomas— después de la toma de Noirmouthier quemar vivos a hombres, mujeres, ancianos... Violar mujeres, muchachas de catorce a quince años, matarlas a continuación, y arrojar, de bayoneta en bayoneta, a tiernos niños que se encontraban al lado de sus madres tendidas en la calle.»

No hemos de proseguir la relación, siempre somera, de los crímenes del Terror, tan conocidos y comentados por los escritores de todas clases, literatos, legistas, militares, historiadores. Sin duda alguna si el Terror fué el gran medio, el gran resorte del gobierno de la Convención, el crimen fué el único medio empleado por aquél para imponer sus decisiones: «El Terror fué sobre todo, una *Jacquerie* —afirma Emile Ollivier— un pillaje regularizado, la más vasta empresa de robo que ninguna asociación de malhechores haya jamás organizado». Esto ha podido decirse antes de que el marxismo empezara a desarrollar su obra devastadora. En el momento presente los crímenes, los robos, los incendios han sido superados en número y en intensidad.

Una consideración sobre los efectos causados por la política de la opresión y de la venganza despiadada

Y de los efectos que pudieron producir los criminales excesos del Terror, sólo recogeremos uno de ellos que en el día de hoy es capitalísimo tener en cuenta. Tal es el de la incapacidad del mismo para llevar el espanto y el aniquilamiento a las masas: «Dada la emoción producida en nuestros días por una ejecución capital—expone Gustavo le Bon—podría creerse que la de muchas personas a la vez debe conmover considerablemente, pero he aquí que el hábito embota la sensibilidad, que concluye por no prestársele gran atención. Las madres conducían en aquella ocasión sus hijos a ver los guillotizados, como hoy los conducen a un teatro de marionetas».

«El espectáculo cotidiano de las ejecuciones había, igualmente, dado a los hombres de esta época una gran indiferencia hacia la muerte. Todos subieron al cadalso sumamente tranquilos. Los girondinos escalaron sus peldaños cantando la Marseillaise». Y el hecho tiene su razón justificativa: «Esta resignación resultaba de la ley del hábito que amortigua muy pronto las emociones. A juzgar por los movimientos realistas que se reproducían diariamente, la perspectiva de la guillotina no espantaba. Las cosas se sucedían como si el Terror no hubiese aterrorizado a nadie. Este no es, desde luego, un procedimiento psicológico eficaz, más que a condición de durar poco. El verdadero terror reside mucho más en las amenazas que en su realización.»

¡Sabio consejo que no debían olvidar nunca aquellos gobiernos, aquellos partidos políticos, aquellas tendencias, que no encuentran, para asegurar la realización de sus propósitos y la satisfacción de sus ideales, otro recurso que el de acudir a los estériles excesos de la tiranía y del espanto! ¡Pincipio de buen sentido y de positiva eficacia, hoy más necesario que nunca!

**Continúa la lucha, después de la caída
Robespierre, entre el republicanismo fa-
nático y los partidarios de la reacción**

Después de la caída de Robespierre y de la desaparición del Terror, la lucha continuó, más viva que nunca, entre los republicanos fanáticos y los inclinados a la reacción. En vano en un informe sobre la situación de la República, Roberto Lindet, hizo resaltar las preciosas conquistas y los progresos de toda clase realizados por el gobierno caído en thermidor. Una guerra encarnizada no fué por ello menos declarada con todos cuantos habían sido ejecutores o firmes auxiliares de tal poder. Los thermidorianos reclutaron sus aliados entre los jóvenes elegantes, los cuales, en lugar de practicar las virtudes masculinas republicanas y defender la Patria en las fronteras, no pensaban en otra cosa que en el placer, inaugurando en el seno de la República una escuela de malas costumbres. Armados de garrotes, vestidos y peinados de una manera extravagante, crueles y afeminados a la vez, así aparecieron los petimetres, que desempeñaron tan triste papel en todas las escenas de la contrarrevolución. La juventud de que estamos tratando recibió el nombre, o mejor dicho, calificativo, de *dorada*, y tuvo por órgano al «Orador del pueblo» y por inspirador al indigno Fredón, de quien recibía las órdenes oportunas. Durante los meses de septiembre y octubre continuó el progreso de la reacción. Los jacobinos fueron disueltos, y en los salones de la nueva aristocracia ello causó una formidable explosión de alegría. En los teatros y en las calles resonaron los cantos de júbilo; y en lugar de la Marsellesa se oía el romance del Mont-Jourdain. Un periódico muy leído llegó a decir que la Revolución había sido una Saint-Barthelenny filosófica de cinco años. Los girondinos fueron llamados a tomar participación en la política de la república, y, al terminar el año 1794, y comenzar el siguiente, las costumbres francesas habían llegado a un lamentable estado de corrupción y de desorden.

Se cita el caso de Madame Tallien la mujer divorciada del anterior Marqués de Fontenay, árbitro de la moda femenina. En una ocasión, se presentó en público, en las Tullerías, con un traje de gasa, tan excesivamente transparente, que suscitó la indignación del público. Felizmente para ella llegó a pasar un diputado tan oportunamente que pudo escaparse del jardín y refugiarse en su coche. Sus adoradores la llamaban *nuestra señora de Thermidor*, pero aquellos que no olvidaban los excesos de su nuevo marido, trataban de deshonorarla con el dictado de *nues-*

tra señora de septiembre, siendo la inspiradora de ciertos bailes llamados de *las víctimas*, porque era preciso para tomar parte en ellos tener algún pariente guillotinado. «Todos los sentimientos generosos parecían haber desaparecido con las buenas costumbres —declara Hamel. Y en la odiosa celebración oficial de 21 de enero, los republicanos declaraban con desesperación, que, el espíritu que les había animado había muerto.»

**Se insiste en manifestar la influencia del
medio social en la moral y disciplina del
ejército**

Una vez más hemos de insistir en declarar que semejante estado de descomposición de la sociedad francesa no podía por menos de influir, desfavorablemente, sobre la moral y la disciplina de las tropas de la República, en forma tal que pudiera ser muy bien aprovechada por un enemigo que, como el ejército español, comenzaba a sentir un vivo deseo de rehabilitación y de reforma.

**Nuevas consideraciones sobre la actitud
catalana al comienzo del año 1795**

- En cuanto a la actitud de Cataluña, no hemos de hacer otra cosa que recordar lo que ya hemos expuesto anteriormente en varias ocasiones. Gerona era el punto central de nuestro frente defensivo y, por consiguiente, el objetivo principal del avance francés. Pero, como sabemos, en este movimiento de viril resolución del pueblo catalán y de continua reacción de toda clase de energías espirituales y físicas, la ciudad que nos ocupa merece especial señalamiento. «Las circunstancias la llevaron a distinguirse en el padecimiento y en la acción —expone Ossorio y Gallardo—. En su recinto actuó la Asamblea y gobernó la Junta. En él se fundieron las alarmas, congojas y dolores que sobre el Principado cayeron desde fines del 94. A ella se deben levantados ejemplos de patriotismo. La conducta que asombró al mundo en la guerra de la Independencia era también fruto de estas tristes enseñanzas.»

«Desde los comienzos de la guerra, había clamado inútilmente Gerona para que se remediase su desamparo. En instancia elevada al Ministro de Estado, en 28 de abril de 1793, ya le decía la referida Junta (y al hacerlo repetía otro memorial de 24 de febrero) que la ciudad estaba enteramente indefensa, sin un cañón montado, sin armas, sin municiones, sin tropa, sin la menor disposición de poder resistir, y, lo que era peor, sin esperanza de remedio, no viendo preparativo alguno, ni teniendo proporción para poder tratar con el Gobernador de un asunto, tan interesante, así por su natural repugnancia a asistir a los Ayuntamientos, como por su poco aprecio a todas las ideas de este Cuerpo.»

«Pasaron los meses. En 6 de octubre formuló la ciudad nuevo ruego al Capitán General. Creyó, por un momento, que había sido escuchada,

al saber que aquella autoridad había enviado armas al Gobernador; pero su decepción fué enorme cuando, al pedir a éste 700 fusiles para armar al vecindario, recibió la respuesta de que las armas eran para los pueblos, y, si las querían, la ciudad había de acudir a pedir las al Capitán General directamente. Hízolo así Gerona, en instancia de 9 de octubre en términos bastante enérgicos, pero con el mismo negativo resultado.»

«Llegado mayo de 1794, el Conde de la Unión ordena la formación de somatenes para que acuda a defender la frontera la mitad de la gente útil, desde los 15 a los 40 años. Inmediatamente el Ayuntamiento convoca a nobles, gaudines, párrocos, cónsules y prohombres de colegios y gremios. Todos secundan la iniciativa con el mayor entusiasmo. Rápidamente se toman acuerdos sobre el reclutamiento y los haberes, y, a los dos días de recibir el requerimiento, hay cien hombres en plan de marcha, a los cuales arenga, en catalán, el Obispo. Para el relevo de éstos se forma otra compañía. A nueva solicitud del General se constituye la tercera. Todos ocupan los lugares que se les destinan en Figueras y otros puntos. Un individuo del Ayuntamiento que los visita, comprueba su malísima asistencia, por lo que el Ayuntamiento acuerda suministrarles los utensilios convenientes.»

Actitud tan patriótica debía haber merecido la simpatía y el apoyo de los poderes políticos que regían el país: «Pero, a pesar de ejemplos tan confortadores, el Gobierno sigue sin resolver sobre la guarda de la ciudad —manifiesta el escritor cuyos conceptos estamos transcribiendo—. Y aún hubo más, pues la ciudad pudo sentir la amargura del abandono y de la indiferencia más absoluta, cuando se vió en inminente trance de ser atacada. Así fué cuando la desbandada del 20 de noviembre de 1794.

«El ejército, en aquel famoso repliegue con caracteres de fuga, se acogió a los muros de la urbe indefensa. Tras él entraron, tumultuosamente, los vecindarios en masa, que escapaban de Figueras y de otros pueblos ante la presencia de las bayonetas republicanas. Paisanos desesperados, mujeres medrosas, tropas desconcertadas, caballos, mulas de los arrastres, cañones, armas, toda la enorme impedimenta de un ejército en desorden y de muchas poblaciones en pánico, inundaba las calles de la capital haciéndolas intransitables. Al problema de la defensa se unía el de la salud pública, y a ambos, el de las subsistencias.»

Decidió el Ayuntamiento iluminar las calles. Noticioso de que había llegado el 21 el General en Jefe (Amarillas), acordó pasar a cumplimentarle, pidiéndole, al efecto, día y hora, y el general contestó: ¡que estaba fatigado y que dentro de dos o tres días resolvería sobre la visita!»

A todo esto el miedo se iba haciendo contagioso, y, además de los muchos particulares que huían o se preparaban a huir, lo hicieron el Obispo y todo el Cabildo catedralicio, pero las instituciones locales y populares de gobierno opusieron un propósito firme y decidido de sólida y enérgica defensa.

«El Ayuntamiento contrarrestó esa conducta siguiendo la absolutamente contraria, pero sin dejar por ello de revelar su pesimismo, en términos quizás más alarmantes que la fuga misma. El mismo día 30 de noviembre, acordaron los concejales: no separarse ni salirse de la ciudad, a menos que se les mande por alguna orden superior, por no ser justo que el Magistrado, que está encargado de procurar los abastos y demás alivios posibles a sus vecinos, los desamparase en estas críticas ocurrencias; pero que ante la contingencia de ser invadida esta ciudad de los enemigos, a cuya invasión es muy regular preceda la correspondiente capitulación, se solicita por parte del Ayuntamiento, en nombre de toda la ciudad, al Gobernador de la plaza, o a quien corresponda, que se pida con todo esfuerzo por la conservación de Nuestra Santa Religión, por las vidas y Haciendas de estos moradores, conservación de sus Privilegios, y que no se les precise a tomar las Armas en la actual Guerra contra algunas de las Provincias (debe ser Potencias) aliadas.»

«En Memorial de 4 de diciembre comunica el Ayuntamiento a S. M. esta honrosa decisión, pero, al propio tiempo le pide los auxilios y socorros que baldíamente habían demandado otras veces. El Rey les da las gracias y afirma haber dado órdenes para socorrer a la ciudad... el 15 de diciembre. Mala era la tardanza de casi dos años, pero peor fué lo ilusorio de la promesa, ya que la acción del Gobierno siguió siendo incógnita.»

«Para complicar la situación cayeron, en enero de 1795, unas lluvias torrenciales de tal intensidad y persistencia que, para alejarlas, hubieron de hacerse rogativas oficiales de 25 misas, ante los sepulcros de los santos tutelares Narciso y Dalmacio. Entre el lodo, el estiércol de todo el ganado del Ejército y la presencia de numerosas mulas muertas en la vía pública, formábase un pestilente olor, que no alcanzaban a desterrar las órdenes municipales de barrer y aún perfumar las calles.»

El pueblo catalán y el ejército

Situación tan desfavorable venía a ser acrecentada por otros males de naturaleza muy distinta, pues, como advierte Ossorio y Gallardo, «a todo esto, la relación entre el pueblo y el ejército distaba mucho de ser cordial. Los piques, encuentros y resquemores eran constantes. Un día porque el Gobierno no paga 9.575 reales que el anterior Gobernador, Duque del Parque, había pedido anticipados al Ayuntamiento; otro, porque los paisanos se niegan a conducir a los prisioneros franceses, habiendo, como había, tropas de sobra; más tarde, porque al Mariscal de Campo, señor Arias, se le ocurre que los vecinos del Puente Mayor apronten cada día 24 peones, y den todos sus carros, dos veces a la semana, para arreglar la carretera Real, a lo cual, los vecinos se resisten, reputándose víctimas de un gravamen desigual, y pidiendo amparo al Ayuntamiento que se lo presta; otra vez, porque el General tiene que

pedir paisanos para llevar heridos, pues los soldados, empleados en la conducción, «roban y saquean por los pueblos de su tránsito»; frecuentemente porque los vecinos se niegan a alojar a muchos oficiales, etc., etcétera; lo positivo, es que los dos elementos, que habían de batallar identificados, no se miraban con el mayor afecto.»

Y todo esto sucedía, desgraciadamente, cuando la amenaza de una acción ofensiva por parte del enemigo se presumía con sobrada razón: «Juzgábase tan inminente y comprometido el sitio, que, en 2 de diciembre, el Gobernador encargaba al Ayuntamiento hiciese saber a los vecinos que, quien no tuviera víveres para seis meses se marchase de la ciudad. Y, por si todo esto no fuera bastante pavoroso, la sobra del terror se cernía sobre aquella página histórica, como reflejo inevitable de la táctica francesa, al imponer, por la guillotina, una disciplina militar y social, repugnante por su crueldad, pero de eficacia indiscutible. El 24 de diciembre de 1794 se ahorcaba al Bayle de la Bajol; el 9 de enero de 1795 se ahorcaba a dos soldados franceses de los que militaban a nuestro lado en la Legión de la Reina; el 13 eran arcabuceados otros seis soldados de la misma Legión; morían igualmente, en la horca, un artillero el 7 de febrero; un paisano, vecino de Perelada, el 21 de marzo; dos soldados del Regimiento de Nápoles, el 22 de abril; otro compañero suyo al día siguiente...»

Y que a pesar de todo había en Gerona gente dispuesta a la lucha, lo pone de manifiesto aquella «Cansó dels Miquelets» que en una de sus estrofas decía:

«Tocan lo corn allà en Gerona
del gran Urrutia al manament,
qui la bandera al ayre dona
crident a l'arma lo jovent:
Ea minyons aném corrent,
ventimnos a la valentona;
vinga'l gambetto al coll tirat
y la espardenya per calsat.
Vinga l'ayrosa faldilleta
del Miquelet propri ornament.
qu'es la gonella als lloms estreta
sota l'Arnés antiguament.
Y si ara sens metall, ni argent,
no atura bala, ó bayoneta,
ab tot veurer, sabrem fer,
qu'áes cadascú un almugaver
Responent
Ayre minyons en nom de Deu
tingám l'cor de un Machabeu,
que hereus som dels almugavers.»

CAPITULO II
Sitio de Rosas

Iniciación de los trabajos para la ejecución de las operaciones del sitio



El sitio de Rosas inaugura la campaña del año 1795, aunque como sabemos comenzara a últimos del mes de noviembre, después de la victoria francesa en la batalla de las líneas de Figueras.

En efecto, dispuesto Perignon a conquistar la plaza de referencia, tan deseada por el representante Fabre y objeto de una triste expedición francesa durante la campaña de 1793, ordenó a su divisionario Sauret llevara a cabo las primeras operaciones del sitio, y en cumplimiento de dicha orden, el 24 de noviembre (4 Brumario), cuatro Brigadas de su División (que era la de la izquierda) tenían establecido el cerco de la plaza, sin otra excepción que el sector marítimo sobre el que ejercía pleno dominio nuestra escuadra al mando del ilustre Almirante Gravina. Victor, con su Brigada había tomado posición en la montaña; Causse y Motte continuaban concentrados en la llanura, y Guillot cerraba el cerco situado ante las marismas de Castellón. Una batería de nueve obuses hallábase asentada ante Garriga y esta batería, con el fin de hacer más fuerza sobre el ánimo, no muy fuerte, del Gobernador de la plaza, el Brigadier don Manuel de Tovar, para decidirle a rendirla cuanto antes, vino a romper el fuego sobre ella. Mas el intento resultó fallido, pues las dos intimaciones hechas no recibieron contestación alguna.

Intimación de Perignon al Gobernador de la Plaza

En situación tan poco definida, el 1.º de diciembre llegó Perignon a Palau, en donde quedó establecido su cuartel general. Inmediatamente dirigió a Tovar la carta siguiente :

«Lee la capitulación del castillo de Figueras y juzga por tí mismo si el ejército republicano debe atenerse a tu resistencia. Generoso, tanto como potente, desea no tener que ejercer acto riguroso alguno. Pero si tú no le rindes, desde hoy, la villa, el fuerte y el puerto de Rosas, has renunciado a su indulgencia. Es irrevocable esta última intimación que te hago, Tienes hasta el mediodía para responder. Pasada esta hora no pienses ser escuchado. Obrará la fuerza, y el día de nuestra entrada será para tí y la guarnición el último de vuestra vida.»

El Gobernador Tovar solicita un plazo de veinticuatro horas para reunir un Consejo de Guerra.—Contestación de Perignon.—Este, sin respuesta, devuelve los rehenes; pero, casi al mismo tiempo, el General francés recibe la respuesta negativa y categórica del Gobernador de la Plaza

La contestación dada a tan conminativo documento fué tan sólo la de solicitar un plazo de veinticuatro horas para reunir un Consejo de guerra, consultarle y dar cuenta de ello a los Oficiales de la escuadra. El plazo fué concedido a condición de que no fuese aprovechado para evacuar la guarnición y siempre que se enviasen rehenes. Estos se entregaron inmediatamente, llevando a Perignon una segunda carta de Tovar, contenida en los siguientes términos: «Los Generales de Marina no creen deber intervenir en los asuntos de la plaza, por ello he enviado por mar a un Oficial, al General en Jefe, para que me indique la conducta que debo observar, y cuento con un nuevo plazo hasta que vuelva este mensajero.» «Tú abusas de mis bondades», replicó inmediatamente el General republicano. «Piensa que yo soy el órgano de un ejército victorioso, y en un encolerizamiento tal, que nada puede calmarle como no sea la sumisión a su voluntad. Tienes hasta el mediodía de mañana; esto es irrevocable. Estaré a esa hora en Palau, y si no has enviado comisario provisto de plenos poderes para aceptar las condiciones que yo dicte, devolveré los rehenes portadores del decreto de muerte...» En efecto, a la mañana siguiente y hora del mediodía, Perignon, no habiendo recibido de Tovar otra respuesta que una solicitud más de concesión de plazo, devolvió los rehenes, declarándole: «Que denunciaba a todo el género humano, al Gobernador y a los Generales que así le forzaban a ejercer contra la guarnición de Rosas, todos los rigores de la guerra.»

Pero ya en esta ocasión, Tovar hubo de manifestarse con mayor decisión, y, casi al mismo tiempo que recibía a los rehenes de vuelta de su comisión, y con la respuesta del General francés, siguiendo las instrucciones que acababa de recibir, envió una comunicación, advirtiéndole: «Que la plaza de Rosas hallándose intacta, bien provista de municiones y susceptible de ser socorrida por mar, el Gobernador no podía aceptar proposiciones que tan sólo cabía hacer a una plaza en el estado más ruinoso.»

Después de una declaración tan terminante no le quedaba a Perignon otro recurso que el de disponerse a emprender el sitio de la plaza de Rosas. Es pertinente que ofrezcamos a nuestros lectores unas ligeras referencias acerca de la plaza, de la bahía y del golfo de este nombre.

Descripción de la fortaleza de Rosas

Al sur del macizo montañoso que avanzando hacia el mar hunde en sus aguas los espolones llamados Cabo de Norfeo, Punta de Bernat y Punta de Falcó, la costa viene a formar un entrante al este del Ampurdán, fórmase así el golfo de Rosas en una extensión de cuatro a cinco leguas, entre el citado macizo montañoso y la punta de las salinas, frente a las islas Medas y al norte de la desembocadura del río Ter.

Pero la costa extendida en forma de arco, en su extremidad norte forma un pequeño entrante que constituye la ensenada o bahía de Rosas, abrigada de los vientos procedentes del Mediterráneo por la masa rocosa que antes hemos citado. El río Fluviá viene a desembocar en el golfo que nos ocupa, en su sector meridional, y fué en esta parte, no lejos de esta desembocadura, en donde, un día, tuvo asiento la antigua *Emporice*, hoy *Ampurias*. Frente a ella, en la citada extremidad norte, hubo de construirse a *Rhode*, asiento de una colonia de griegos procedentes de la isla de Rodas, y de cuyo nombre se deriva el actual de Rosas. En general la costa es pantanosa, y cubierta por las arenas que depositan en la playa las olas marítimas, y el encharcamiento se hace notar mucho más, a las inmediaciones de la desembocadura del Fluviá, como puede comprenderse. De esta suerte, las invasiones de arena que perdieron a Ampurias, respetaron, al contrario, la rama opuesta del golfo, abrigada, según hemos hecho notar anteriormente, por la masa protectora de las últimas estribaciones orientales de los Pirineos.

Pero, no obstante la significación estratégica del puerto de que tratamos, desde el punto de vista de las operaciones navales, en ningún tiempo ha sido objeto por parte de España, ni de la misma Cataluña, de la debida atención, tratando de mejorar sus propias condiciones naturales. En la época en que se desarrollaron los acontecimientos de que estamos tratando, toda la defensa quedaba reducida a la existencia de una ciudadela al oeste de la localidad, y a un fortín, llamado por los españoles fuerte de la Trinidad, y, por los franceses, le *Bouton de Roses*. Entre ambas fortificaciones, en 1795, el pueblo casi quedaba reducido a una alineación de casas, a lo largo de la costa, en una longitud de cerca de 700 metros. Ni aún los vientos procedentes del norte o del oeste eran de temer en la bahía; tan sólo venía a serlo el que, procedente del este, recibía el nombre de *tramontana*; pero, aunque fuese de consideración y violencia, era, sin embargo, favorable para la navegación a vela.

En cuanto a la ciudadela, ella era la que, realmente, revestía el carácter y la importancia de una plaza de guerra a Rosas, aunque con calificación de tercero o cuarto orden. Esta obra, al oeste de la localidad y a su inmediación, y a las proximidades de la costa, había sido construída a mediados del siglo XVI, por el ingeniero Pizano, según traza en forma de pentágono, provisto de baluartes y con muros bastante altos; el foso, aunque no profundo, hallábase bien revestido, y, a falta de trabajos ex-

teriores, existía uno, como segundo recinto, de no mucha consistencia. En estas condiciones puede comprenderse que no eran muchos los obstáculos que la plaza ofrecía al levantamiento de tierras y a las obras propias de las operaciones del sitio, tales como las brechas y caminos cubiertos, y otro tanto pudiéramos decir respecto de los asaltos. Este pentágono irregular tenía uno de sus frentes, el más extenso, de unas 160 toesas, dando cara al mar y dominando la costa; otro mirando a la llanura, y los otros dos a la montaña. Las escarpas de 10 a 12 metros y las contraescarpas de casi seis de anchura, hallábanse construídas sólidamente. Los fosos, aunque artificiales, puesto que su fondo hallábase casi a nivel del suelo, tenían en cambio la ventaja de estar siempre anegados de agua, tanto por las que permanentemente proporcionaba una fuente, como debido a las lluvias, que caían en aquella comarca con una violencia grande.

De todos modos la ciudadela de Rosas ofrecía una originalidad en la disposición de sus caminos cubiertos. Los ingenieros españoles, ante la necesidad de haber tenido que cubrir con enormes terraplenes estos caminos cubiertos, dada su inclinación marcadísima en suave pendiente hacia la campiña, habían cortado los glacia a poca distancia de sus crestas por medio de taludes, casi cortados a pico, sosteniendo murallas en piedras vivas, generalmente unidas con mortero de tierra, y con una altura de 18 pies.

Para la seguridad y defensa de los caminos cubiertos se habían construído una especie de *medias lunas*, alternando con *contraguardias*, de suerte que, en su conjunto, venían a constituir como un segundo recinto, que, aunque careciese de foso, poseía en cambio las ventajas inherentes a una *línea o frente bastionado*.

Ahora bien, es necesario hacer observar que las condiciones defensivas de la ciudadela falseaban en un punto esencial, pues en el interior no existían bóvedas, casamatas ni subterráneos capaces de resistir a un bombardeo y librar convenientemente de los fuegos del enemigo a las tropas de la guarnición.

Una obra exterior importante

Al este de la plaza y a la proximidad de la costa álzase una enorme masa rocosa llamada el Puig Ron, desde cuya cima se domina perfectamente toda la bahía, y, por consiguiente, tanto a la ciudadela citada como a la entonces pequeña localidad o pueblo de Rosas. Uno de los espolones de esta masa rocosa, dirigiéndose hacia el sur, viene a formar junto a la costa una pequeña elevación sobre la cual se hallaba construído el *fuerte de la Trinidad* o *Botón de Rosas*, de que antes dimos cuenta. Si la ciudadela estaba inmediata a la localidad, el fortín distaba unos 2.400 metros de la primera y 1.700 de la segunda, hallándose a 66 de elevación sobre el nivel del mar.

La traza del fuerte afectaba la figura de un cuadrilátero ligeramente

estrellado, en el que el plano de la base se inclinaba en sentido descendente hacia el revés de la colina, que tenía su escarpado mirando al mar.

La cresta se mostraba en forma de dorso de asno, y en ella los dos frentes superiores bordeaban la parte meridional de la misma, en tanto que los inferiores seguían la horizontal del escarpado, de suerte que estos últimos venían a constituir una verdadera batería de costa, dominada por otras dos terrazas artilladas con cañones, igualmente destinados a la defensa de la rada.

Si del lado del mar estas baterías así asentadas no podían poner sus piezas a cubierto, en cambio sí estaban desenfildas de las alturas del Puig Ron. El frente superior del castillo que nos ocupa ofrecía un saliente acasamatado en el que hallábase asentada una batería y estando precedido de un rediente de fábrica que cubría la puerta de entrada. No obstante, era esta parte de la fortificación la sola susceptible de ser atacada fácilmente, estando tan a descubierto que, el fortín no ofrecía, en esta parte, defensa alguna, quedando toda ésta encomendada al inerte obstáculo de las murallas.

Como quiera que estas murallas eran lo suficientemente elevadas para imposibilitar una escalada, y teniendo además en cuenta que, por su gran espesor y consistencia grande, no podían ser batidas más que por la artillería de mediano calibre, al no poder transportarse por otra parte a la alto del Puig Ron la del grueso calibre, los españoles juzgábamos el fuerte de la Trinidad como una posición inatacable, y, en efecto, hasta aquel entonces no lo había sido nunca, en tanto que la ciudadela hubo de serlo, en 1645, por Plessis-Praslin, después de cuarenta y nueve días de trinchera abierta, y la segunda, en 1693, por el Duque de Noailles, a pesar de las terribles inundaciones tan frecuentes en la parte baja del llano.

La guarnición de la plaza no pasaba de unos 200 hombres, sin esperanzas de refuerzos ni auxilios por parte de la ciudadela, y solo podía contar en favor suyo el hecho de que en aquella ocasión era la escuadra española la dueña del mar; cosa que no hubo de ocurrir a los franceses en las dos ocasiones que se han citado. La seguridad de la defensa de Rosas estribaba principalmente en el hecho, como vemos, de ser inaccesible a los franceses la ascensión de sus cañones de sitio o de gran alcance y en la citada dominación de nuestros navíos en el Mediterráneo.

Opinión sobre el valor militar de la Plaza

El Conde de Clonard, refiriéndose a este sitio de Rosas, expone que esta plaza «tiene alguna importancia estratégica porque domina todo el Ampurdán y manda algunas comunicaciones marítimas de primer orden»; pero, asimismo, declara que: «Ni por su posición topográfica ni por sus fortificaciones, merecía verdaderamente el nombre de plaza.» Y, como para justificar juicio tal, sigue exponiendo: «Hállase situada a la orilla del mar, sobre un terreno cuyas ondulaciones hacen su acce-

so muy fácil a un ejército enemigo. Por sus lados norte y sur se elevan, formando un caprichoso panorama, algunas alturas cónicas que dominan enteramente la población. Desde la cresta de estas colinas se pueden descubrir todos los trabajos que se realicen en el interior de la villa, y fulminar contra ellos un fuego casi irresistible. Las mismas grietas que se abren al pie de las alturas ofrecen a los sitiadores paralelas naturales de mucho efecto. Rosas no tenía ni camino cubierto, ni glacis, ni edificios a prueba de bomba, ni medio alguno para neutralizar el golpe de los proyectiles, que, en algunos puntos, pueden caer desde una elevación de 123 pies.»

Nuestro General, coincidiendo con la opinión de los historiadores militares y, según lo hemos ya indicado, afirma que: «La principal, o, mejor dicho, la única defensa de Rosas, consiste en la fortaleza y en el castillo o fortín llamado de la Trinidad; aquélla tiene dos recintos de murallas, un foso, un glacis, y éste consta de tres plataformas cubiertas de baterías cuyos fuegos abarcan la plaza y la entrada de la bahía. Así el fuerte de la Trinidad puede y debe considerarse como el escudo de Rosas, pero está también dominado por una eminencia áspera y escarpada, denominada Puig Ron. Se había creído imposible colocar en la cima de este pico una batería, pero la experiencia hizo ver que nada hay imposible para el valor, y el de los franceses, en este sitio, llegó hasta el colmo del heroísmo.»

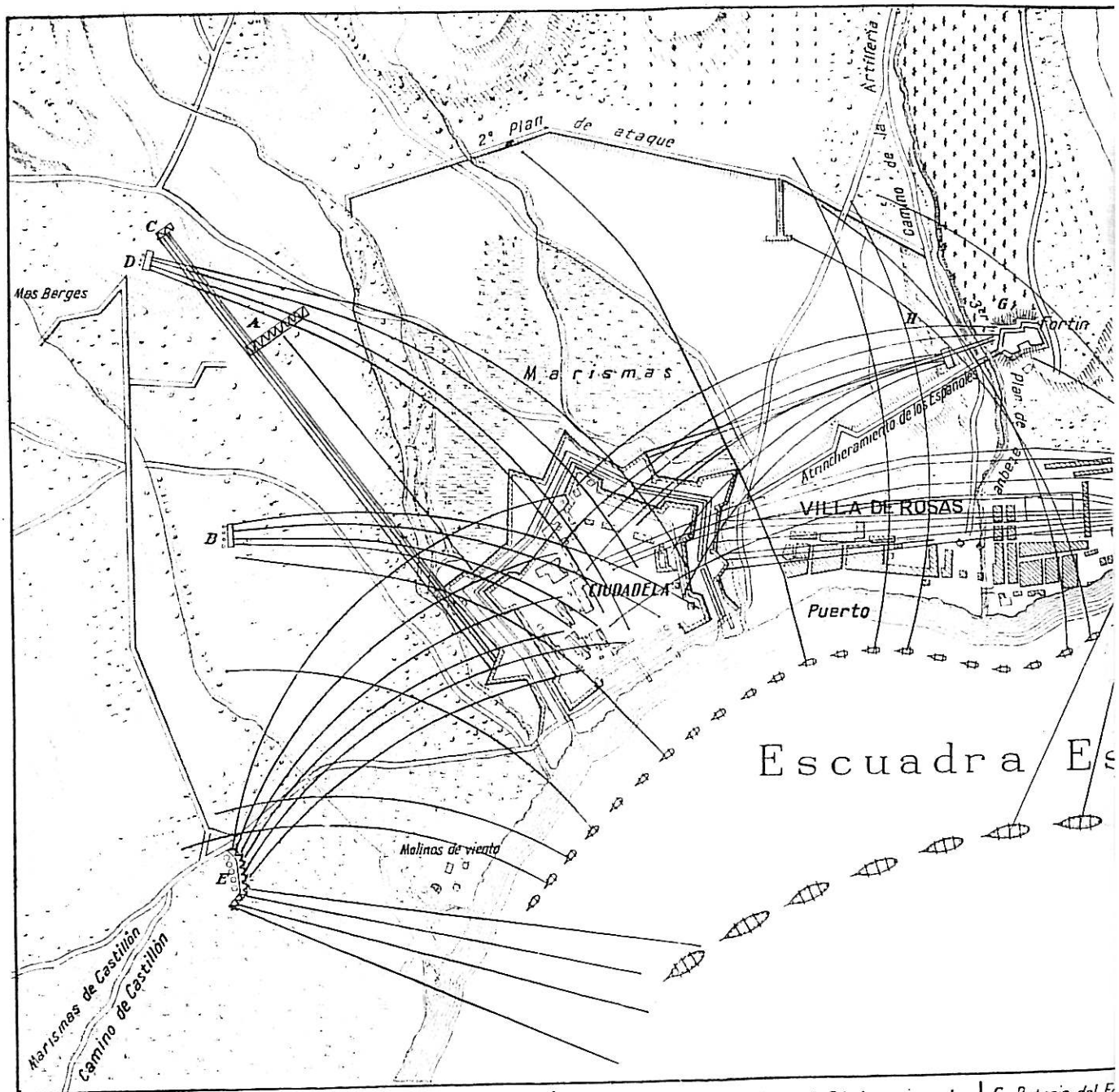
Pero, ante la amenaza de un segundo sitio, las fortificaciones de la plaza de Rosas se habían reforzado con una trinchera que dejando entre ella y las casas del pueblo un espacio capaz de abrigar en él a dos mil hombres, adoptaba una disposición en línea recta desde el saliente oriental de la ciudadela hasta el pie de la montaña de Puig Ron, en una longitud de 670 metros, teniendo en su parte central un saliente, y apoyando su flanco derecho en un fortín abaluartado y construido en piedra viva.

El ejército francés, ante Rosas

Que el sitio había de establecerse era cosa que no cabía dudar desde que, a mediados del mes de noviembre anterior, se habían presentado los franceses con un crecido cuerpo de ejército de 30.000 hombres, con un soberbio tren de batir, con contingentes muy lucidos de ingenieros y gastadores, y con cuantos elementos hubieran podido desplegarse en la expugnación de una plaza de primer orden. Indudablemente, como indica Clonard, su comunicación con Figueras, sólidamente establecida, les daba, además, el medio de robustecerse siempre, y cuando lo creyeran necesario.

Y no es extraño que el ejército francés se presentase en esta forma si, como declara Fervel, para forzar una plaza así preparada, se precisaban grandes recursos. Ciertamente que, la guarnición de Rosas, muy débil en un principio, se aumentó después, formando un total de 4.000 hom-

SITIO DE ROSA

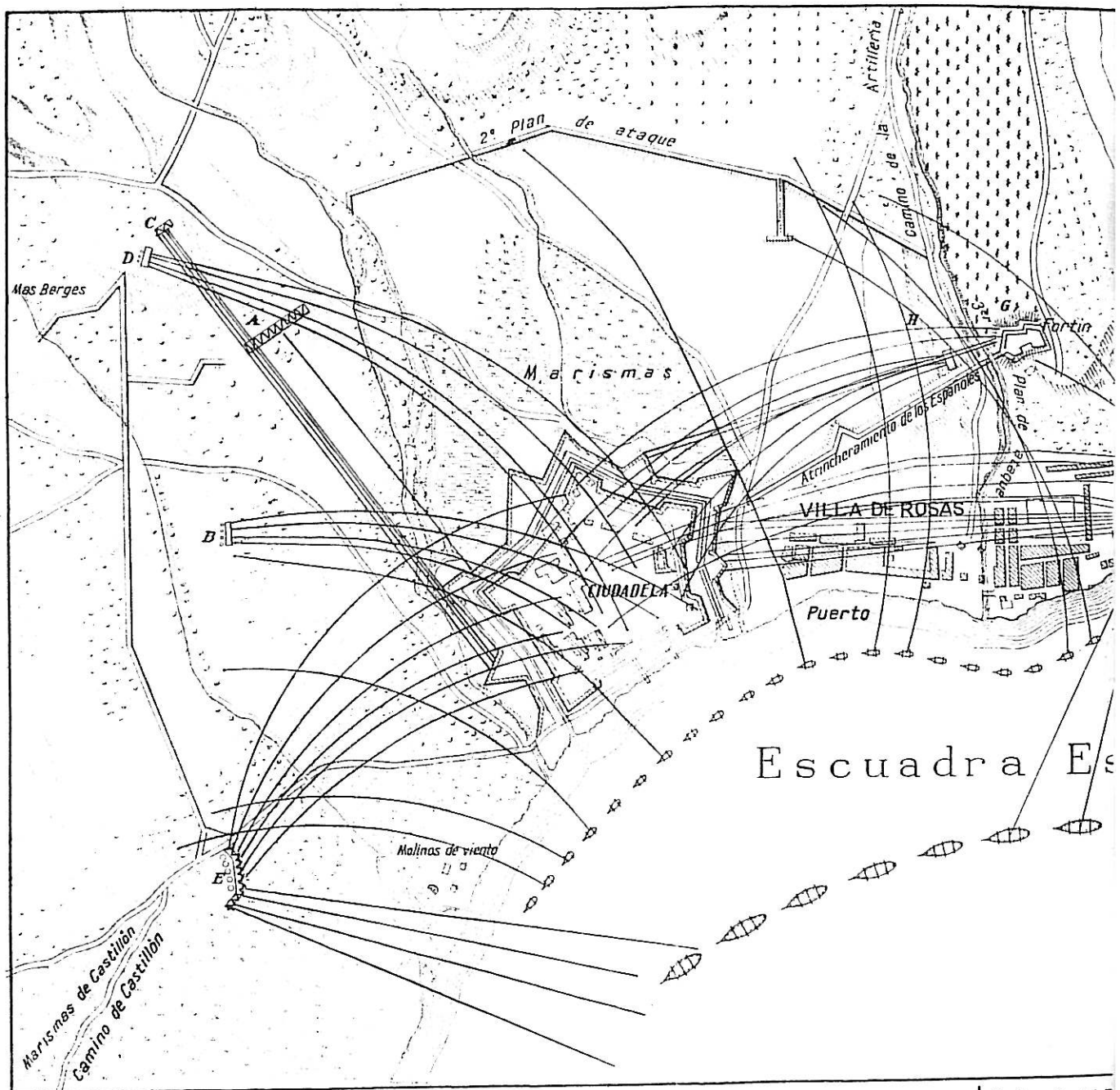


- A Gran Bateria Republicana de 18 piezas de 24 ó de 16
 B Bateria de 4 morteros de 12 pulgadas.
 C Bateria de 4 piezas de 24.
 D Bateria de 4 morteros de 10 pulgadas.

- E Bateria de la Playa: 4 piezas de 24, 4 morteros de 12 pulgadas, 2 obuses de 8 pulgadas.
 F Bateria del Arrabal: 8 piezas de 24, 1 mortero, 1 obús
 H Bateria con: 1 mortero de 10 pulgadas, 2 de 8.

- G Bateria del F.
 I Bateria de la H.
 K Otra con: 1 piez

SITIO DE ROSA

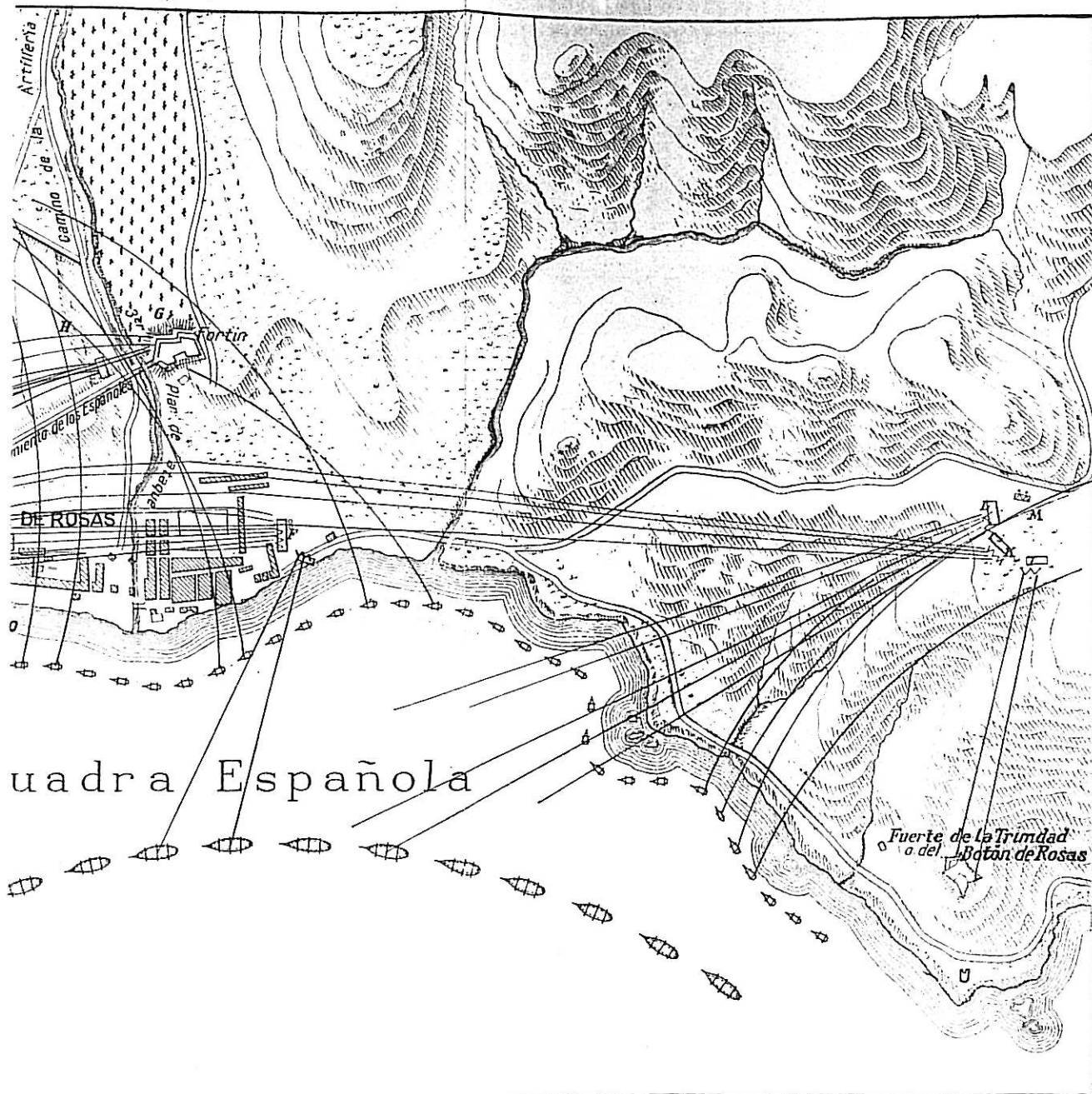


- A Gran Bateria Republicana de 18 piezas de 24 o de 16
- B Bateria de 4 morteros de 12 pulgadas.
- C Bateria de 4 piezas de 24.
- D Bateria de 4 morteros de 10 pulgadas.

- E Bateria de la Playa: 4 piezas de 24, 4 morteros de 12 pulgadas, 2 obuses de 8 pulgadas.
- F Bateria del Arrabal: 8 piezas de 24, 1 mortero, 1 obús
- H Bateria con: 1 mortero de 10 pulgadas, 2 de 8.

- G Bateria del F... 1 mortero de...
- I Bateria de la M...
- K Otra con: 1 pieza...

IO DE ROSAS



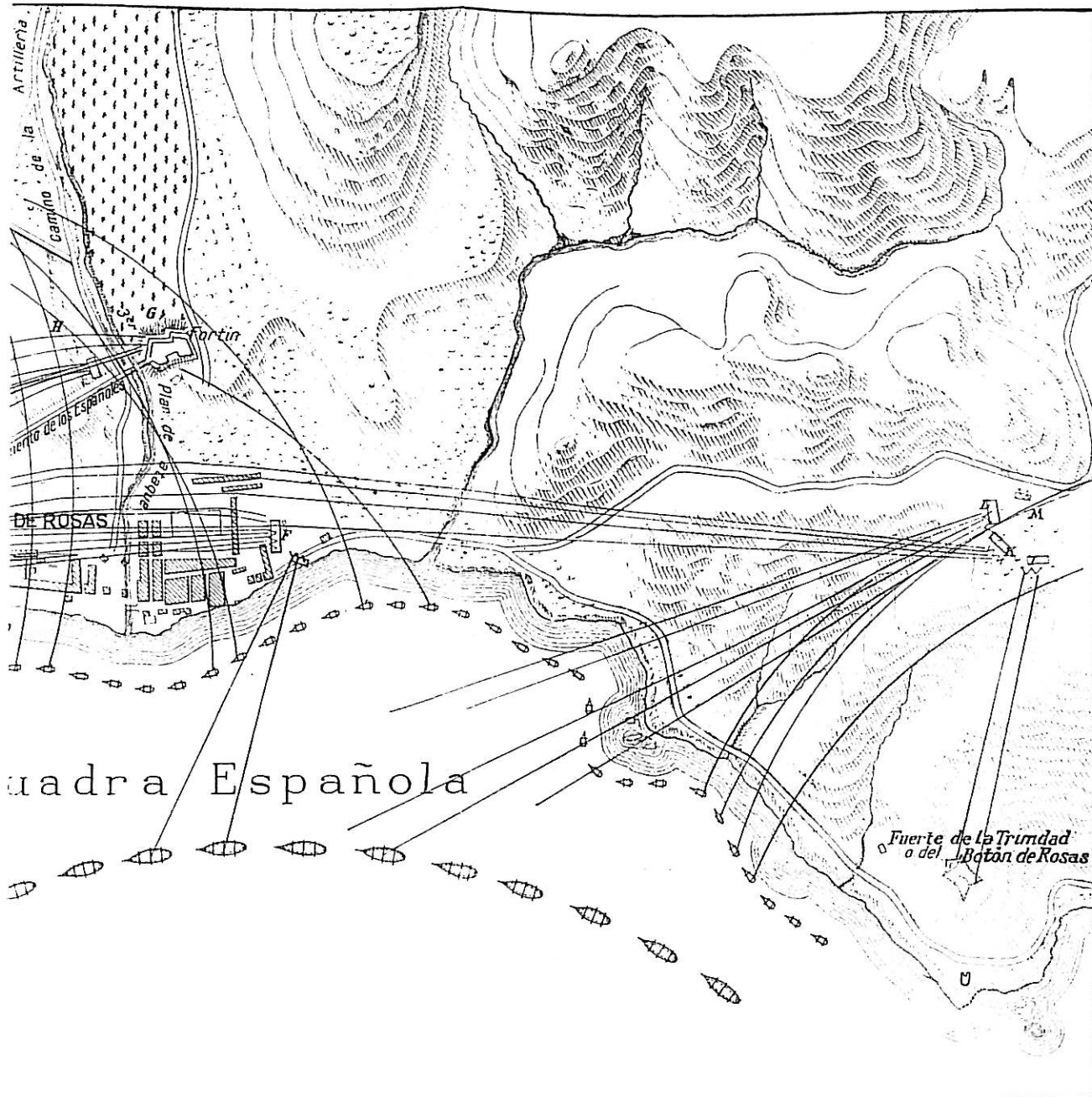
morteros de
 rtero, 1 obús
 ; 2 de 8.

G Bateria del Fortín: 2 piezas de 24, 1 obús de 8,
 1 mortero de 12 pulgadas.
 I Bateria de la Montaña: 4 piezas de 24 pulgadas
 K Otra con: 1 pieza de 24, 2 obuses de 8 pulgadas, 2 mort^s

L Otra con: 5 piezas de 24 pulgadas.
 M Otra con: 2 morteros.

Nota: La Escuadra Española estaba compuesta de 14 na-
 vios o fragatas y 45 lanchas cañoneras o bombardas.

IO DE ROSAS



morteros de 6 Bateria del Fortín: 2 piezas de 24, 1 obús de 8,
 1 mortero de 12 pulgadas.
 1 mortero, 1 obús I Bateria de la Montaña: 4 piezas de 24 pulgadas
 2 de 8. K Otra con: 1 pieza de 24, 2 obuses de 8 pulgadas, 2 mort:

L Otra con: 5 piezas de 24 pulgadas.
 M Otra con: 2 morteros.

Nota: La Escuadra Española estaba compuesta de 14 na-
 vios o fragatas y 45 lanchas cañoneras o bombardas.

bres, y el Marqués de las Amarillas, no satisfecho de la conducta del Brigadier Tovar, temiéndose acaso la repetición de otra entrega como la de Figueras, nombró al Mariscal de Campo don Domingo Izquierdo para sustituirle. También acudió, ante la amenaza, el valiente Almirante Gravina, apostándose con su escuadra en las aguas de Rosas y protegiéndola con la mayor eficacia. El Mariscal de Campo don Domingo Izquierdo llegó a la plaza el 3 de diciembre, siendo su primer cuidado reconocer el estado de la misma y aumentar sus medios de defensa.

La escuadra española en la costa del golfo de León

Nuestra escuadra contaba con 14 navíos de alto bordo, y unos 45, entre cañoneros y bombardas; la tripulación de la escuadra se componía de 4.000 a 5.000 hombres seleccionados de los Regimientos de Navarra, Extremadura y de la Reina y de los marinos consiguientes. No teniendo que temer nada de la escuadra inglesa, dado que en aquella ocasión España se encontraba en buena relación con Inglaterra, y nada tampoco de la francesa, reducida a los restos escapados del desastre de Tolón, nuestra dominación en el mar, como hemos indicado anteriormente, era un hecho efectivo. Pero en cuanto a los franceses, no obstante la presencia de los 30.000 hombres de que nos da cuenta el Conde de Clonard, la situación en tierra, si hemos de atenernos al testimonio de Fervel, no era grandemente favorable.

Composición del ejército sitiador

Según este historiador, la artillería y la munición que el ejército francés había encontrado en Figueras, constituían un conjunto de material muy conveniente, pero les faltaba otro elemento sumamente necesario en la ejecución de los sitios y un número de personal suficiente, puesto que no tenía alrededor de Rosas, en un principio, más que las cuatro Brigadas que habían comenzado el cerco, es decir, 6.794 hombres dispersados en un circuito de tres leguas de extensión; por añadidura, aunque hubiésemos reunido nuestras tres divisiones, hubiéramos contado con 25.000 ó 26.000 combatientes, disponiendo así de un efectivo muy distante del número indispensable para asegurar el sitio simultáneo de una ciudadela, y un fuerte defendido por una escuadra y por 5.000 hombres fáciles de renovar. «Esta insuficiencia de nuestras fuerzas numéricas—declara el historiador francés—era, desde luego, un mal sin remedio, pues los representantes habiendo solicitado algunos recursos del Comité de Salud Pública recibieron contestación de Carnot, advirtiéndoles que no tenía por qué enviar nada a un ejército cuyo último estado de fuerza alcanzaba la cifra de 65.000 hombres disponibles y un efectivo de 113.000. Añadiremos a esto que no teníamos nada que esperar de la mar.

**El Gobernador de la Plaza de Rosas es
sustituido por el Mariscal de Campo don
Domingo Izquierdo**

Mas, si hemos de atenernos a las declaraciones del historiador que estamos citando, para los suyos : «Esta situación inquietante no había, a pesar de ello, alterado su confianza de los primeros días del sitio, puesto que no tenían perdido nada de sus ilusiones hasta entonces, hallándose bajo la impresión de las primeras respuestas del Gobernador de Rosas, cuyo tono y aire suplicante se asemejaban tanto al embarazamiento de Torres, cuando balbuceaba la capitulación de Figueras.»

«El último despacho del Brigadier Tovar anunciaba, es verdad, la resolución de defenderse, pero nosotros sabíamos que se había ido a Girona para pedir esta resolución y que, en efecto, ella había sido dictada ; e ignorábamos que el mando de la plaza sitiada había pasado a otras manos porque sucedía que, no pudiéndose más confiarse en la conducta de un Gobernador que por vacilación en una circunstancia decisiva, había faltado al más sagrado de sus deberes, el Jefe interino del ejército español había enviado, al día siguiente de la extraña consulta de Tovar, en sustitución de este débil Oficial, un General que acababa de dar prueba de su fortaleza en la fatal retirada del 30 Brumario : el Mariscal de Campo don Domingo Izquierdo.»



CAPITULO III

Sitio de Rosas (continuación). Primer plan de ataque

Primer proyecto de ataque: es encomen-
dado al ingeniero Andreossy



Los éxitos obtenidos por los franceses en los combates anteriores a la capitulación del castillo de San Fernando de Figueras, y las circunstancias, verdaderamente excepcionales, de la entrega de la plaza, habían hecho, ilusoriamente, imaginar que para conseguir la capitulación de la plaza de Rosas bastaba con el despliegue imponente de un formidable tren de sitio y de numerosas tropas. Y ésta no era sólo la opinión de las tropas, sino que el mismo Perignon lo creía así. Por esta razón el Jefe superior del arma de Ingenieros, el Teniente Coronel Andréossy, encargado de interpretar tan aventurada creencia, concibió, desde la cima del Puig Ron, un vasto proyecto de ataque que abrazaba a la vez la montaña, la llanura y el mar. Por su capacidad de concepción y acierto en sus planes, Andréossy había merecido el calificativo de *ingénieur des procédés révolutionnaires*.

Concebía Andréossy que, siendo considerado el Puig Rom como una altura inaccesible a la subida de la artillería de sitio: «Desde luego, la aparición repentina del cañón revolucionario sobre estas crestas orgullosas, debía suficientemente aterrorizar y desarmar a los españoles, dado que este cañón suponía la caída del fortín, la dominación de la rada, la destrucción del pueblo y de su campo atrincherado y el abatimiento de la ciudadela.» Por otra parte, ésta debía ser tomada independientemente con la que se trataba de apresurar el ataque. Nada más sencillo, más fácil y, sin embargo, no pudo realizarse tal cual se había pensado.

El desarrollo del plan, según una memoria de Andréossy, enviada el 14 de Brumario al General Perignon «para demostrar la imposibilidad de atacar en regla al fuerte de Rosas y al Bouton, y la necesidad absoluta de hacerlo bruscamente», era el siguiente: «Del lado opuesto al Bouton, hallándose dominado por una altura distante unas 220 toesas de la plaza, uno de los dos frentes de la ciudadela, el que mira a la llanura sin tocar al mar (el frente comprendido entre los bastiones de Santiago y San Felipe), y pudiendo el asaltante al llegar a esta altura e incluso a su cima, sin ser apercebido del fuerte, habrán de reunirse en tal sitio los materiales necesarios para la construcción de una batería de 18 piezas de a 24, las cuales encontrarán, para su desarrollo, un espacio suficiente.

puesto que, la cortina paralela al frente, no tiene más de 200 metros de longitud.»

«Esta gran batería batirá de frente todo el revestimiento exterior de la cortina opuesta y la mitad de la escarpa de su recinto, en tanto que ocho morteros, después de veinticuatro horas de un fuego bien nutrido, acabarán de destruir la del fuerte. En cuanto a los fuegos de la escuadra, para impedirles estorbar nuestro ataque central, habrá de trazarse una comunicación directa entre el camino del parque de artillería de Palau y un punto señalado en la playa antes de las marismas de Castellón, a 250 toesas del mar y a unas 200 de la ciudadela, y en él se construirá un reducto, dos de cuyos frentes serán armados, uno de ellos con 10 piezas que intentarán mantener alejadas las chalupas, otro, con ocho, que habrán de batir de flanco y en tiro directo el frente de ataque; y cuando estos fuegos hayan actuado a la vez, durante cuatro o cinco días consecutivos, la plaza capitulará.» Como puede verse la afirmación del ingeniero francés no podía ser más categórica. Y el engaño, diremos nosotros, no pudo ser más completo también.

Perignon recibe el plan de Andreossy, y confía su ejecución al Coronel Fournier-Varriere.—Es reforzado el contingente sitiador.—Distribución de las fuerzas

El plan de referencia fué recibido por Perignon el 14 Brumario, según hemos dicho antes, en su cuartel general, establecido entonces en Figueras, a tiempo que acababa de llegar al mismo el director de las fortificaciones de Perpignán, enviado, por orden superior con todos los oficiales de su división, y que lo era el Jefe de Brigada o Coronel Fournier-Verrière. El General en Jefe creyó oportuno confiar a este Coronel director la ejecución del plan que acababa de recibir, ordenándole su inmediata iniciación, habiéndole de dar cuenta, diariamente, así del avance de los trabajos como de las observaciones que la práctica del terreno purieran sugerirle. No eran suficientes las tropas de que se disponía para comenzar, o llevar a cabo, la realización del sitio y, por ello, fueron reforzadas con las brigadas Chabert y Martín, constituyendo un contingente de 4.000 infantes, que añadidos con 100 jinetes elevaron a 11.000 hombres el efectivo de la división Sauret. Este General distribuyó sus seis brigadas de la manera siguiente: El Puig Rom continuaría ocupado por Victor; Martin, Motte y Causse seguirían en el llano a las inmediaciones de Palau, y Chabert vendría a cerrar, ante las mareas de Castellón, la línea de sitio; finalmente, el General Guillot reuniría esta línea con la división del centro, y ésta reducida a las dos brigadas de Banel y Rougé, con un conjunto de 2.800 hombres, de ellos 211 jinetes, cubrirían, de concierto con una brigada de la división de la derecha, el intervalo comprendido entre Rosas y Figueras.

De las tres brigadas que comprendía esta división de la derecha, la de

la izquierda, establecida a la inmediación y a lo largo del camino de Castellón a Rimors, observaba el paso del bajo Fluviá, como lo hacía también la del centro, detrás de las marismas de Ciurana, y la de la derecha, alrededor de Alfa. El grueso de la división que nos ocupa acampaba a vanguardia y retaguardia de Figueras en dos líneas: la primera a lo largo del Manol, entre la carretera y Vinyonnet; la segunda desde Llers hasta la Magdalena, compuesta de unas 8.900 bayonetas y de 927 jinetes, comprendida en esta fuerza la guarnición de Figueras. La división de la derecha venía a representar, de este modo, el auténtico ejército de observación.

«De esta suerte—declara Fervel—con 11.000 hombres solamente íbamos a emprender un doble sitio de llanura y de montaña, el sitio de una plaza con una guarnición de 5.000 combatientes, que no contaba con el embarazo de una población inútil y que, por así decirlo, podía ser relevada cada veinticuatro horas.»

Se adoptan nuevas disposiciones

Pero, a pesar de sus risueñas esperanzas, el alto mando del ejército sitiador creyó oportuno que los trabajos proyectados delante de la ciudadela fueran desde luego modificados como consecuencia de un examen más detenido del terreno que había que ocupar para los distintos ataques. Por esta causa fué reconocido que no se podía, sin exponerse a todos los proyectiles de la plaza, no solamente llegar hasta el emplazamiento de la batería de brecha, sino, ni siquiera, aproximarse a más de 400 metros. Por añadidura, no había otro camino practicable que un pésimo barranco que comenzaba cerca del parque de Palau, y cesaba de estar desenfogado a la altura de Mas Bergés, cabaña aislada en la orilla izquierda del mismo.

Como consecuencia de cuanto acaba de exponerse, he aquí el partido que se tomó. A 300 metros a retaguardia de la colina citada, que los franceses trataban de conquistar, hallábase ya en posición, y dispuesta a romper el fuego desde hacía tres días, una primera batería que no era otra que aquella de que se había valido el General Sauret para apoyar sus dos intimaciones, siendo ésta la única que había sido aproximada un poco a la ciudadela, aunque siguiera alejada 900 metros de ella a causa de haberse engañado, asignando 80 toesas menos, en la distancia existente entre la colina y el fuerte.

La batería de que estamos tratando hallábase asentada a vanguardia y a la izquierda del Mas Bergés. Fué decidido reunirla a la batería proyectada a 2.250 metros en la playa de Castellón, por una trinchera que, viniendo a ofrecer el aspecto, el desarrollo y el asiento de una primera paralela, permitiera más tarde desembocar sobre el asentamiento de la batería de brecha.

En cuanto a la batería de Castellón, permanecería en su emplazamiento, existiendo también un error en la estimación de su distancia a

la ciudadela, que no era de 200 toesas como se había dicho, sino de 300. Fué el 4 de diciembre (14 Frimaire) cuando comenzaron los trabajos, y, a la entrada de la noche, hubo de esbozarse la construcción del parapeto de la batería de Castellón, la gran trinchera que había de establecer la comunicación entre esta batería y el Mas Bergés, y, finalmente, un ramal de comunicaciones destinado a relacionar esta última posición en aquel punto, que, situado en el fondo del barranco del Palau, era en donde éste cesaba de encontrarse al abrigo de los proyectiles del fuerte.

Por la propia información francesa podemos saber, cómo ejecutados *débilmente* estos trabajos, no pudieron continuarse en la jornada del día siguiente, y fué preciso esperar a la noche para reanudarlos. Hasta la tarde del día 17, frimario (7 de diciembre), estas obras no se encontraron en condiciones de poder desafiar los fuegos de la plaza.

La situación en el interior de la Plaza

De todos estos trabajos se tenía conocimiento en el campo español gracias a nuestra información oficial, según se hacía constar en la Gaceta de Madrid del 30 de diciembre de 1794. Refiriéndose a los acontecimientos del sitio que nos ocupa, desde el 28 de noviembre hasta el 2 de diciembre, esta información, manifestaba que, además de la batería que el enemigo ha construido en la altura de Garriga, con dos piezas de a 24 y un obús, ha formado otra con 4 cañones de aquel calibre, 2 morteros y 2 obuses, habiendo hecho un fuego vivísimo con el que logró desmontarnos un cañón de a 24, y volar un repuesto pequeño de granadas y de pólvora, causándonos la desgracia de 3 muertos y 8 heridos.

Informábase asimismo, por dicha Gaceta cómo la llegada a la plaza del Mariscal de Campo D. Domingo Izquierdo, en calidad de Gobernador de ella, relevando al Brigadier Tovar, se había verificado a las seis de la tarde, y que, como ya indicamos anteriormente, en su noche, reconoció lo interior de ella y dió varias providencias oportunas a la defensa; a las diez de la misma noche, avisó el Sargento de la escucha que oía griterío y ruido de carruajes de artillería en la inmediación del reducto. Las lanchas cañoneras hicieron fuego al campamento enemigo y sus baterías de la casa Garriga. El sitiador, no hizo fuego en toda la noche. Al día siguiente, por la tarde, reconoció el Gobernador las obras exteriores de la plaza, la línea nueva, su reducto y arrabal. En la misma tarde se vieron bajar del campamento enemigo, unos 150 sin armas, y colocarse detrás de la casa de Matas, lo que ocasionó algunos tiros de la plaza y lanchas; dieron fondo en este golfo dos fragatas de guerra y tres buques menores con tropas para remudar y reforzar la guarnición cuando convenga; el enemigo sólo tiró dos granadas a nuestros descubridores sin causarles daño.

Operación en el día 5 de diciembre de
1794

Durante la jornada del día 5, no experimentaron las tropas de la guarnición de Rosas los efectos de ningún fuego enemigo por la mañana, pero a las diez de la misma, «habiéndose presentado un artillero francés desertor, dió aviso que de noche trabajaban sus paisanos una batería a unas 300 toesas de la plaza, con un frente al mar para batir la escuadra y las lanchas, para lo que tenían prontos a la cabeza de su campo cuatro piezas de a 24, tres obuses de 8 y un mortero; que él era de la compañía que debía servirla, y que, para este fin, los habían hecho venir de las alturas de la Magdalena donde estaban. Poco más o menos a la misma hora hizo volar una granada, tirada de las lanchas, el repuesto de la batería enemiga izquierda de la casa Garriga y dió tres explosiones, la última bastante considerable. Por la tarde se enviaron las partidas de guerrilla de infantería y caballería a reconocer la batería indicada por el desertor; éstos encontraron el espaldón hecho como para unas 8 piezas de artillería contra la mar, con un martillo capaz de 4 contra la plaza y para su comunicación una trinchera muy profunda y capaz que conduce a ella desde la casa de los Pastores y ésta comunica con la casa de Mata por un barranco que los pone a cubierto del fuego de la plaza. Toda esta paralela que circunda la plaza desde el baluarte de S. Juan, S. Felipe, y media luna que se halla entre éste y el de S. Jayme, está concéntrica con ella a una distancia como de 140 toesas; hallando esta obra sin enemigos, volvieron con unos 180 sacos de tierra, y empezaron a destruirla cuando salieron los enemigos con alguna caballería a impedirlo: por la noche volvió la guerrilla de infantería y encontraron otra batería empezada detrás de la casa de los Pastores, hicieron huir los enemigos, y trajeron como unos 300 sacos de tierra; en ésta encontraron ya la plataforma hecha, las escuchas mataron un húsar. En todo el día ni la noche hicieron fuego los enemigos en la montaña al frente del baluarte de S. Andrés; por la tarde se dejaron ver unos 11 húsares en la llanura, precedidos de Oficiales y se les tiró cuatro cañonazos de la plaza, sin efecto. Las lanchas hicieron fuego durante el día y la noche con dirección hacia las baterías de la casa de Garriga, no pudiendo ser bien vistas estas obras nuevas del enemigo por hallarse a flor de agua.»

Acontecimientos en el día 6

«El día 6 no ofreció particularidad digna de mención, continuaba exponiendo la referencia oficial, aunque, si pudieron en él, darse cuenta los defensores de Rosas, de cómo los trabajos del enemigo seguían progresando. Eran las nueve de la mañana cuando pudo verse por ellos el horizonte guarnecido de enemigos como para sostener el tra-

bajo de la paralela y de sus baterías, a donde tenían alguna gente ocupada, a quienes se tiró desde los baluartes de S. Juan y S. Felipe, como también desde las lanchas; por lo que se pudo observar abandonaron el trabajo, pero las trincheras impiden el cerciorarse. A la misma hora, tiró el enemigo cuatro cañonazos de a 24, de la batería derecha de la casa Garriga; una bala cayó en medio de la plaza sin hacer daño, otra, pasó el techo y un tabique de la casa donde vive y se halla el General, las otras dos, fuera de la plaza. A las doce del día, se vieron venir como unos 3.000 enemigos que, desde el Palau, se dirigían con muchas acémilas hacia las alturas de la derecha de esta plaza. En la mañana, se desembarcaron 400 hombres de la tropa militar que se mantenían en la escuadra desde su llegada. Se continuó en tirar de la plaza a las obras y trabajos del enemigo por todo el día y lo mismo hicieron las lanchas; a las cuatro y media de la tarde, tiró el enemigo dos bombas, que cayeron, una, en la plaza de armas sin causar daño, la otra, en el tejado del cuartel que ocupa el Regimiento de Guadalajara, desplomándose por toda la casa y matando 2 soldados del citado Regimiento. A las seis de la tarde, se mandó volver a embarcar los 400 hombres de la mañana, por no considerarse necesarios en tierra para el objeto que se desembarcaron por el mal tiempo. Toda la noche, se continuó un fuego intermitente, tanto de los baluartes como de las lanchas, para inquietar al enemigo en sus trabajos.»

Duelo de artillería durante el día 7

«Al día siguiente, ya al amanecer, se reconoció bastante adelantamiento en las obras del enemigo, divisando claramente seis troneras en dirección a la plaza y al embarcadero, en virtud de lo cual se redobló el fuego de la plaza que fué correspondido por el de la artillería enemiga, cayendo la mayor parte dentro del recinto de la ciudadela, pero sin causar desgracias. Habiendo cesado el fuego al mediodía, continuó el de los baluartes nuestros todo el día y la noche, y fué a las diez de ésta cuando volvió a empezar el fuego del enemigo, cayendo dos granadas en el Cuartel de Guadalupe e hiriendo a dos hombres de dicho Cuerpo.»

Una salida de los sitiadores

En tales circunstancias se imponía, por parte del mando superior de la plaza, disponer una salida pequeña contra las obras nuevas del enemigo «para reconocer bien su estado y clavarlas en lo posible». Para desarrollar tal operación fué nombrado el distinguido Oficial del Regimiento de Guadalajara D. Dámaso de Vargas, quien, con 80 hombres, sorprendió a la guardia de la batería, rechazando al enemigo y desmoronando las obras. Advierte nuestra información oficial que: «Fué protegido por su derecha por una partida del Regimiento de Na-

varra, mandada por el segundo Teniente don Félix Canales, y por su izquierda por la partida de descubierta de Ceuta. No encontró artillería, y, habiéndose reunido el enemigo, se vió pecisado a retirarse, lo que hizo en el mejor orden, con la pérdida de un muerto y nueve heridos, con cuatro extraviados, habiendo muerto nueve hombres del enemigo, sin poder saber el número de heridos en todo el tiempo que duró el ataque, que fué de las seis y media de la mañana hasta las ocho y media; hizo el enemigo un fuego muy vivo contra la plaza sin causar desgracia en ella, durante todo el tiempo se mantuvo el General con los demás Xefes de la plaza en el baluarte de San Juan.»

El relato de esta salida venía más detallado en una carta del mismo Gobernador de la plaza, dirigida al Marqués de las Amarillas, y, en ella se hacía constar que: «Considerando que la batería formada por los enemigos con dirección a la escuadra y lanchas, y aún hacia el embarcadero y baluarte de San Juan, puede ser de tanto perjuicio a conservar o dilatar el sitio de esta plaza, y, por otra parte, atendidas las circunstancias de su ejército y de la tropa de esta guarnición, con acuerdo de mi segundo Comandante, el Brigadier don Francisco Taranco, del Mayor General don Francisco Alonso, de los Coroneles don Francisco Figueras y don Mariano Llopart, Comandantes de Artillería e Ingenieros y del Brigadier don Bruno de Heceta, a cuyo cuidado está la dirección de las lanchas cañoneras para el mejor uso de ellas por sus respectivos Comandantes, dispuse que 200 hombres de los Regimientos de Navarra, Guadalajara y Extremadura, elegidos de los voluntarios que se ofrecieron con 35 trabajadores, mandados por el Teniente de Navarra don Félix Canales y don Dámaso de Vargas, soldado distinguido de Guadalajara habilitado de Oficial, a quienes acompañaban el Sargento de Artillería Juan Subiras con seis soldados, mitad de su Real Cuerpo y mitad de la Real Brigada de Marina, saliesen esta mañana, antes del día, a deshacer las obras y clavar la artillería, habiendo prevenido a los Oficiales y Sargentos de las tres guerrillas cuando conducía al éxito de la operación, la que se verificó en todas sus partes, porque don Dámaso de Vargas con los ochenta y seis hombres de su Cuerpo con armas y los 35 con útiles, se adelantó a la batería sorprendiendo a los enemigos, atacándolos y poniéndolos en fuga, con que dió lugar a que quince trabajadores que no se le separaron deshiciesen la mayor parte de la obra, en la que aún no había artillería, y antes que viniese socorro se hizo cuanto daño era factible en la batería y en la paralela, retirándose, después, con el mayor orden, baxo los fuegos de la plaza, haciendo éstos, los de las lanchas y la fusilería de la tropa de la salida de la plaza, mucho daño a los enemigos, que dexaron por lo pronto en la trinchera, 10 muertos.»

Izquierdo, después de dar cuenta de que las nuestras eran las de un Cabo del Regimiento de Navarra, José Valencia, y de 9 heridos, entre ellos el de un artillero de la escuadra llamado Diego Siles, y que lo había sido gravemente, informaba de un modo terminante que los referidos oficiales Canales y Vargas «han ejecutado el plan con el mayor acierto

y en la retirada observaron la mayor frescura y orden para atraer a los enemigos bajo nuestro fuego, como se les había encargado, y son acreedores a que S. M. los atienda, como a los Sargentos Andrés García, de Navarra, y Domingo Fernando, de Extremadura, Comandantes de las partidas de guerrilla, y al Cabo de ellas Juan Antonio Pérez, de Navarra, que salió herido; estos dos atacaron con intrepidez la izquierda de la trinchera por la casa de los Pastores, para llamar la atención del enemigo, que, en número de 300 hombres, guarnecía la batería.»

Nueva tentativa de salida

Afirma la información francesa que, en la mañana del día 9, hubo de repetirse, por parte de nuestras tropas, la misma tentativa del día anterior, y con el mismo resultado negativo, pero, nuestra información oficial dá cuenta de cómo desde el día 8 al 18, tan sólo hubo un continuo fuego del enemigo, en varias ocasiones vivísimo, sin otra desgracia que la de siete soldados heridos y el estrago de dos bombas, una, al estallar en el almacén de víveres, y otra, en las oficinas de un horno. Aseguraba esta información que el enemigo había cesado en sus trabajos entre los baluartes de San Juan y San Felipe, dirigiendo ahora sus fuegos con actividad a la altura del Puig Rom, a pesar de los fuegos del castillo de la Trinidad y de los cañones de las lanchas de fuerza, observándose cómo los sitiadores construían un camino para llevar su artillería a las baterías construídas, y siendo esta observación confirmada por las noticias de un desertor. Desde el 14 al 18, el fuego vivo de la artillería republicana contra la plaza y las lanchas de fuerza, se hizo sentir por dos veces al día, causando algunas pérdidas.

Efectivamente, el mando francés había podido convencerse de que la trinchera trazada casi en línea derecha, y enfilada por los fuegos de la rada, y, por ello, inundada de proyectiles, no se hallaba en condiciones de poder sostenerse. Hubo por lo tanto, necesidad en establecerla delante de la batería de brecha, y fué preciso llevar a las otras dos contrabaterías, que relacionaban bastante mal esta delicada comunicación, las piezas destinadas a tal objeto, es decir, a la trinchera de referencia.

Trabajos de los sitiadores

No fué cosa fácil la construcción de esta trinchera y el artillado de la misma, para batir el fuerte de la Trinidad y la bahía desde las alturas del Puig Rom, pero, en menos de cuatro días, desde el mediodía del 15 Brumario a la mañana del 19, lograron cuatro mil trabajadores establecer una rampa que, partiendo del Parque de artillería francés y serpenteando por los innumerables accidentes de un suelo terriblemente removido, lograba llegar a lo alto de la citada altura después de un recorrido de 10.000 metros. A costa de extraordinarios esfuerzos pudo

ascender, hasta sus asentamientos, los cañones a esta posición destinados.

Dieciséis eran las piezas asentadas en el Puig Rom, y su repartición en cuatro baterías era la siguiente. La primera estaba destinada, como puede comprenderse a abrir brecha en el fuerte de la Trinidad, y había sido preciso, a causa de la inclinación de los taludes del mismo, mantenerla a 600 metros de las murallas que tenía que batir. Componíase esta batería de cuatro piezas de a 24. La segunda, se encontraba a 150 metros detrás de la que hemos indicado, y estaba armada con dos morteros de doce pulgadas, con el cometido de batir también al fuerte. La tercera, a la derecha de la primera, constaba de una pieza de a 24, dos obuses de 8 y dos morteros de 12. Había de batir las unidades de nuestra escuadra, viniendo a constituir, de este modo, una especie de batería de costa. Detrás de ella la cuarta, con cinco piezas de a 24, tendría por objetivo de sus disparos el campo atrincherado, el reducto y la localidad, y, a pesar de su alojamiento, castigar en lo posible a la ciudadela. Todo este armamento fué terminado en la noche del 19 al 20 Brumario (9 a 10 de diciembre).

También en esta noche quedaron asentadas las dos baterías del llano. La del Mas Bergés, además de nueve débiles obuses, cuatro piezas de 24 y cuatro morteros de 10 pulgadas. Y la de Castellón cuatro cañones, también de 24, dos obuses de 8 y cuatro morteros de 12.

Se desarrolla un intenso fuego de artillería contra la Plaza.—Fracaso del mismo

Toda esta artillería así dispuesta no había de permanecer tiempo alguno inactiva, y así, el 10 de diciembre, o sea el 20 Brumario, al despuntar el día, en presencia del General en Jefe del Estado Mayor enemigo, de los representantes del pueblo en traje de etiqueta (*grand costume*) y del ejército entero desplegado delante de sus cuarteles, las baterías de la montaña saludaron con su fuego nuestra guarnición del fuerte de la Trinidad, el pueblo de Rosas, y el mar disparando una salva general. Así nos lo describe Fervel, quien sigue informando: «A esta señal las baterías de la llanura se dejaron notar, y los gritos de ¡Viva la República!, extendidos por toda la línea, dominaron por un momento el estampido de los cañones. Inmediatamente el Bouton y la ciudadela, por todas las troneras que permitían ver nuestros ataques, y la escuadra por todas sus portas de batería, respondieron a nuestras 24 piezas, de suerte que, muchos centenares de bocas de fuego, tronaron bien pronto en conjunto. Este estrépito duró cinco días consecutivos». Como vemos, nuestra artillería pudo responder debidamente al fuego de las baterías francesas.

¿Pero había servido de algo tan espectacular fuego de artillería? Sea el propio testimonio francés el que responda cumplidamente a esta pregunta: «No obstante, cuando la humareda de esta terrible cañonada comenzó a disiparse, y que el sitiador, más tranquilo, examinó con san-

gre fría el efecto de sus disparos. ¿Qué vió? En el Bouton una apariencia de brecha, es verdad, ¿pero, y en la ciudadela? Simplemente algunas piezas desmontadas y dos o tres edificaciones derrumbadas o incendiadas detrás de las escarpas completamente intactas; y, en la rada, una bombardera desmantelada, y todas las otras tranquilamente replegadas bajo los fuegos protectores de la escuadra, que se había contentado con ganar algunas bazas. Tan sólo el Bouton estaba comprometido.»

Perignon reconoce el fracaso.—Encarga un segundo plan de sitio a Fournier-rière

Podemos afirmar, por lo tanto, nosotros que el fracaso del intento francés había sido absoluto. Y así hubo de reconocerlo el propio Perignon, comprendiendo que sin duda alguna marchaba por mal camino. Así nos lo asegura el historiador francés, quien añade: «Desde un principio no se había hecho jamás ilusión sobre las eventualidades de la especie de bombardeo, al que había concedido la preferencia sobre un ataque en regla, puesto que, desde el momento en que no conservaba ninguna duda acerca de la firme resolución del enemigo de defenderse hasta el último extremo, opinó que Rosas, debiendo estar protegida por más de mil bocas de fuego, era muy posible que su ejército de sitio experimentara dificultades superiores a sus medios y no lograran otra cosa que la destrucción de los edificios y almacenes de la ciudadela, pensando que, en último término, esta destrucción pudiera satisfacer en cierto modo el mismo resultado que la toma de la propia plaza. Por otra parte, la poca confianza que le inspiraba el plan de Andréossy, había sido claramente manifestada al encargar a otro ingeniero la ejecución de este plan. Parecía ya Perignon, dispuesto a retirar su aprobación a la forma de ataque adoptado para la conquista de la ciudadela, cuando, en la víspera de la apertura del fuego, el día 19, hubo de recibir en su cuartel general de Figueras un nuevo proyecto redactado por el Director de las fortificaciones de Perpignán.

Fournier cumple rápidamente su encargo.—Discutido convenientemente el nuevo plan, Perignon dispone su ejecución

Este Jefe de Ingenieros cumplió concienzudamente con el encargo recibido. Llamábase Fournier y hallábase en posesión del empleo de Jefe de Brigada, siendo cosa manifiesta que, aunque hubiese empezado la ejecución del plan de Andréossy, la tarde misma del día en que había recibido orden de hacerlo, no había entrado, desde el primer momento, sobre todo en lo que concierne a la ciudadela, dentro de los puntos de vista del autor de este proyecto. Ante todo quiso reconocer el terreno y a las enseñanzas que éste le ofreciera hubo de atenerse, muy espe-

cialmente, sobre todo, en los tres primeros días del sitio; luego el 18, después de haber reunido a todos los oficiales de Ingenieros y discutido con ellos el plan de Andréossy, comparándolo con el suyo acabado de concebir, habiéndose manifestado de conformidad con él la mayoría del Consejo, al día siguiente, dirigió al General en Jefe el proyecto detallado y completo de un ataque irregular. Al momento, Pérignon, se trasladó a su Cuartel General, y el día 22, de vuelta a Figueras, devolvió a Palau el plan de Fournier, con orden de ejecutarlo en el más breve plazo posible; más como quiera que necesitase Fournier para completar su reconocimiento, no menos de tres días, los franceses se libraron muy bien de suspender el cañoneo iniciado el 20, temiendo, al no hacerlo así, despertar el entusiasmo de los españoles, y la esperanza de una victoria al no verse hostilizados



CAPITULO IV

Sitio de Rosas (continuación)

Segundo plan de asalto

Disposiciones tomadas por Pérignon para la ejecución del segundo plan de ataque a la fortaleza de Rosas



ÉRIGNON decidido a llevar a cabo un verdadero plan de ataque a la fortaleza de Rosas, se apresuró a aumentar la División Sauret con dos de las tres Brigadas que ocupaban la llanura del Ampurdán, siendo las dos destinadas al objeto, las de Guillot y Rougé. Como consecuencia de esta disposición, la tercera Brigada, mandada por el General Banel, quedó como única fuerza de la División del centro, siendo puesta a las órdenes del General Augureau. Sumaba el contingente de las tropas destinadas al asalto un total de 13.000 a 14.000 hombres, en tanto que un Cuerpo de unos 10.000, agrupado en torno de Figueras, constituía el ejército de observación.

El plan de Fournier

En el plan de Andréossy, el único asalto o ataque a realizar era el del fuerte de la Trinidad, cuya conquista se consideraba cuestión de más o menos tiempo tan sólo, pero a determinación tal, el ingeniero Fournier-Verrière, hubo desde el primer momento, de hacer las siguientes objeciones: «En este plan, el ataque al Bouton no puede ligarse al de la obra principal y esta ligación constituye una condición rigurosa; el terreno sobre el cual estamos colocados delante de la ciudadela, expuesto a todos los fuegos procedentes de la mar, no puede ser mantenido; la cortina del frente de ataque, el único de la plaza que ha sido quebrantado, presenta un doble flanco que no se puede contrabatar, y una porterna que agranda el peligro de las salidas; la colina designada para el asentamiento de la batería de brecha, no descubre ni siquiera, la mitad de la altura de escarpa opuesta, de unos doce metros; la naturaleza del suelo en esta parte hace el trabajo de la tierra sumamente penoso, finalmente, las contrapendientes delante de la colina contrariarían notablemente las comunicaciones ulteriores que pudieran ser necesarias.»

En estas condiciones, considerando como una consecuencia obligada del ataque al Bouton, el batir uno de los dos frentes de la ciudadela que dan cara a la montaña, el autor del nuevo plan hubo de conceder la preferencia al que no daba al mar, puesto que el terreno que precede

al otro, más encajonado todavía que su vecino, y expuesto a los fuegos de la rada, tanto como el que se había abandonado, sería, por otra parte, vivamente batido por los disparos procedentes de las fortificaciones, y la localidad venía a ser el teatro de los ataques.

Estima Fervel que estas razones hubiesen sido excelentes 15 días antes, pero en aquella ocasión era necesario prever además, que estaba próxima la estación de las lluvias, y que el terreno bajo y sin desagüe sobre el que había de operarse era el depósito natural de las aguas de la montaña. No se tenía en cuenta las enseñanzas del sitio de 1693.

Discrepancias de pareceres entre el General Perignon y el ingeniero militar Fournier.—Medidas acordadas en consecuencia de la referida disparidad de criterio

Hubo discrepancia de pareceres entre el ingeniero Fournier y el General en Jefe Perignon, pues, el primero, proponía que se abriese la trinchera a 200 toesas de la plaza, a lo que se oponía el segundo. Por último fué decidido que, contrariamente a los principios de la ciencia del tiro, las baterías, llamadas en aquel tiempo de rebote, en número de seis, serían establecidas delante de la primera paralela, dado que el terreno inclinado hacia la plaza ofrecería graves dificultades para su construcción. Igualmente quedó convenido que la batería de Castellón se mantendría en su puesto, para sostener en este punto la línea sitiadora.

La situación de los beligerantes

Si tenemos en cuenta que habían llegado los últimos días de diciembre, podrá comprenderse cómo esta nueva fase del sitio iba a comenzar en condiciones muy desfavorables, y bajo auspicios nada risueños. En aquella ocasión, el invierno, que, en esta comarca del Ampurdán suele ser generalmente suave, castigaba de un modo inacostumbrado. Los víveres se hacían escasos y la penuria de los forrajes forzaba a los franceses a internar sus caballos, excepción de los 12 que eran indispensables para el tiro de la artillería. Con arreglo al nuevo plan, la trinchera para el asalto fué abierta en la noche del 16 al 17 de diciembre (26 a 27 Brumario), a la distancia de la plaza de unos 600 metros. Esta primera paralela apoyaba su derecha en el gran barranco que corre al oeste, y muy cerca de éste, después se desplegaba en arco de círculo, como si fuera a apoyar más tarde su izquierda en el reducto del campo atrinchado.

No era muy buena, ciertamente, la situación de los sitiados, mas no era mucho mejor la de los sitiadores. Dejemos que sea la información francesa la que nos la describa: «Caía el agua a raudales, nuestras tropas estaban tristes, les repugnaban remover la tierra y, singularmente

preocupadas por el abandono de una gran parte de sus anteriores trabajos que creían totalmente perdidos, protestaban con amargura de las vacilaciones de sus jefes, del *plan tímido* de los nuevos ingenieros. Por esta razón, en lugar del ardor que venía a sobreexcitarles siempre en las acciones brillantes, no atestiguaron, en esta primera noche, otra cosa que indolencia y mala voluntad, a punto tal que de los 4.000 hombres, mandados a los trabajos de trinchera, no se presentaron más que 1.300, que hubieron de quedar reducidos a 800 cuando a media noche, se vino a relevarlos. En esta primera sesión apenas habían podido dar al parapeto un espesor mitad del debido en una longitud de unas 170 toesas, que suponían la quinta parte de la total; y cuando se quiso reemplazarlos no pudieron reunirse más que 150 trabajadores que, al cabo de una hora, abandonaron el tajo, declarando oficiales y soldados que no podían más.»

Y hecho tan lamentable no fué ciertamente transitorio, pues, como sigue declarando la información de referencia: «esta desmoralización y la lluvia continuaron, dando ocasión a que fuesen precisos seis días y seis noches para ejecutar una labor de cuarenta y ocho horas solamente.

Acertada y firme actuación de la artillería asentada en Puig Rom.—Conquista de Puig Bouton

«La artillería del Puig Rom era la única que se mantenía en su puesto, pero sus progresos eran lentos a causa de que, el cañón del sitiado, respondiendo vigorosamente, absorbía una parte de nuestras balas y que la mampostería del Bouton era tan espesa como resistente. Entretanto las baterías de la montaña, que tiraban sobre la localidad, habían desarmado fácilmente el reducto en el que debía apoyarse la izquierda de nuestra paralela, y, como no faltaba a esta última más que su punto de apoyo, había llegado el momento de tomar a viva fuerza el reducto español». Para llevar a cabo este ataque aprovechó Perignon un momento, declara, en la tarde del 23 de diciembre (3 nivoso), mientras la escuadra española se encontraba luchando con la tempestad que venía durando desde hacía seis días. En este ataque era el reducto el objetivo que tenía que alcanzar la brigada Victor. Y como quiera que los atacantes se hallaban enardecidos, el reducto hubo de conquistarse rápidamente. El ejército francés desplegó, en su totalidad, en anfiteatro, sobre las alturas, o delante de sus cuarteles del llano, contemplando en tal disposición el espectáculo que ofrecía la operación emprendida. Al ver que los suyos se hacían dueños del reducto estallaron entre ellos los hurras y los aplausos, y, arrastrados por el entusiasmo flanquaron el barranco, que a modo de foso corría detrás del reducto, penetraron en la villa y empujaron a los defensores hasta la puerta de la ciudadela. Exitó tal influjo de manera notable en el ánimo de las tropas republicanas que,

desde aquel momento, hubieron de entregarse con entusiasmo y diligencia a las operaciones y trabajos propios del sitio.

Pero nuestra información oficial no recogía en forma tan amplia y satisfactoria los hechos relatados por la francesa, y reconociendo «que las lanchas nuestras no habían hecho fuego por la mucha mar, ni podido atracarse desde ayer en todo el día y noche hasta las diez de la mañana del referido día 23, participaba que, a las cuatro de la tarde, se dejaron ver diferentes cuerpos de infantería enemiga, acercándose al reduto, unos por la rambla y otros por la cañada de las alturas que tienen a su frente, por lo que, el Comandante, envió algún refuerzo; pero habiéndoseles acabado las municiones tuvieron que retirarse al reduto seguidos por todo el paisanaje. Pero habiéndose rehecho, volvieron a atacar a los enemigos, echándoles del pueblo, quedando por aquéllos el reduto y las casas del arrabal de los Greos, que tienen ocupadas unos 1.500 hombres; se enviaron dos Compañías de Granaderos para sostener al pueblo, como también las dos de la misma clase, de Málaga, que embarcaron a las once de la noche.»

Conducta de los franceses en la ocupación del pueblo de Greos.—Los sitiadores se apoderan de un reduto

No olvidaba nuestra información oficial el dar cuenta de la conducta de los franceses durante el tiempo que habían permanecido en este pueblo. Y así declaraba que: «En el tiempo que el enemigo se mantuvo en el mismo, degolló hasta once paisanos y se les mató dos oficiales y cinco soldados que quedaron en el campo. En la plaza y refriega del reduto tuvimos cuatro soldados muertos y dos heridos, inutilizaron una cureña, una rueda y una granada de mortero del baluarte de San Felipe, como también los espaldones del mismo. Siguió su fuego toda la noche con mucha dureza y fué correspondido, en lo posible, por parte de la plaza.»

Los sitiadores se apoderan de un reduto

El 25 de diciembre, los enemigos en número de 300 lograron apoderarse de un reduto colocado a la derecha de la plaza. Este reduto estaba defendido por 25 hombres, los que, reforzados por un destacamento del Regimiento de Murcia, sostenidos por el fuego de la plaza y el de las lanchas cañoneras, lograron recuperarlo. «Vióse entonces —informa Marçillac— 1.500 hombres dirigirse a lo largo de las alturas vecinas al fuerte de la Trinidad. La batería, colocada sobre la altura del Puig Rom, era de seis cañones y dos obuses. Otras dos baterías se hallaban enfiladas contra el fuerte citado. Todas ellas estaban provistas de piezas de 24 que hacían un fuego graneado contra los españoles: cuatro de sus piezas fueron desmontadas, y la mar fué tan fuerte este día que las lanchas cañoneras no pudieron hacer fuego.»

Los sitiadores no pueden contener el desarrollo de los trabajos de Aproximación

Fueron inútiles todos los esfuerzos realizados por los heroicos defensores de Rosas y a pesar de su resistencia los franceses pudieron avanzar su paralela, perfeccionada a tal extremo que las carretas pasaban sin temor de ser alcanzadas por los proyectiles de la plaza. No cesaron en días sucesivos estos fuegos muy bien dirigidos contra nuestras fortificaciones, ellos lograron desmontar varias de nuestras piezas, y el día 28, una de sus bombas, prendió fuego a un almacén de paja situado en la plaza.

Excelente espíritu militar de las tropas de ambos campos en lucha

De esta suerte íbase desarrollando el sitio de que estamos tratando. Y si la información francesa puede ufanarse en determinados momentos del empuje y valor de los suyos, indicaremos nosotros, cómo la Gaceta de Madrid, del día 13 de enero, refiriéndose al día 27 de diciembre, manifestaba que el Gobernador de la plaza daba cuenta nuevamente del valor de las tropas y conducta de los Oficiales que las mandan, a pesar del incesante fuego del enemigo y del desvelo y fatiga a que precisan las circunstancias. «En esta forma hubo de llegar el día primero de enero del año 1795. En el período de tiempo transcurrido desde el 1 al 12 de enero, los trabajos de aproximación de los franceses continuaron progresando, y por ello en la noche del 23 al 24 del mes anterior, habían logrado prolongar la paralela hasta el reducto dispuesto para servir de batería contra la ciudadela, y, en la jornada del 24, no obstante tener que dejar suspendidos los trabajos a causa de la violencia de la lluvia, habían podido restablecer las comunicaciones entre los diversos cuarteles, construyendo sobre los barrancos, con toneles muy abundantes en el país, algunos puentes flotantes. Restablecida la calma en la noche de este día, fueron llevados al reducto dos piezas de 24, un obús de ocho pulgadas, y un mortero de doce.

El huracán entorpece el ataque de los franceses a la Plaza

La suerte comenzaba a sonreír a las tropas de la República, puesto que los trabajos iniciaban una marcha rápida, aunque, los días siguieran, rindiendo apenas los dos tercios de la labor a realizar, y en las noches tan sólo la octava parte. A pesar de todo habían logrado establecer a vanguardia de la primera paralela algunas baterías de rebote que casi habían extinguido el fuego de los parapetos españoles. En efecto, el interior del fuerte de la Trinidad, sobre todo, se hallaba ya removido por

las bombas francesas. Ninguna construcción resistía en él, y un almacén de pólvora concluyó por hacer explosión. Pero no todo había de ser favorable para la causa de los sitiadores.

Entreveían ya los sitiadores una solución próxima, cuando, el 1.º de enero, el huracán se levantó con una impetuosidad sin ejemplo. «Los trabajos fueron enteramente sumergidos, y la llanura del Ampurdán se trocó en un vasto mantel de agua. La división de socorro tuvo que refugiarse en Figueras; el puesto de Alfa quedó bloqueado, y el de Vinyonnet apenas escapó de ello, puesto que la crecida convirtió en una isla el pueblo. ¡ Hay que imaginarse lo que sería entonces en el fondo de esta llanura sumergida los alrededores de Rosas ! Había tres pies de agua en uno de nuestros campos. Fué preciso que el ejército de sitio, todo entero, se retirara apresuradamente a las alturas sin víveres ni abrigo, puesto que la distribución de los mismos no llegó más, y las borrascas se llevaron las tiendas y el fuego de los vivacs. Pero las crisis exacerban el valor en nuestros soldados : sumergidos en el agua, en el barro, hacían resonar en el aire sus cantos patrióticos. ¡ Espectáculo admirable, pero bien doloroso—exclama Fervel, que nos proporciona el relato que acabamos de transcribir—, cuando uno piensa que tantas miserias con un poco de previsión de parte de algunos hombres hubiera podido ahorrárnosla !

Descabellada proposición de los representantes Comisarios políticos

Con el desconocimiento de las cosas de la guerra y llevados de un impulso, hijo tanto de su buena voluntad como de su ignorancia, los cuatro representantes, Vidal, Projean, Coupilleau de Fontenay y Delbrel, reclamaban que se llevara a cabo una tentativa de escalada para remediar aquella situación. Fué preciso que un hombre de su confianza y prestigio, como Andréossy, les explicara detalladamente que, no era posible escalar la plaza con sorpresa; que Rosas no podía ser rendida, dado que su guarnición, renovada en cierto modo cada veinticuatro horas, estaba siempre alerta; que eran precisas escalas para remontar sobre los barbacanas que tenían hasta siete metros de altura y escalas para descender a un foso lleno de agua que no podía pasarse sin un puente, y, además de todo esto, escalas de más de doce metros para penetrar en el interior de la plaza. Ante tales razones los representantes no tuvieron nada que replicar, y se resignaron a esperar pacientemente.

Continúa el estado de la situación.—Sufimientos padecidos por los sitiadores y sitiados

La situación siguió siendo la misma en días sucesivos, y tan sólo el 3 de enero hubo una apariencia de calma que fué apovechada por los franceses para reanudar sus trabajos, pero la bonanza duró poco y la

noche fué espantosa. Por muchos que fueran los sufrimientos de los sitiadores no fueron menos los nuestros, y así vemos cómo en la Gaceta de Madrid, del día 20 enero, continuando su exposición del Diario del sitio de Rosas, refiriéndose a los sucesos del día 5 y 6 de dicho mes, decía: «Sigue el mal tiempo y viento al SE., el que hace padecer mucho a la escuadra, teniendo ya algunos navíos desarbolados e imposibilitados que venga la más mínima cosa a tierra, ni que se embarquen los enfermos que ya se hallan en bastante número. Tuvimos un herido en la partida de Málaga, se hizo algún fuego contra el reducto con bastante acierto; el enemigo contra la plaza no hizo ninguno, pero sí contra la Trinidad, que tiene totalmente cortada la comunicación por mar, por lo que no se sabe su verdadero estado; tampoco hicieron fuego las lanchas. En la noche del día 6 se perdió el navío Triunfante contra la playa de San Pedro; rindió todos sus palos el S. Antonio y perdió el trinquete el S. Dámaso, perdiendo los demás la mayor parte de sus lanchas y botes, no quedando más que cinco en la escuadra; en los cables y anclas hubo también mucha avería; las lanchas cañoneras se hallan casi entre dos aguas». Esta misma información daba cuenta no poderse embarcar enfermos y heridos nuestros, para ser trasladados a los hospitales del interior.

El castillo de la Trinidad.—Actitud heroica de los defensores

Mas a pesar de todo, las baterías, emplazadas por los sitiadores en la montaña, no habían disminuído en la intensidad y número de sus fuegos, al encontrarse en situación de poder soportar mejor las inclemencias y desarreglos de la atmósfera. El ataque al fuerte de la Trinidad se imponía, como objetivo preciso para abordar decididamente el asalto general a la plaza. La actitud de la guarnición del castillo, era verdaderamente heroica, pues si desde un principio había sido un blanco constante de los disparos de la artillería francesa, desde el día 23 de diciembre, según comunicaba el Gobernador del mismo al Comandante General de la escuadra de Rosas don Federico Gravina, rompieron el fuego con 5 cañones y 1 obús contra el castillo, con los que batían los dos tercios de la muralla que mira al norte y su ángulo correspondiente.

«Continuaron el fuego —participaba el referido Gobernador— desde este día con bastante viveza, a que les correspondía con un solo cañón de a 16, que era lo único que podía colocar para oponerse a su batería, el que varias veces fué desmontado por los enemigos y reemplazado con otro. Como la distancia a que estaba la artillería era a medio tiro, su artillería de a 24, y un solo punto de la muralla al que se propusieron batir, se conoció desde luego la impresión que en ella hacían las balas en un paraje que sólo era su espesor de nueve palmos, pues cada día se aumentaban las ruinas que cegaban el foso del puente, se desha-

cían las cercas que mantenían los rastrillos, se advertía considerable daño en la muralla y contraguardia.»

Ya indicamos anteriormente que cuando los franceses pudieron asentar tres baterías en la cima del Puig Rom, dos de ellas estaban dirigidas o mejor dicho apuntadas, hacia el fuerte de la Trinidad, e indicamos también que todas estas baterías, provistas de piezas de 24, hacían un fuego graneado contra el mismo. En estas condiciones no puede extrañar que el día 2 de enero, el Gobernador del castillo, «considerando por el estado en que se hallaba la muralla que a muy pocos cañonazos quedaría abierta una brecha de tres hombres de frente y que, a pesar de las frecuentes y arriesgadas salidas que de noche se hacían del castillo para separar los escombros, no se había podido evitar formasen éstos una rampa que facilitaba el acceso a la segunda plaza de armas, y habiendo sido destruídas las defensas del frente de ataque, juntase a los Oficiales de la guarnición y previniéndoles, reconociesen cuidadosamente el estado de la muralla, todos le significaran lo que habían observado por escrito que convenía exactamente cuanto él llevaba relacionado». En su consecuencia daba cuenta la autoridad militar que nos ocupa «manifesté pedir un bote con un Oficial para ello, el que, en la mañana del 3, me remitió V. E., quien, a pesar de la fuerte oposición que hicieron los enemigos, logró atracar, y manifestó a V. E., que continuando el fuego los enemigos podía temer en todo el día tener la brecha abierta, habiendo yo recibido el aviso de V. E. que si llegaba a suceder este último caso hiciera la señal correspondiente para proporcionar a toda costa el reembarco de esta guarnición.»

Reembarco de la guarnición del fuerte citado

El reembarco no tuvo más remedio que ser realizado, pues como testimonia de la información de que tratamos: «Los enemigos continuaron el fuego con bastante viveza, y no sólo lograron, en la madrugada del 4, tener abierta la brecha que llevo indicada, sino que habiendo batido el ángulo que descubría, se iba éste desprendiendo, y pudiera temerse que aplomase toda la cortina batida, cuando una situación de esta naturaleza no me dejaba el menor recurso; tampoco se me proporcionaba el de reembarco, por el viento al SE. y gruesa mar, que imposibilitaba barquear, el que habiéndose declarado la tarde antes, ya V. E. me había hecho la señal de que capitulase conociendo la imposibilidad que había de reembarcar según el temporal que amenazaba. La noche del 4 celebramos una junta en la que se trató del próximo asalto que nos amenazaba tanto por el fácil acceso a la brecha, como por haberse observado muy reforzados los puestos avanzados enemigos, pero que al mismo tiempo si continuaba el temporal, como era indispensable para las apariencias del tiempo, y se entregaba este castillo, aunque quedaba cubierto nuestro honor, quedaba en el mayor riesgo la escuadra del Rey,

que fondeaba bajo el tiro de cañón sería batida por los enemigos, que impunemente lo verificarían respecto a que no era posible hiciese movimiento para alejarse, ni menos se hiciese a la vela para ir a varar a un punto de la costa que probablemente podría ser de los enemigos; por lo que convinimos, desde luego, que tomadas cuantas medidas son imaginables para cubrir en alguna parte la brecha, dispusimos los 130 hombres útiles de armas con que nos hallábamos en los parajes convenientes para recibir a los enemigos, y que, en el espaldón formado en la segunda plaza de armas, se replegase en el último caso toda la tropa para hacer el último sacrificio glorioso de nuestras vidas; y para consolidar nuestro proyecto de cubrir en lo posible la escuadra del mando de V. E., se procedió desde luego, a clavar e inutilizar su artillería. La noche se pasó con el cuidado que las circunstancias exigen y aunque se notaron varias señales entre las avanzadas y baterías de los enemigos, no se advirtió movimiento, cuando, al amanecer del 5, comenzó a arreciar furiosamente el temporal, los enemigos continuaron contra el castillo su fuego, pero ni éste, ni la imposibilidad de ser socorridos por la escuadra, ni de haber sido espectadores de la catástrofe de los navíos San Antonio y San Dámaso, de la pérdida del Triunfante, de la mayor parte de las embarcaciones menores de los navíos, ni de algunos marchantes, pudieron variar la firme resolución formada de sacrificar nuestras vidas en obsequio del Rey y conservación de la escuadra. La noche se pasó en los mismos términos y los mismos cuidados que la anterior. Y habiendo amanecido el 6 el viento bonancible, aunque la mar se conservaba lo mismo, lo manifiesto a V. E. el cuidado en que lo teníamos, cuando a la señal del estado en que nos hallábamos, contestó V. E. con la de que nos preparásemos a abandonar el castillo, sin embargo de las infinitas atenciones con que se hallaba la escuadra de resultados del pasado temporal. La hora del abandono se señaló a las siete de la noche, el paraje, por un agujero que se abrió en la muralla que mira al mar, y el orden el más proporcionado para que se hiciese con el mejor método y silencio. En efecto, a la hora señalada, luego que las lanchas de fuerza con sus fuegos se aseguraron el campo, y me avisó de hallarse los botes de la escuadra el Primer Teniente de Extremadura, don Joseph Cuéllar, que con una avanzada de 20 hombres había colocado fuera del castillo, dispuse la total evacuación de él, habiendo sido yo el último que le abandonó después de asegurarme quedaba bien clavada la artillería, a excepción de un cañón de 12, que por la inmediatez, que tenía con los enemigos me pareció oportuno no clavarlo por no ser sentido e inutilizada la mayor parte de la pólvora.»

Tal como lo describe nuestra información oficial hubo de ser abandonado el fuerte de la Trinidad. Y cuando, tras haber estado durante la noche la artillería francesa tirando incesantemente contra él, llegadas las once horas y media del día la brecha parecía practicable y el enemigo salía apercibido que había cesado nuestro fuego, lanzóse al asalto, bruscamente, sin esperar orden alguna. El fortín estaba abandonado y

sólo encontró dentro de él nueve gruesas bocas de fuego enclavadas, y seis cañones precipitados al pie del escarpado. Bien lo declaraba así la Gaceta de Madrid, del 23 de enero, que, en su información del día 7 del mismo, manifestaba :

«Esta noche se executó la evacuación del castillo de la Trinidad, que se hizo felizmente después de haber inutilizado la artillería, municiones y víveres ; para que el enemigo no lo sospechase, hicieron un agujero en uno de los frentes que mira al mar, por el que salieron, con el mayor silencio, uno a uno, embarcándose en diferentes botes, que para este fin, baxo la protección de las lanchas cañoneras, se arrimaron. El enemigo tiró contra él toda la noche y gran parte de la mañana, desengañándose a las once y media del día, que se atrevieron a entrar en él ; luego habilitaron el único cañón de a 12, que por motivos de hallarse frente al enemigo no se clavó, e hicieron fuego contra la escuadra, pero quedó corto el tiro, se reparó trabajo en una altura que se halla entre la Garriga y Mas Rola, no se puede saber de qué especie : los cañones que tenían su dirección hacia el castillo, los quitaron para ponerlos contra la plaza : por la mañana hicieron fuego los contrarios, aunque poco, pero lo avivaron tanto más por la tarde, cayendo dos bombas en el almacén grande de víveres ; otra cayó por una ventana de la casa del General, reventando delante de la puerta interior de su habitación ; pero no ocasionó sino contusiones en los soldados de la guardia. Tuvimos en el día no más que un muerto y seis heridos ; el pueblo siempre se mantiene, como también la línea desde el ángulo saliente ; hasta ahora no hacen ademán de ampararse de él : los enfermos aumentan bastante, y el médico juzgó preciso el embarco de 41 sólo hoy.»

Según la información francesa los sitiadores lanzaron sobre el fuerte de la Trinidad 2.225 balas, 43 bombas y 25 granadas, total 2.293 proyectiles, y los nuestros respondieron con 942 balas, 85 bombas y 76 granadas de 4, total 1.097 proyectiles, que arrojan un total general de proyectiles cruzados de 3.390.

Juicio que merece la conducta de los defensores del castillo de la Trinidad al Almirante Gravina

Concuerdan con estas cifras las facilitadas por nuestra información oficial y hemos de tener en cuenta, por lo que hace referencia a los disparos de nuestra artillería que, como indicamos, el 1.º de enero, el fuerte de la Trinidad cesó de repente en su fuego debido a que las baterías que daban frente a la altura del Puig Rom estaban por completo desmontadas. Con razón podía decir el General Comandante de la escuadra española don Federico de Gravina, al General en Jefe, don José Urrutia, en 6 de enero, refiriéndose a la evacuación del castillo de la Trinidad ; que «su defensa había sido muy honrosa», como lo probaba el hecho sólo de que la brecha abierta tenía tres varas de ancho y siete

de alto, y con no menos razón y autoridad pudo manifestar el Teniente de Navío y Gobernador del mismo, don Esteban Morera de Planell, que la defensa había sido gloriosa, confesando noblemente el Almirante Gravina, que tanto este Gobernador como su segundo el Teniente de Navío don José Canelas y los demás oficiales que se hallaban destinados en aquella fortaleza, se habían hecho acreedores a las gracias de S. M. el Rey; «pues sólo una firme y valerosa resolución como la que se formaron, pudo poner a cubierto la escuadra del Rey en los críticos días del temporal que sufrió el 4 y 5 del corriente.»

**Consecuencia que había de acarrear la
pérdida del castillo de que se trata**

Al ser ocupado por los franceses el fuerte de la Trinidad, la defensa de la ciudadela y en general de la plaza de Rosas, estaba virtualmente perdida. Cinco de los seis cañones que habíamos abandonado fueron colocados en una batería vecina muy cercana, que se hallaba asentada al borde del mar bajo la protección del fortín, y que los nuestros no habían considerado oportuno armar, o acaso, no pudieron por falta del material consiguiente. Las tres baterías de la Trinidad no fueron tampoco descuidadas, y, la artillería del Puig Rom, completó el armamento que en el fuerte habían dejado los españoles y que los franceses se apresuraron a reparar.

Destinado en adelante el Boton de Rosas o fuerte de la Trinidad a batir con sus fuegos la plaza y ciudadela de Rosas, disminuía en alto grado la acción que los cañones de la escuadra española pudieran ejercer sobre los sitiadores. Pero el hecho era debido, más que a nada, a los embates del temporal, pues, como lo confesaba su mismo Comandante General, la escuadra española (1) había sufrido de tal modo a causa del

(1) El día 5 de enero el Almirante Gravina comunicaba: «Sigue el mal tiempo y viento al SE., el que hace padecer mucho la escuadra, teniendo ya algunos navíos desarbolados, e imposibilitando que venga lo más mínimo a tierra ni que se embarquen los enfermos que ya se hallan en bastante número. Tuvimos un herido en la partida de Málaga; se hizo algún fuego contra el reducto con bastante acierto; el enemigo contra la plaza no hizo ninguno, pero sí contra la Trinidad, que tiene totalmente cortada la comunicación por mar, por lo que no se sabe su verdadero estado; tampoco hicieron fuego las lanchas.»

Con fecha del día siguiente Gravina comunicaba al Baylio don Antonio de Valdés lo siguiente: «Excmo. Sr.: Ha sido tan duro el temporal del SE. desde que lo indiqué a V. E. en mi última, que no han podido hacer fuego las lanchas de fuerza, ni tampoco he podido tener casi comunicación con la playa para introducir víveres, municiones, ni otros efectos, ni pude evacuar el día 3 el fuerte de la Trinidad, a pesar de la poca tropa y de su inmediación a la escuadra de S. M., fiada a mi cuidado y entregada a los rigores de un temporal de travesía que parece aumentaba su fuerza con su duración; pero estas mismas agitaciones tomaron el mayor merecimiento ayer a las doce del día, que faltando sus cables al navío S. Dámaso cayó sobre el S. Antonio, y abordando los dos, se me hacía poco sensible el destrozo de la arboladura, de cascos, y aún de las muertes violentas que consideraba de resultas de su choque quando necesariamente los veía irse a varar a la playa enemiga baxo de sus baterías los dos y con esto colmar nuestra desgracia en quella parte que era toda la fortuna de los enemigos; al fin se desembarazaron milagrosamente, y tuve por consuelo ver al S. Antonio todo desarbolado, al S. Dámaso sin palo de mesana y con avería en el timón; de modo que esta averiada situación de los navíos fiados a un solo cable que les quedó me servía de consuelo, quando se renovó mi cuidado al ver desamarrado por

huracán del 5 al 6, que no había quedado en estado de mantenerse en el mar, siendo preciso relevarla.

Presencia de la escuadra francesa.—Actitud pasiva de la misma

Una escuadra francesa compuesta de 21 navíos hubo de presentarse ante los muros de Rosas, pero ni se decidió a atacar a la nuestra, no obstante su lamentable estado a causa de los estragos del temporal, ni fué objeto de agresión alguna por parte de ella, limitándose uno y otro Almirante a desembarcar algunos aprovechamientos. La aparición de la escuadra francesa debió determinar a juicio de la información suya, la rendición de la plaza con toda su guarnición; no lo hizo así el Almirante Jean Bou Saint-André, que teniendo a su cargo la defensa del puerto de Tolón, y contrariado por el Comité de Salud Pública, se creía en el caso de no intentar empresa alguna en el mar.

El General Urrutia lleva a cabo alguna operación de socorro sin resultado apreciable

Como era de rigor hubo, por parte de nuestro alto mando, alguna tentativa para acudir en socorro de los defensores de la plaza de Rosas. Desde un principio, para inspirar mayor vigor o confianza a las tropas encargadas de esta defensa, el General Urrutia hizo establecer, a vanguardia de su línea, dos campos que pudiéramos llamar de observación, uno frente a Rosas, en la orilla opuesta de este golfo, y el otro en Bañolas, en la vecindad de las montañas cuyos habitantes se habían levantado en armas. Pero poco pudo conseguir sobre este particular el digno General del ejército español en los Pirineos Orientales. Una pequeña

falta de tres cables el Triunfante, y que se ponía a la vela por no tener otra amarra, a causa de haber dexado un ancla y un cable en su anterior amarradero la última noche en que varió violentamente su situación por el alcance de las bombas enemigas. Ya a la vela maniobró el Triunfante con la mayor agilidad y serenidad posible, de modo que nos inspiró alguna confianza de su salvamento por las vivas aguas de los para afuera, hasta que, a la mañana del día siguiente, lo vimos varado en la playa de la Escuela. Estos desgraciados sucesos fueron mezclados muy a menudo, con la falta de cables de los navíos Serio, S. Julián, San Francisco de Asís, con los socorros pedidos por las cañoneras, por los marchantes, y que se querían y no se podían dar, y con la pérdida de la mayor parte de las lanchas, botes, serenies y falúas de la escuadra que dexaban sus maras con el banco o bancos sobre que estaban amarradas en testimonio de que la dureza del tiempo superaba toda precaución. De esto y de los destrozos de arboladura estaba tan lleno este golfo, que aumentaba lo triste del espectáculo, y nos ha dexado en el mayor desavío en cuanto a buques menores, y de cuyo perdido número avisaré a V. E. en primera ocasión. El Comandante del Triunfante, D. Vicente Yáñez, vino a este navío el 2 por la mañana, que llamé a los Generales a junta, porque su deseo de servir le ha tenido a mi lado con frecuencia, y yo por conocerlo así lo he empleado varias veces en ir a la plaza; pero habiendo cargado el tiempo demasiado, no pudieron restituirse a su borda este Oficial ni el Xefe de Escuadra don Domingo Grandallana, que pasaron aquí todo el temporal, pero esta mañana lo mandé a la Escala, para que trate de salvar del navío todo lo posible; sólo sé que no se ha ahogado la gente, y que permanecería a su bordo esta tarde aguardando que abonance el viento para logarlo.»

diversión lejana, no dió resultado alguno, pues las tropas encargadas de realizarla, al tener conocimiento de la caída del fuerte de la Trinidad, descendieron desde el puerto de Orriols a Bâscara y atravesando el Fluvia avanzaron hasta Besalú, tratando de sorprender los acantonamientos franceses, pero, al fin, fueron rechazados sin repetir esfuerzo alguno.

Resultado del segundo plan de asalto a la fortaleza de Rosas. Se impone a los franceses la ejecución de un tercer plan

El segundo plan de ataque había conseguido la caída del fuerte de la Trinidad, lo cual, siendo mucho, no vino a representar la inmediata capitulación de la plaza. Su valerosa guarnición continuaba dispuesta a resistir hasta el último trance, y efectivamente, como vamos a ver, fué necesario un tercer plan de ataque, y aún otro cuarto, para conseguir su rendición, o mejor dicho, su abandono, cosa plenamente conseguida, no obstante ser el principal objetivo del alto mando francés el impedirlo, por cuya razón el constante interés de su atención estaba fijo en la actitud de nuestra escuadra, que había de facilitar dicha evacuación.



CAPITULO V

El sitio de Rosas (continuación)

Tercer y cuarto plan de ataque

La situación a raíz de la pérdida del fuerte de la Trinidad



El fuerte de la Trinidad, el Boton de Rosas, hallábase en poder de los franceses. La nueva batería, que los españoles a la vecindad del mismo habían dejado contruída y que fué por los franceses artillada por cinco cañones de los seis que habíamos dejado abandonados y que eran los que habían quedado en estado de servicio, iba a prestar una ayuda eficacísima al poder rasar con sus tiros las olas de la bahía. Y no hemos de decir nada en este sentido de las otras tres baterías que existían en la fortaleza que hemos indicado. Toda esta artillería se encontraba en condiciones de facilitar de un modo extraordinario el asalto de los sitiadores a la ciudadela y demás defensas de la plaza.

**Se impone un tercer plan de ataque.
Dificultades para su iniciación**

Se imponía la concepción y desarrollo de un tercer plan de ataque cuando el temporal viniese a permitirlo. Los franceses al tratar de reanudar sus trabajos y completar la construcción de su primera paralela, ya terminada en toda su longitud, encontráronse con que el agua que inundaba el terreno bajo y sin desagüe en el que, como ya indicamos anteriormente, había que operar, venía a presentarles un obstáculo insuperable, y a causa de ello se preguntaban si, no obstante petenecerles la montaña no estarían, por las razones expuestas, condenados a esperar la llegada del buen tiempo para dar término a las operaciones de un plan metódico concebido en circunstancias que, al presente, habían sufrido o experimentado un cambio notable. Su autor, el propio Andréossy, era el primero en reconocer que las excepcionales lluvias que habían caído posteriormente desconcertaban por completo sus cálculos. A causa de éste, sin gran obstinación desde luego, solicitó y fué autorizado para hacerlo, reintegrarse a su puesto en Perpignán con los Oficiales que le habían acompañado.

Propósitos y disposiciones del tercer plan

En el nuevo plan concebido se trataba de transportar los ataques contra la ciudadela del frente que había sido elegido en un principio a aquel que daba cara a la población. Manifiestas circunstancias lo imponían así, dado que, entre la ciudadela y el Puig Rom, al pie de esta montaña, corría de este a oeste, un profundo barranco que atraviesa el pueblo para desembocar en el mar. Cortaba de este modo la izquierda de la primera paralela, y cruzaba a la extremidad del atrincheramiento del mismo y habida cuenta de que el escarpado de la margen derecha le ponía al abrigo de los fuegos de la plaza, podía considerársele como una rama de la primera paralela, cual si fuera el foso, cuyo rediente o resalto central se hallaba a mitad de la distancia entre la referida ciudadela y las casas que bordean la costa hasta unas 50 toesas de la ciudadela. Por otra parte este accidente topográfico tenía la ventaja de tener ante sí, dos caminos de aproche, perfectamente preparados.

Por las razones que acaban de exponerse fué determinado en consecuencia que, desde luego, tres baterías serían destinadas a batir el nuevo frente de ataque, asentándolas de la siguiente manera: dos en la prolongación de este frente, a 80 toesas a vanguardia de la paralela, y la tercera en la pendiente exterior del Puig Rom, la que sería armada con las piezas que sobraran del artillado de esta montaña. A continuación, convirtiendo el rediente del foso en una batería de brecha, y utilizando éste como camino de asalto, se llevaría a cabo el de la ciudadela de un modo directo. Finalmente, se buscaría un emplazamiento para asentar una segunda batería detrás de las casas de la localidad y a la altura de la primera batería de brecha.

Desarrollo de las operaciones

Nuestro diario de operaciones en su información del día 10, exponía que: «según el trabajo que se distinguió más a la derecha de la batería del Olivar, se da a conocer como si el enemigo quisiera enmendar la posición de esta última, que padece algo en tiempo de agua». La del día 11, daba cuenta de que: «por la parte del hospital, sigue el trabajo en la que se presume batería, como también el otro en la inmediación de la casa de las Higueras, que tiene trazas de ser camino para llevar cañones a la orilla del mar y al castillo, pudiendo saberse, por las declaraciones de un prisionero, que las fuerzas enemigas consistían en 18.000 hombres, teniendo bastantes enfermos, encontrando grandes obstáculos a causa del mal tiempo en la conducción de víveres y municiones, pero continuando con vigor sus trabajos, habiendo pasado, efectivamente, la batería del Olivar que tenía cuatro morteros, a la que estaban construyendo cerca del hospital, no faltándole a ésta más que la explanada.»

Más explícita todavía la información del día 12, aseguraba: «haber-se conocido por los nuestros, ser bastante el adelantamiento de las obras en la trinchera inmediata a la casa de las Higueras, como también en otra nueva que se descubrió, entre la batería del Olivar y el Mas Rola. Se hallaba de tal modo circundada la plaza—exponía textualmente nuestro Diario— que a cada doscientos pasos en su circunferencia se hallan baterías, espaldones o trincheras, aprovechándose, para esto, de los caminos hondos que se hallan en su inmediación; en lo restante del día fué poco su fuego, pero tanto más activo el trabajo en la inmediación de la casa de las Higueras arriba citada, y en todas las demás obras, reparando el daño recibido por nuestras baterías; para incomodarlos hicimos un fuego vivo y duradero; tuvimos 2 muertos, 3 heridos y 35 calenturientos.»

Fracaso del tercer plan de asalto

En efecto, los franceses habían comenzado los trabajos de este tercer plan o período de sitio, al entrar la noche del 23 al 24 nivoso, o sea del 12 al 13 de enero, y gracias a ello, en esta noche, las dos baterías que debían batir el nuevo frente de ataque, así como las comunicaciones con la paralela, quedaron en estado de recibir a los trabajadores del día. Estos, favorecidos por una espesa niebla, pudieron acabar, bien pronto, los parapetos y las plataformas, y las hubieran armado si la humedad del suelo no hubiese impedido el transporte de la artillería. Pero nuevamente las inclemencias del tiempo, la caída de una nieve, rara en esta comarca, impidió realizar unos trabajos que se estimaban hacederos en más de cuarenta y ocho horas. No hemos de trasladar aquí la serie de impedimentos que hubieron de presentarse y la gran cantidad de esfuerzos, que hubo de realizar para salvarlos, siendo preciso reparar apresuradamente los múltiples daños experimentados. Los sufrimientos padecidos por unos y otros contendientes no pudieron ser mayores, y cuando, el 24 de enero, vino el deshielo, imponentes masas de agua, rápidamente fundidas en las montañas, vinieron a destruir todo cuanto restaba de los trabajos realizados por los sitiadores. Los fosos fueron inundados, y la llanura se transformó de nuevo, en un vasto lago. Y como acontece siempre en estos casos, a las nieves fundidas sucedieron las emanaciones pestilenciales causadas por la descomposición de los cadáveres de mulas y de caballos arrastrados por todas partes, siendo ello causa de que sobreviniese el azote final de una cruel epidemia. El tercer plan de ataque había fracasado también.

Depresión del ánimo de las fuerzas combatientes.—Heroísmo de los sitiados

Lucha tan obstinada por parte de uno y otro contendiente contra la adversidad no podía por menos de ejercer una acción deprimente: «Era una última y bien ruda prueba para nuestros pobres soldados que, ape-

nas alimentados, a medio vestir y penetrados por el viento helado del norte tan temible en estos parajes, no disponían para librarse de un frío de trece grados de otra cosa que no fuesen las concavidades de las rocas, en las que, cada mañana, se encontraban uno o varios muertos», así nos lo declara el historiador francés tantas veces citado. «Hasta entonces —sigue diciendo— en tanto que los días eran pasados en medio del fragor de las armas, sus penas vivas y punzantes habían sido soportadas con una ligereza admirable, pero después que la montaña, la llanura y el mar estaban mudos, y que un lúgubre silencio había sucedido al estampido del cañón por todas partes, no contaban, para oponerse a sus miserias, de otra cosa que de una resignación inerte y sombría.»

Pero si tal era la situación de los franceses, la nuestra, reconocida por el propio historiador, no quedaba más atenuada: «Los sufrimientos de los sitiados, no eran menos dignos de piedad», tal es su expresión literal. «El Gobernador, cuya casa había sido reducida a cenizas, hallábase encerrado en un agujero recubierto de vigas y fajinas; y la guarnición, cuyos cuarteles, almacenes, hospitales y hasta los mismos blindajes habían sido igualmente incendiados, demolidos o destrozados por nuestras bombas, la guarnición que no vivía de otra cosa que de los recursos que le proporcionase la escuadra día por día y a merced de los vientos, que casi contaba con tantos enfermos como soldados, los cuales se encontraban en una situación tal, que cuatro hombres no podían reunirse de día ni nadie aproximarse durante la noche a un fuego o a una luz sin atraer al momento los disparos certeros del enemigo; esta desdichada guarnición vivaqueaba diseminada sobre una sábana de nieve que cubría las ruinas de sus últimos abrigos. Sin embargo, todos ellos rehacíanse bajo el peso de tantos males, y no se oía murmurar, ni quejarse, dentro de los muros de Rosas, ni pronunciarse en el interior de este recinto desolado, la palabra capitulación.»

Es por lo tanto el propio testimonio francés el que reconoce lealmente cuán grande era el heroísmo de nuestros bravos defensores de la plaza de Rosas.

Imposibilidad de realizar ninguna operación de aproche

El reconocimiento que los franceses realizaron en 27 de enero, del terreno que daba frente a la plaza, puso de manifiesto, cómo hallándose la tierra totalmente saturada de agua no permitiría la realización de ningún trabajo durante mucho tiempo. No cabía otro recurso que determinar un punto preciso de ataque, cuya importancia táctica pudiera influir notablemente en el desarrollo de los acontecimientos. Reconocióse por el alto mando republicano que el único capaz de reunir tal condición era la colina que, desde un principio, había señalado Andréossy, como la más propicia para, una vez tomada, acarrear la ren-

dición de la ciudadela. Y no es que posición semejante reuniese de por sí propiedades suficientes, pues si bien es cierto que por su naturaleza pizarrosa conservaba alguna consistencia, en contra, su pequeña elevación sobre el cuerpo de la plaza, la hacía incapaz para poder practicarse en ella una brecha de entrada.

**Acuerdo tomado por el Consejo de Guerra
celebrado el 28 de enero**

En vista de cuanto acaba de exponerse, un Consejo de Guerra, presidido por el propio Perignon, y al que habían asistido los representantes del pueblo, decidió unánimemente que, 18 cañones, del más grueso calibre que se tuvieran, se establecerían en este emplazamiento, y que 55 cañones, morteros y obuses, se repartirían de modo que formasen nueve baterías en asentamientos ya construídos o por construir. Todas estas 73 piezas vomitarían sobre la indomable ciudadela la destrucción y la muerte. ¡La suprema voluntad del poder revolucionario no se contentaba con menos!

Cuarto plan de asalto.—Su característica.—Un cañoneo violento

Pero como afirma el propio Fervel, este cuarto plan de ataque, o mejor dicho, cañoneo general, no conducía, por lo tanto, a otra cosa que a una solución incierta o dudosa. «No obstante, podía esperarse que esta vez, sin caer en un exceso de presunción, los últimos escrúpulos del digno Gobernador de Rosas, no resistirían ante las balas que iban, si no a abrir brecha en sus escarpas, a lo menos a iniciarla. En la ejecución de este cuarto plan correspondía a la artillería antes indicada el papel principal, y, como el asentamiento de la batería de grueso calibre representaba el primero y principal trabajo arealizar, ordenóse al General de Brigada Lamartilliére, se encargase del mismo. Hemos dado cuenta, en páginas al comienzo de este tomo, de la personalidad de este brillante artillero del ejército de la República. Su actividad fué tan extraordinaria en esta ocasión, que, a pesar de sus heridas, logró, en efecto, que desde las diez de la noche del 30 de enero (10 lluvioso) hasta las 3 de la mañana del día siguiente, no obstante la resistencia de un suelo áspero, fuese construído el parapeto o espaldón de la gran batería de brecha, provisto de 18 troneras revestidas con sacos de tierra. La disposición de este parapeto era en forma tal que su espesor resultaba mayor que el ordinario, y de una altura superior para que las plataformas, un poco por encima del suelo, descubrieran la mayor parte posible de la escarpa. Por último, esta obra en la que habían trabajado 800 hombres, relevados a medianoche por otros 800, quedó totalmente construída con sus terraplenes, plataformas y depósitos para la pólvora, antes de la noche del día 1 de febrero.

**Obras de comunicación entre las baterías
francesas**

Era preciso establecer las comunicaciones rápidas y seguras entre el parque de artillería de Palau y la colina en que había quedado construída la batería de brecha; comunicaciones que, como recordaremos, desde el principio del sitio, habían sido trazadas por el propio Andréossy, y, en parte, ejecutadas por el ingeniero Fournier Verrière. Tratabase de volver a levantar cuanto había sido hecho, y añadir muchos ramales de trinchera. En este trabajo sin descanso, fueron empleados mil hombres, que, careciendo de útiles disponibles, no pudieron comenzar antes de la noche del 31 de enero.

El interés que pudiera tener Andréossy en la rápida ejecución de todas estas obras, puede comprenderse desde el primer momento, y gracias a él, el 1.º de febrero, a la entrada de la noche, la artillería pudo dejar asentadas sus 18 piezas, en disposición de romper sus fuegos. Pero era preciso asentar, igualmente, las otras 55 piezas. Y su distribución en cinco baterías fué la siguiente: Las cinco primeras, 16 morteros y cuatro cañones, serían construídas o reorganizadas con el fin de cooperar directamente al éxito de la batería de brecha, a ellas vecina. Constituían de este modo, el primer grupo. Las otras cuatro, con un total de 35 piezas, no siendo, por así decirlo, más que accidentales. Eran éstas las baterías aun no acabadas del todo, y que iban a contrabatar el frente de la localidad cuando la nieve vino a desbaratar el tercer plan de ataque francés. La mayor parte de estas baterías miraban a la espalda del frente elegido, y constituían un segundo grupo distinto del primero (1).

Todo este formidable sistema de artillería contra la plaza de Rosas fué completamente organizado y provisto de municiones para cinco días, en poco más de cincuenta y cuatro horas. La información francesa, que esto nos declara, indica que, los nuestros, no hicieron nada para impedir tales trabajos, absteniéndose de emplear las balas de sus cañones. Y da por cierto esta información que, «ante los trabajos vistos realizar al enemigo caímos en el error de suponer que la gran batería, apuntada contra nuestro frente norte, no era otra cosa que una finta para que desguarneciendo por tal razón el frente de este lado, o sea para desguarnecer el frente de la localidad, ante el cual veíamos trabajar al enemigo activamente, acumulásemos sobre éste todos cuantos medios de defensa nos quedaran». Pero, según esta misma información, prontamente fuimos con toda crudeza desengañados.

(1) En el Apéndice número 16 damos una relación de estas baterías en el orden mismo en que quedaron asentadas a lo largo y ante el recinto de la ciudadela, hecha abstracción de su proximidad a la misma.

Los sitiados se mantienen en sus puestos

Mas es lo cierto que los defensores de Rosas se mantuvieron en sus posiciones desde el 10 de enero al 1.º de febrero, sin perder la moral bajo el terrible fuego realizado por la artillería enemiga. «No cesó el fuego del enemigo en toda la noche, manifiesta el relato correspondiente al día 9 de enero, de nuestro diario de operaciones, continuando, durante todo el día, más o menos vivo. El fuego del enemigo es intermitente cuando de una, cuando de otra batería, dice la referencia del día siguiente. Y la del día 11, que este fuego del enemigo ha sido igual al de las demás veces». De esta suerte las referencias correspondientes a los demás días vienen a darnos cuenta de este casi constante bombardeo de la plaza. De igual modo, los defensores de la plaza veían, día por día, ir aumentando las obras de fortificación del enemigo. El cerco se estrechaba cada vez más y más.

Inclemencias del tiempo.—Medidas adoptadas por los sitiados al efecto

La inclemencia del tiempo contribuía a seguir agravando la situación de ambos contendientes. Según nuestra información oficial, «el día 15 empezó a nevar en la noche, continuando por todo el día, de modo que se cubrió de nieve toda la plaza, campo y montaña más de media vara de alto, y acompañada de un viento tan frío que no se puede menos de admirar la constancia y brío con que la guarnición lo está sufriendo, cogiéndola después de 52 días de sitio y 25 de trinchera abierta, cuyos trabajos han sido continuos y acompañados de los mayores peligros; tres soldados de Extremadura fueron sepultados en las ruinas de una casa, que se sacaron bastantes lastimados; no hicieron fuego en todo el día; por nuestra parte se les hizo algo, aunque la demasiada nieve incomodaba mucho; hubo ocho enfermos.»

Situación tal obligaba a tomar medidas oportunas, y, así, vemos cómo, según la referencia del día 16 «por el rigor del tiempo, que sigue nevando, no hicieron fuego los enemigos, y muy poco la plaza; se tomó la providencia de relevar cada media hora los centinelas, por el mucho frío. Pasó un soldado del Regimiento de España de Caballería con su caballo al enemigo; tuvimos 28 enfermos». Por las declaraciones de dos soldados franceses que hubieron de presentarse ante la plaza el día 17, y que fueron hechos prisioneros, gran parte de las obras levantadas por los sitiadores, hallábanse paradas a causa del mucho frío y hielo que imposibilitaban la remoción de las tierras.

Un incidente favorable para los defensores de la plaza

En medio de aquella situación angustiosa los sitiados pudieron experimentar algún momento de satisfacción, y tal pudo ser lo acontecido en el día 25, en el que, según el relato oficial: «A las once de la maña-

na cayó una bomba del baluarte de Santa María en el repuesto del reducto, causó tres explosiones, la primera fué tan fuerte que se sintió hasta en la misma plaza, ocasionando el mayor estrago y confusión en el enemigo; fué tanta la alegría de los soldados que se hallaban en el baluarte que echaron los sombreros al aire con unos vivas al Rey, y gritando con la mayor sencillez, ya estamos *patas* (1); teniendo esto alusión a las dos pequeñas voladuras que nos ocasionaron. Se contaron hasta 37 que se llevaron entre los brazos, sin que se pueda saber los muertos que regularmente habrán tenido; empezaron al instante de sus baterías a tirar con más viveza que los demás días anteriores, ocasionándonos dos muertos y dos heridos; entre la casa hospital y reducto trabajaron en un ramal de comunicación con el espaldón adelantado; también estaban prolongando el de la Viña por la izquierda, de donde fueron interrumpidos diferentes veces por nuestro fuego.»

Situación por fin insostenible para los españoles.—El Gobernador Izquierdo decide entregar la plaza

Pero la situación se hacía insostenible para los sitiados. El día 1.º de febrero, al despuntar el alba, la gran batería dió la señal de romper el fuego a todas las demás, y, al momento, la ciudadela quedó envuelta en un verdadero torbellino de fuego. La plaza apenas pudo responder a un ataque semejante, y los cañones de nuestra escuadra permanecieron inmóviles y mudos. A pesar de situación tan crítica, de un fuego tan vivo y tan nutrido, por dos días y dos noches la guarnición española, sin amilanamiento alguno, sufrió a cielo abierto y en silencio esta avalancha de balas y de bombas. Mas por razones de humanidad se imponía, por parte del Mando español, adoptar una solución definitiva. El Gobernador de la plaza de Rosas, el valeroso Mariscal de Campo don Domingo Izquierdo, en carta dirigida el 4 de febrero, al Teniente General Urrutia, exponía claramente las razones que le habían inducido a entregarla dignamente.

«Excelentísimo Señor: —Exponía textualmente—. Con presencia de la situación de la plaza, de resultas de la batería de 18 cañones, que los enemigos establecieron en la izquierda de la Casa Matas, según tuve el honor de participar a V. E., la cual rompió su fuego el día 1.º con tanta viveza, que unida con las demás baterías tiraron 1.640 balas, 510 bombas y seis granadas, haciendo notable daño en los parapetos y dando a conocer bastante en el que hacía en la muralla Real, que aún sin formar tercera paralela, si no abrían brecha en ella, quedarían los baluartes de San Juan y San Felipe sin poder sostener el impulso de los pocos que permitan sus flancos y caras oponerles; como efectivamente se verificó ayer en este último con las 2.400 balas que tiraron, 640 bombas y 160 granadas; con acuerdo del General de la escuadra se executó

(1) Es decir: en igual caso; en paz.

anoche el embarco de la guarnición, que se componía de 4.204 hombres. Las sabias y acertadas providencias del General referido para el orden y método de acercarse las lanchas, y el sumo silencio que se observó por la tropa desde las ocho de la noche en que se dió principio, proporcionaron que a las dos de la mañana no quedasen en tierra más que 1.300 hombres quedando de éstos 600 en el pueblo al mando de los Coroneles don Nicolás Esparza y don Diego Petit y los restantes en la plaza al de los Jefes de día los Tenientes Coroneles don Cayetano Esparza y don Francisco Cumplido, Sargento Mayor de Navarra y Capitán de Extremadura, que, desde este momento en que yo me embarqué, siguieron las lanchas y botes recogiendo gentes, hasta que habiendo llegado un parte verbal de las avanzadas de los Molinos (sin haber podido averiguar hasta ahora si fué cierto de que lo envió el Sargento que estaba en ella) de que una columna de enemigos con artillería, venía a atacar al embarcadero, se introduxo la confusión, y perturbó el orden que hasta allí se había seguido. Las lanchas recogieron alguna gente de la que faltaba de embarcar, pero retardándose mucho algunos por las noticias siniestras que se habían esparcido, llegó el día sin poder embarcar unos 300 hombres, que según el Subteniente don Juan Cruz, el Coronel don Diego Petit, y algún otro Oficial de los últimos que quedaron en el pueblo y han llegado a bordo, serán los que se recogieron a la plaza. Los enemigos han continuado su fuego toda la noche a la plaza y al embarcadero, y aún después de amanecer han seguido algún tiempo sin percibir la salida de la guarnición. Me quedo con la inquietud de saber cuál sea la que les ha acordado, pero me prometo que el General enemigo no habrá querido hacer honor, honrando este pequeño resto de una valerosa guarnición, que por espacio de 70 días ha despreciado sus ataques y que a pesar de sus once baterías, incluso la famosa de 18 cañones, aún estaría a su frente si el Rey y V. E. no hubieran considerado preciosa la sangre de tan intrépidos soldados, que la continuarán derramando en la ocasión más oportuna. Los Xefes que han quedado en la plaza son, el Coronel del Regimiento de Valencia don Nicolás Esparza, y el Teniente Coronel don Cayetano Esparza, Sargento Mayor del de Navarra; de los Oficiales, hasta ahora no puedo tener noticias. Daré a V. E. todas las respectivas al mérito y particulares servicios que han contraído los que se han hallado en la defensa de la plaza y embarco; pero ya que el tiempo y la prisa con que va a salir el falucho no me lo permitan, mi Ayudante don Luis Wimfem, que entregará a V. E. este papel, como testigo de vista que ha sido a mi lado, podrá detallar varias de sus circunstancias. Dios guarde a V. E. muchos años. A bordo del navío S. Francisco de Paula, a las ocho de la mañana, hoy 3 de febrero de 1795. Excmo. señor don Domingo Izquierdo. Excmo. señor don Joseph de Urrutia.»

En la referida Gaceta de Madrid se exponía, igualmente, otro oficio del Gobernador de Rosas, en que, éste, comunicaba al General Urrutia que habiendo acabado de recibir un oficio suyo, y mediante lo que

había expuesto el día de antes de ayer, aprovechaba el favorable tiempo que la noche prometía para la evacuación de la Plaza, la que se había logrado a pesar del vivo fuego del enemigo, habiendo quedado embarcados sobre 4.000 hombres y en la Plaza unos 300 por causa de una falsa alarma producida por un parte del sargento de las avanzadas del castillo hacia los molinos, y en el que se decía que los enemigos venían con una columna con artillería para atacar el fondeadero, a cuya noticia se agolpó la gente que quedaba en los botes *largándose* a continuación y aunque volvieron después varios de ellos al llegar el día se retiró la gente que había quedado en la Plaza y se puso bandera parlamentaria. El parte terminaba diciendo: «Si el tiempo lo permite esta tarde o por la noche, daré la vela procurando dejar la tropa en Palamós, San Feliú o Barcelona según el tiempo lo proporcionare.»

Curiosa actitud de las tropas sitiadas y de la escuadra

Nuestra información oficial, después de poner de manifiesto las condiciones de la Plaza y los destrozos que en ella causaron durante el sitio, manifestaba cómo: «Este conjunto de circunstancias ha hecho tanto más gloriosa la defensa executada por su digna guarnición, la cual ha sufrido sin intermisión las fatigas y riesgos con una constancia y firmeza de ánimo que recuerda los hechos heroicos de nuestros mayores en defensa de la Religión, el Rey y de la Patria, y que prueba bien con su brillante esfuerzo el mucho partido que en la ocasión puede sacarse de un puesto fortificado, pues teniendo al de que se habla tanto cúmulo de defectos lo ha sabido sacar su valerosa guarnición, haciendo perder al enemigo mucha gente y tiempo en sus ideas.»

«Igualmente se han distinguido mucho, para dilatar la defensa, la oficialidad, la tropa y tripulaciones de la escuadra, quienes, a exemplo de su Comandante General don Federico Gravina, con noble emulación, y a porfía, no excusaban nada de cuanto podía contribuir, despreciando peligros y fatigas; y no menos en el momento crítico de embarcar a las tropas cuando abandonaron la plaza, habiendo también hecho el servicio en ésta los artilleros de la Real Brigada con mucha utilidad.»

Y no se limitaba a cuanto acabamos de exponer la información proporcionada por la Gaceta de Madrid, del viernes 13 de febrero de 1795, sino que, además, se daba transcripción literal, en ella, del parte que el Teniente General y Comandante del apostadero de Rosas participaba al Excmo. señor Baylio Frey don Antonio Valdés los detalles referentes a la evacuación de la plaza. Remitimos a nuestros lectores a la lectura de dicha comunicación, donde se dá cuenta de los incidentes de la evacuación de que se trata.

El comunicado del Almirante Gravina
dando cuenta de la rendición de la plaza

El Almirante Gravina no se olvidaba de hacer presente a la Superioridad los méritos contraídos por las tropas de mar y tierra encargadas de la defensa de la plaza: «No me es posible elogiar, manifestaba, hasta dónde merece el particular y distinguido servicio que han hecho el General, Oficialidad y tropa de la plaza, pues siendo ésta de las del tercer orden, sin obra alguna a prueba de bomba, sin camino cubierto, estacada ni glacis, han resistido 70 días de sitio y de un fuego que ha costado muchas municiones y pérdidas a los sitiadores a pesar de sus 15 baterías, sufriendo los fuegos de ellos, los rigores de la estación, que han sido extraordinarios, sin que se debilitase su ardor para corresponder a los enemigos, siendo esta su heroica defensa, émula de las que pueden verificar las plazas de primer orden de Europa.»

Y si esto podía decir el Almirante Gravina de la guarnición de la plaza, no menos razón le asistía al comunicar que no omitiría en honor de la justicia participar lo que estas fuerzas navales, a su cargo, habían hecho en tan dilatado asedio, expresando que las lanchas obuseras, bombarderas y cañoneras, con su acertado y continuo fuego, habían causado tanto daño a los contrarios. «Han pasado, manifestaba el ilustre Almirante, el espacio de 76 días, desde el 20 de noviembre último hasta hoy, sin parapetos que los defendiese del fuego enemigo, arrollados por las olas de los temporales, y sufriendo con la mayor constancia todo el rigor de una estación la más furiosa en temporales que se ha conocido muchos años ha, acudiendo en los descabros y averías de los buques con tanta oportunidad a su remedio Generales, Oficiales y la gente toda, que todos en medio de tan diversa clase de riesgos a porfía se brindaban constantemente y me pedían los destinase a la plaza, y a los para-jes más expuestos, en términos que me fué preciso establecer el servicio por rigurosa antigüedad, a fin de libertarme de tan repetidas instancias, que, por otra parte, me llenaban de gozo considerándome jefe y cabeza de tan esclarecidos militares; así he socorrido la plaza con tropas, municiones, víveres, refrescos, abierta siempre y sostenida la comunicación con la escuadra, durante el sitio, mientras los tiempos han permitido barquear, enterado siempe de cuanto ocurría en ella; y facilitaban la introducción de cuantos auxilios ha necesitado, se sacaban diariamente los enfermos y heridos.»

Fundado en la valía y significación de los hechos que se relatan, nuestro Almirante exponía, con toda decisión: «Tal empeño de mi Oficialidad y demás individuos me obliga a recomendarlos a la piedad de S. M. así las tripulaciones y guarniciones de estos buques, como con especialidad los de las lanchas obuseras, cañoneras y bombarderas, siendo en todos uno mismo el distinguiamiento que han contraído.»

Información francesa

La información francesa nos da cuenta de que cuando los franceses entraron en la ciudadela de Rosas: «Ella presentaba un espectáculo lamentable. Todas sus construcciones incendiadas, o demolidas por nuestros 40.000 proyectiles, sus calles llenas de los escombros de las ruinas de las casas y el suelo de sus plazas removido por la caída y la explosión de las bombas o cortado por fosos que en su mayoría no hacían más que recubrir a medias los tristes despojos que se les había confiado.»

«¿Cuántos cadáveres estaban en ella abandonados, y cuál era en definitiva la pérdida de los españoles? pregunta Fervel. He aquí una cosa tanto más difícil de precisar porque hubo entre la plaza y la escuadra continuos cambios de hombres enfermos y fuera de combate por hombres válidos. Delbrell asegura que los sitiados llegaron a los 3.000 entre muertos y heridos. Esta cifra, que comprende sin duda alguna las pérdidas de la escuadra y los enfermos, según otra información, la hace descender a 800. Finalmente, una tercera evaluación en la que no están comprendidos los hombres que fueron a hacerse curar o a morir a bordo, reduce el número de los muertos a 113, el de los heridos a 460 y el de los enfermos graves a 1.160. En cuanto a nosotros no tuvimos más que 50 soldados muertos por el fuego enemigo, y 150 heridos, pero numerosas víctimas del tifus y de nuestros mortíferos vivacs que no fueron tenidos oficialmente en cuenta.»

A continuación de estos datos el historiador francés expone «que los suyos se encontraron en la ciudadela de Rosas 90 bocas de fuego, 11.814 proyectiles, 20 millares de pólvora, 14.000 cartuchos y 200 fusiles inútiles. No quedaba en ella más que un mísero aprovisionamiento de víveres y todas las banderas habían desaparecido (1).»

Comentarios acerca del sitio de Rosas

¿Qué comentario cabe hacer del sitio de Rosas? Por lo que a los franceses respecta, Fervel que declara que fué uno de los más célebres de los anales republicanos, argumenta, a continuación, de la siguiente manera. «¡Y no obstante, si se le considera desde el punto de vista del arte, cuántas faltas cometidas! La primera, ya lo hemos dicho, fué el sitio mismo; y esta falta acarreó la necesidad de una tercera campaña cuando era tan fácil de terminar del todo la que se hallaba en trance de ser llevada a cabo con tanta felicidad y gloria. Retrocedióse ante una empresa que, lejos de ser aventurada, no tenía de audaz otra cosa que sus apariencias. ¡Si al menos en revancha, este aliento de victoria que preferíase amortiguar en las marismas del Ampurdán más bien que fa-

(1) Informa Fervel en una nota que a los 40.000 proyectiles lanzados por los franceses la ciudadela hubo de responder con 13.633 balas, 1.927 granadas y 3.602 bombas y la escuadra con 4.773 balas, 2.493 granadas y 2.733 bombas: en total 28.534 proyectiles. Por consiguiente en total de proyectiles cruzados fué el de 71.780.

cilitarles la marcha contra un ejército derrotado, al que ninguna flota ni otro abrigo que la plaza ruinosa de Gerona podían dar asilo; si este entusiasmo revolucionario que venía a fallar en el comienzo de su potencia hubiese al menos, una vez estimado el valor de los obstáculos materiales tan seriamente defendidos, dado lugar a una calma reflexiva que contase con estos obstáculos y al espíritu de persistencia, que es el único que puede superarlos! Pero no tardíamnte temerarios después de un exceso de prudencia, nuestros jefes, no sabiendo resignarse en principio a las oportunas lentitudes de un plan metódico, debían dejarse arrastrar a una bizarra sucesión de ataques discordantes, y perder, a causa de su impaciencia, bajo los parapetos que podían haber reducido en una década, perder 68 días, al fin de los cuales no habían podido hacer a estos parapetos, dos veces conquistados por sus antepasados, una brecha practicable!»

A juicio del historiador francés, todas estas faltas desaparecieron delante de la admirable actitud del ejército de sitio. Y a causa de esta actitud hubo de dejarse de tomar en cuenta errores e imprudencias que detalladamente va relatando. Así expone, «ni siquiera hubo de inquietarse por investigar si, resistiendo siempre, como debiera haberlo hecho, a la impaciencia de los que le rodeaban, el General en Jefe no había precipitado algunas medidas arriesgadas, sobre las cuales vióse forzado en seguida a tener que volver. Era suficiente señalarle, recorriendo como el último soldado las mortíferas y fangosas trincheras de la llanura, o bien tranquilamente sentado en una roca del Puig Rom delante de un obús que quemaba su capa y desaparecía bajo la explosión, para reaparecer, después, en medio de sus oficiales, escondido vientre a tierra con un rostro tan tranquilo como si nada hubiese pasado en torno suyo.»

«A los representantes que querían dar al asalto a un doble muro apenas descrestado por nuestras balas, no se les pidió cuenta de sus excitaciones insensatas: Se había visto a Delbrel siempre de pie acudir por todas partes allí donde el peligro era manifiesto, como si su cargo hubiese fijado en él su puesto; se le había visto cuando visitaba las baterías, desdeñar las comunicaciones cubiertas y seguras para atravesar a su paso ordinario, en traje de gala, los pasos por donde silbaba la metralla o la tierra humeaba bajo las balas.»

«Sin tener en cuenta las lecciones de los anteriores sitios sufridos por la plaza que se estaba atacando, los ingenieros no habían hecho entrar en sus cálculos en pleno diciembre, las inclemencias del invierno: Pero se olvidaba su imprevisión para no acordarse más que de su abnegación cuando, con el agua hasta la cintura, reparaban los desastres de la inundación, o cuando, a la cabeza de los soldados de Victor, ellos les labraban en las nieves pérfidas de la montaña, senderos bordeados de precipicios que el ojo no podía suponer.»

«Todavía menos se pensó en reprochar a nuestros oficiales de línea su molicie de la vigilancia de los trabajos, y a nuestros soldados de su inercia, incluso su mala voluntad en la ejecución: Lo que le preocupaba

era el ardor a elevar el cañón de 24 sobre las rocas inaccesibles, y su audacia para franquear los parapetos de un reducto. Era el primer grito de los heridos, ese grito instintivo que, en medio de su dolor, les arrancaba el temor de no verse curados para tomar parte en el asalto. También tenían en esto su parte los voluntarios y se citaba el caso del viejo Laplane, de los alrededores de Tolosa, que había acudido al sitio con todos sus hijos, cinco en número, y en medio de los cuales se le encontró, siempre, en el interior de la trinchera, dando ejemplo de los sacrificios antiguos. En fin, la artillería se encontraba por encima de todos los elogios, y no había para ellos restricción alguna.»

Y el juicio final que, como consecuencia de todas estas consideraciones formula el escritor francés, no puede ser más categórico: «Es de este modo —declara— cómo el sitio de Rosas mereció fijar la atención de todas las miradas francesas, cuya admiración fué repartida durante tres meses de este cruel y glorioso invierno, entre dos manifestaciones bien diferentes de su genio guerrero: La rápida y maravillosa conquista del ejército que surcaba al paso de carga los hielos de Holanda, o abordaba al galope sus navíos cautivos y la inquebrantable paciencia de estas falanges inmóviles al pie de un acantilado de los Pirineos lanzándose encarnizadamente en medio de las tempestades, a despecho de un mar, en juego contra algunos lienzos de muralla.»

Y considerando Fervel este sitio de Rosas como el final de la inmortal campaña de 1794, estimándolo como digna conclusión del mismo, recuerda como Fox, el gran orador, proclamaba en el Parlamento inglés que era esta campaña sin *ejemplo en los anales del mundo*. Creemos sinceramente que afirmación tal extremaba de modo inaceptable el valor de los hechos. La crítica de la misma queda hecha en páginas anteriores. Es mucho lo que en ella dejó de hacerse y no muy recomendables muchas de las cosas que hubieron de llevarse a cabo.

Juicios críticos de Marçillac y el Conde de Clonard.—Significación del sitio de Rosas

Mas es lo cierto que la defensa de Rosas, como asegura Marçillac, debe ser considerada como uno de los hechos más brillantes de la guerra. La marina rivalizó en valor con las tropas de tierra, y como expone el Conde de Clonard, aunque a pesar de la extrema situación a que había llegado a la plaza y la terrible amenaza de un asalto de las tropas sitiadoras, provistas de todos los medios necesarios para su ejecución, bien hubiera querido Izquierdo sucumbir noblemente afianzándose en la brecha hasta exhalar el último aliento y ciertamente no lo hizo así, porque el estado de la guarnición le arredraba: «Más de la tercera parte de ésta había ya perecido; la epidemia reinante iba desarrollándose con deplorable actividad; mil ciento sesenta enfermos estaban casi a la intemperie por haberse arruinado los hospitales, y los pocos soldados, a

quienes no había invadido la enfermedad, estaban oprimidos por los trabajos y las vigílas de un sitio tan riguroso. Fué preciso todo este encadenamiento de circunstancias fatales para que, Izquierdo, cejase en su heroica resolución. Cuando se decidió a evacuar la plaza, dejó en ella trescientos hombres que sostuvieran el fuego, hasta que se embarcaran los demás. De este modo se salvaron la guarnición, muchos habitantes y la mayor parte de los efectos militares; pero los trescientos hombres no pudieron verificarlo, por haberse separado las chalupas inoportunamente, y obtuvieron en el inmediato día (4 de febrero) una capitulación decorosa.»

¡ Rosas había lavado con el heroísmo de sus defensores la mancha infamante de la entrega del castillo de Figueras ! ¡ El ejército español recobraba su dignidad y su prestigio !



CAPITULO VI

La situación de España y Francia al comienzo
del año 1795

Desfavorable estado de la situación del
espíritu público español al comienzo del
año 1795



El proceso de descomposición y desconfianza en la victoria, iniciado a finales del año 1793 en la opinión pública española, desesperanzada de conseguir, no ya el primitivo éxito imaginado al comienzo de la guerra, sino el de una victoria que dejara a salvo al honor de las armas y permitiese el logro de una paz honrosa, había ido tomando cuerpo durante el año 1794, con motivo de las derrotas sufridas por nuestras tropas en ambos frentes, oriental y occidental de los Pirineos, a extremo tal que, al sobrevenir los primeros días del año 1795, el anhelo de una paz a toda costa, se declaraba sin recato alguno por todo el ámbito nacional, paz que, por otra parte, manifestaban desear no menos las naciones europeas en lucha y la propia Francia revolucionaria.

El General Gómez de Arteche nos describe con toda justeza, el cuadro que ofrecía nuestra situación en aquellos días: «Habíase entibiado no poco el primer entusiasmo —escribe en su Historia del reinado de Carlos IV— sucediendo, a la indignación que produjeran los atropechos cometidos con el Soberano de la Francia, y el establecimiento de gobierno tan repulsivo como el de la República, la frialdad causada por el espectáculo que ofrecía la Corte, la incuria de sus ministros y la esterilidad de los sacrificios, hechos por la nación en las campañas precedentes. Pero, aún pudiéndose observar ese olvido del antiguo fervor por causa, en el concepto público, tan sagrada, el patriotismo ejercía aún su natural influjo en los ánimos, con la justa aspiración de que saliesen sin mancha el honor de pueblo, como el español, tan celoso de él y el de su ejército, sobre todo, comprometido en lucha tan porfiada y generosa. A los reveses del verano pasado había, efectivamente, sucedido una actitud bien enérgica por parte de nuestras tropas, puesta de manifiesto elocuentemente en los últimos sucesos de la campaña, al paralizar la acción, poco antes arrebatadora, de las francesas, lo mismo en una que en otra frontera, oriental y occidental; y veíase las dispuestas a disputar reciamente el laurel de la nueva jornada, a poco que las ayudasen la previsión y la energía de su gobierno.»

**Disorepancia entre la actitud del ejército
y de la población civil**

Es de hacer observar esta diferencia de actitud entre las tropas y el conjunto de la sociedad española. Pero en donde se hacía notar, de un modo más señalado, esta discrepancia era, entre el Gobierno y ambos elementos, pueblo y ejército. Y así, refiriéndose a esta previsión y energía del Gabinete de Madrid, sigue diciendo nuestro historiador: «Desgraciadamente no correspondía éste a tales esfuerzos ni a las necesidades de un estado militar y político, cuyos peligros a nadie que no fuese un Godoy podían ocultarse. Porque la campaña de 1794 en el Rhin y los Alpes, dando a los franceses una superioridad incontestable sobre los coaligados de aquellas partes, iba a permitirles reforzarse en nuestras fronteras, donde tenían un interés particular en vencer, por haberse hecho ya manifiesto en algunos de los Gobiernos del norte el deseo de dar fin a guerra tan larga y devastadora. Habíase la discordia abierto paso en las filas de la Coalición, aun antes de verse ahogado el Terror en la guillotina; dirigiendo sus miras la Rusia a terminar la conquista de Polonia, desengañada el Austria de poder sustentar la ocupación y dominio de los Países Bajos, y preparándose la Prusia, aunque recatadamente, a tratar con la Francia por sí sola y sin consideración a los lazos que la unían a las demás potencias por aquella contienda. Sólo entre ellas se manifestaba consecuente la Gran Bretaña, buscando, con el mayor empeño, el mantenerlas unidas, y el suscitar nuevos enemigos al secular suyo; pero ni le sería fácil conseguir aquel objeto, ni menos el de aumentar su fuerza con otros elementos que los que ya observaba se iban haciendo cada día más insubsistentes y flacos. Pitt, el adversario más encarnizado de la Francia, era, aún así, el que más odiaban los emigrados, por negarse a reconocer como Regente al primero de sus príncipes durante la cautividad del heredero del trono, rey ya proclamado por ellos, para no pasar por quererse inmiscuir en los negocios interiores de la República. A tal punto habían hecho retroceder las cosas los triunfos de los revolucionarios, que ya participaban de esas ideas de no intervención, Austria y Prusia, previendo los obstáculos que habrían de hallar para la paz, de persistir en la guerra hasta la destrucción completa del gobierno que se había dado la Francia. Y si antes del 9 Thermidor sucedía eso, haciendo presentir al desquiciamiento de una alianza de cuya unión y consistencia era de esperar únicamente el éxito, ¿qué sería al aparecer en Francia un gobierno reparador y con ínfulas de al vengar los atropellos del anterior, satisfacer las aspiraciones justas de la nación, restableciendo la tranquilidad sin menoscabo de su gloria y del fruto de sus precedentes victorias? En sola España cifraban sus esperanzas los emigrados, los príncipes particularmente que mantenían en Madrid al duque de Habré como vehículo de sus pretensiones, escritas o verbales, para con el válido de Carlos IV,

el monarca a quien consideraban como el pariente más fiel y más sincero amigo del suyo.»

Desviaciones de la opinión pública española

Pero como es frecuente en el juicio extranjero cuando se trata de cosas referentes a nuestra Patria y a nuestro pueblo, estos emigrados : «se equivocaban en sus cálculos sobre España como en los que habían hecho sobre la eficacia de las conspiraciones contra la Convención en el seno de la Francia, y como en los resultados que pudiera dar la guerra en la Vendée y en Bretaña. Ni Carlos IV conservaba los odios y rencores que había producido en él la catástrofe de Luis XVI, ni Godoy se hacía ilusiones respecto a una restauración inmediata de la monarquía en Francia, y menos sobre aquel espíritu que, con tan rara unanimidad, pusieron los españoles de manifiesto al declararse la guerra. El patriotismo, como hemos dicho, y las honrosas aspiraciones de nuestro ejército lograrían contener a los que, seducidos por el mentido halago de las doctrinas imperantes al otro lado de los Pirineos, abrigasen los que don Antonio Alcalá Galiano llama «locos proyectos que el miedo figuraba temibles». Pero es lo cierto que los había, si bien pocos, que, no sólo aceptaban esas ideas, sino que se proponían además llevarlas a la práctica.»

Creciente influencia de las nuevas ideas consagradas por la Revolución francesa en determinados sectores de la sociedad española

En el Capítulo XVIII de esta obra hemos expuesto textualmente conceptos contenidos en la obra de Salcedo Ruiz «La época de Goya», referentes a la influencia que en ciertas capas de la sociedad española, y aun en la masa total de la población del país, iban ejerciendo las noticias que llegaban referentes a la marcha de la política francesa, y la activa e intensa propaganda que los revolucionarios venían desarrollando sin descanso, favorecida por la impopularidad creciente de la Corte.

«En Madrid —dice a este propósito Arteche— había hecho sus víctimas precisamente el proselitismo francés, y se conspiraba para plantear en España reformas que algunos ilusos creían poderse hacer aceptables a la nación. Un tal Picornel, asociado con otros, como él, descontentos de su suerte, mejor que de la sus compatriotas y del país en general, no satisfecho con el efecto de sus predicaciones secretas y el de varios papeles, clandestinos también, que, con el título de «Manifiesto e Instrucción» inducían al pueblo a establecer una república semejante a la francesa, se hizo de armas y municiones con que sustentar e

imponer su temeraria pretensión. Se empezaría, como siempre, después en España, por crear una junta que, legislando y estableciendo reglas para el nuevo sistema político que se pretendía fundar, las ejecutara también con la fuerza del pueblo reunido y armado revolucionariamente, esto es, a la manera del de París que en todo se tomaba por modelo.»

«Aquella conspiración fué descubierta; pero sus cabezas, en número de seis, condenados a la pena de horca por el tribunal constituido para la sustanciación del proceso que se les formó, fueron inmediatamente indultados y proscritos a varios puntos de América, fugándose, luego, de la Guaira, Picornel, para proseguir desde las islas próximas sus trabajos de sedición contra el monarca español y su gobierno.»

Confirmando cuanto se expuso en el Capítulo citado, el historiador que nos ocupa expone: «No fué sólo en Madrid donde se mostraron síntomas del contagio político que iba extendiéndose por toda Europa, y cuya acción favorecía la guerra misma que parece debiera sofocarlo. En no pocas localidades, las de mayor población como es de suponer, el gobierno llegó a descubrir complots dirigidos a proclamar la república en unas, federativas, compuesta de las que se fundaran en cada uno de los antiguos reinos que componían la corona de España, y, en otras, la unitaria, con el nombre de Ibero o Iberiana. Los que mantenían relaciones con los propagandistas franceses daban la preferencia a la federativa que, para nuestros vecinos, representaba un estado de discordias, debilidad y fraccionamiento, muy favorable a sus intereses y miras ambiciosas; los menos atolondrados estaban por la unitaria, y eso siguiendo el ejemplo de la *una e indivisible* de los que les aconsejaban lo contrario. Hasta frailes y clérigos se reunían, en conventos algunos, con los conspiradores; y hubo provincia, como la de Burgos, en que, imitando a los extraviados junteros de Guetaria, se habían propuesto felicitar a los franceses cuando, como ya esperaban, pasasen el Ebro para dirigirse a la capital de la monarquía. El sexo mismo que debiera estar más apartado de todo género de manifestaciones políticas, tan comprometedoras para los hombres encargados por sus alianzas de velar sobre su conducta, se manifestó en las esferas más aristocráticas, partidario de las nuevas doctrinas, alardeando de ellas, si no con el escándalo que hacen suponer las declaraciones del embajador de Rusia, antes recordadas, «con la imprudente manía, como dice Galiano, en personas de esta clase, a quienes suelen mover a estas ideas odio a la parcialidad dominante, y el prurito de ostentar su superioridad en su oposición al modo de pensar de la plebe».

Pero, a pesar de todo: «Era, sin embargo, tan pequeño el número de los que en Madrid y las provincias pasaban por prosélitos de aquella facción, que el Rey no vaciló en, siguiendo las inspiaciones de su corazón, interrumpir el curso de algunos de los procesos ya incoados, como había conmutado la pena impuesta a Picornel y sus cómplices.»

Habida cuenta de cuanto venimos exponiendo, no cabe duda de que se mantiene en el terreno de la verdad, Fervel, cuando declara, en su relato de la campaña de 1795, «que la victoria comenzaba a legitimar la revolución francesa, y que el viento soplaba del lado de la paz sobre las potencias de segundo orden. Holanda, Prusia y Toscana se retiraban de la coalición. Los Borbones de España, retenidos por una falsa vergüenza, no querían mostrar demasiado apresuramiento, pero mucho menos querían ser ellos los últimos en deponer las armas. Una razón sobre todo impresionaba de modo extraño el espíritu tímido de Carlos IV: Era el temor de una propaganda republicana cuyos síntomas le parecían alarmantes. La guardia cívica de Barcelona acababa de forzar a la guarnición a que se le cediera todos sus puestos, y el populacho había matado en la plaza pública al gobernador de Montjuich, en tanto que protestaba contra los franceses. Correspondencias interceptadas anunciaban cada día que el espíritu revolucionario iba haciendo nuevos prosélitos. En todas partes, en las provincias del litoral sobre todo, se descubrían juntas secretas; se discutía en ellas la conveniencia de una república ibérica, una e indivisible, o de una federación. Esta respondía mejor, se decía, a los puntos de vista franceses. En Madrid, ante los ojos mismos de la Corte, el bonete rojo y las libreas tricolores se mostraban en los lugares públicos llevados por lo selecto de la nobleza de ambos sexos. Por esta razón, el Santo Oficio no cesaba en sus lamentaciones, reclamando, con insistencia, la extirpación de las *malas yerbas*.»

Los justificados temores de la Corte

Labor desarrollada por Codo y a juicio
de Fervel

«Estos trastornos eran hábilmente explotados cerca del Rey por un hombre que, aprovechándose de los escúpulos de este Monarca, se había apoderado, como jefe del partido de la guerra, de la dirección de su Consejo, viendo llegado el momento de conquistar un título nuevo a propósito de la paz. Por ello hacía resonar constantemente el timbre de alarma alrededor de su débil Señor. Unas veces era la potencia de las minorías, sostenidas por las armas extranjeras que se complacía en mantener, y se remontaba para aterrorizarle con ejemplos hasta la santa liga de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, en el reinado de los más poderosos soberanos españoles; otras, le recordaba al último nieto de Felipe de Anjou, el prestigio tradicional de las antiguas constituciones aragonesas, y el imborrable recuerdo de las libertades aniquiladas por el Jefe de su dinastía de Cataluña, en esta ardiente e inquieta provincia en donde triunfaba un ejército republicano que se proclamaba liberador y que acababa, al día siguiente de su entrada en Rosas, de celebrar el aniversario de 21 de enero, renovando sus juramentos de odio a muerte a todos los Borbones.»

Iniciación de las gestiones para la paz

A juicio del historiador francés, y como consecuencia de los hechos y circunstancias anteriormente relatadas, «la paz fué adoptada en principio y Pérignon no tardó en recibir proposiciones». No hemos de recordar aquí cómo anteriormente lo habían sido ya hechas por el malogrado Conde de la Unión al General Dugommier, pero en esta vez: «Estas proposiciones estaban llenas de decoro y de dignidad. Mas los representantes del ejército, todavía bajo la impresión del gobierno del Terror, dictaron una respuesta seca y descorazonante. El nuevo Comité censuró la ruda acogida hecha a unos avances que les parecían sinceros, y ordenó a sus comisarios reanudar las negociaciones, mas como quiera que los diputados convencionales realizaban sus primeras lecciones en diplomacia, y el artificioso favorito que dirigía el gabinete de Carlos IV no estaba todavía en condiciones de realizar sus puntos de vista personales más queridos a su ambición que a los intereses de su señor, las rupturas y las reanudaciones hubieron de sucederse durante cinco meses alterando todas las operaciones y derramando, todavía, olas de sangre que hubieran podido muy bien ahorrarse.»

Circunstancias que concurren al desarrollo de las aspiraciones pacifistas de la opinión pública española

Es un hecho comprobado por la historia que en esa aspiración a la paz por parte del pueblo español, y de su Gobierno, influían circunstancias y factores muy difíciles de contrariar. Figuraba, entre unas y otros, como la más importante acaso, el estado de nuestra hacienda, precario hasta haberse hecho lamentable, y harto peligroso para el crédito público y la prosecución de la guerra. «Eran ya crecidos los empréstitos hechos y aún cuando alguno, el decretado el 10 de diciembre del año último de 1794, parecía dirigido al pago por completo de los créditos del tiempo de Felipe V y Fernando VI, a que nos referimos al principio de esta obra, de los que sólo se había satisfecho la poca considerable suma de 26.000.000 de reales, bien se veía que era la guerra y no la honra financiera la que estimulaba a préstamos que iban a comprometer por mucho tiempo los productos más sanos de nuestras rentas. El uso del papel sellado se hizo, además, extensivo a todos los tribunales y juzgados eclesiásticos, incluso los de la Inquisición, excluidos antes; se suprimieron muchos empleos que no se creían precisos, y la Secretaría de la Superintendencia general de Hacienda, que se unió a la de Estado; se aumentó en proporciones considerables, 30.000.000 de pesos, la emisión de vales reales que, afortunadamente, no habían experimentado todavía depreciación importante, y se exigió al clero de la Península, previo el beneplácito del Papa, la cantidad de 36.000.000 de

reales, pagaderos en abril y septiembre de 1795, y otros 30 al de Indias. Con eso, los donativos u *ofertas* particulares que aún continuaban, aunque en disminución alarmante, y las remesas de América, una de las cuales, la llegada el 19 de abril a Cádiz en el Navío Europa, consistía en cerca de 3.000.000 de pesos, se trataba de sólo ir conllevando los gastos de la campaña, apenas interrumpida al comenzar el año.»

Era muy lógico que en situación tal todos cuantos sacrificios se estaban realizando se tradujesen en deseos de la cesación de una lucha tan onerosa como sangrienta; «y si en noviembre anterior se vió a la corte inclinada a una paz que, propuesta por el Conde de Aranda había producido su desgracia y tanta alharaca de indignación patriótica, nada de extraño que se anhelase ahora y, como luego diremos, se buscaran hombres que, aun cuando sin el influjo de Unión para hacerla aceptar a los generales republicanos, fuesen planteando los jalones para llegar a ella con algunas más probabilidades de éxito.»

El ejército y Cataluña no comparte el espíritu pacifista del resto de la nación

Hemos explicado anteriormente que este anhelo de la paz, generalmente extendido en la masa de la población española, no era compartido por el espíritu de las tropas, y tanto por éstas como por el de los pueblos pirenaicos directamente afectados por la guerra. Y si al principio de la misma los catalanes habían manifestado un vivo entusiasmo y un deseo de cooperar eficazmente a la labor del ejército que iba a realizar proporcionando generosamente toda clase de contingentes y medios de acción al comenzar el año 1795, este decidido propósito por lograr la victoria forzando al invasor a retroceder sobre sus pasos, e internarse de nuevo en su patria, seguía manifestándose, igualmente, con tanta energía y empuje como en un principio. Hace observar Fervel que, en esta ocasión, los catalanes ofrecieron levantar en armas a 150.000 hombres, encargándose uno sólo de la defensa de su territorio, e insinúa que, sin aceptar esta extraña proposición, el Gabinete de Madrid, imaginó en un principio, tornarla a su favor, pero, habiéndose apercibido bien pronto que tal proposición no era otra cosa que una manifestación del violento espíritu de independencia que había siempre enajenado a Cataluña, se dedicó a amortiguar, más bien que a favorecer, la sospechada insurrección de esta incorregible provincia.

Actitud del Gobierno español.—Disposiciones sin trascendencia en el desarrollo de la situación

Pero dejando aparte el considerar si en estas últimas afirmaciones del historiador francés hay más suspicacia que visión de la realidad, cabe preguntar qué es lo que hizo el Gobierno español para que los deseos

antes apuntados se viesan, si no totalmente acogidos, por lo menos apoyados en la fuerza de las armas, la que, como expone Arteche, puede mejor que ninguna otra disimularlos cuando no imponerlos. Afirma este historiador que los refuerzos enviados a los ejércitos fueron de escasa importancia, dada que habría de tener una campaña que, por cuantos antecedentes se conocían, iba a ser la última y decisiva de la guerra. «Los triunfos de la Francia: su aspiración a consolidar el gobierno de la República con una paz gloriosa; el cansancio de los aliados, hecho manifiesto entre los del Norte por sus discordias y las ambiciones de algunos de los soberanos de entre ellos, y la sospecha, ya que no el conocimiento, de los pasos dados por Godoy en su busca, movido por la opinión generalizada ya en el país, hacían esperar muy pronto la ocasión de por uno u otro medio, obtenerla más o menos favorable, honrosa, por supuesto, y no mendigada. Pocas fueron las variaciones introducidas en la organización de los ejércitos, y redujéronse sus aumentos al de algún cuerpo formado con los voluntarios que, aun cuando en corto número, seguían presentándose aun a los Generales para el tiempo de la guerra. No así en la de las fuerzas populares en los dos extremos de la frontera, en Cataluña y el país vasco-navarro.»

**Indiscutible acierto en la designación del
nuevo General en Jefe del Ejército de
Cataluña**

En el desarrollo de las campañas del Rosellón en 1793, y de Cataluña durante el año 1794, los franceses tuvieron siempre alrededor suyo un enjambre de miqueletes y somatenes que, viniendo en la primera guerra de Cataluña y en la segunda de las montañas vecinas, les acosaban sin cesar y perseguían en sus marchas y acantonamientos. En la presente de 1795, el General Urrutia al ver cómo crecían el número de los que llegando de todos los sitios de Cataluña, aún de los más lejanos del teatro de la guerra, iba aumentando día por día, juzgó oportuno aprovechar el apoyo que le prestaban estimándolo como la del Mayor y más influyente auxiliar con que pudiera contar en las operaciones que se vería obligado a desarrollar. Esto representaba, desde luego, una señalada ventaja en nuestra situación frente a la del enemigo. El principado pudo organizar veinte Batallones de Miqueletes y un contingente de 13.000 infantes armados, fuerzas incorporadas a los 50.000 soldados veteranos, 20.000 reclutas y 7.000 caballos en disposición de entrar en combate.

Estas fuerzas—expone Fervel—estaban mandadas por un nuevo Jefe, en el que se fundaban las más bellas esperanzas. En efecto, este Jefe que había comenzado a servir a Rusia contra los turcos mereció una reputación que había dignamente mantenido en un principio como Coronel General de la Artillería española, después como Teniente General al frente del ala izquierda del ejército de Navarra. Urrutia no menos activo que el Conde de la Unión, no menos emprendedor, se mantenía más

prudente y más firme : pues para cortar de cuajo las intrigas que habían desolado la anterior administración, hizo relevar a cinco Oficiales Generales, renovar su Estado Mayor y colocar a la cabeza de este importante servicio un hombre de un mérito eminente, el General O'Farril. *«En una palabra todo anunciaba cómo una defensa inteligente y vigorosa iba a comenzar»*. ¡ El juicio es terminante y no nuestro, sino del criterio francés !

Se inicia una reacción favorable en la situación española

No podemos, por lo tanto, dejar de reconocer que no iban las circunstancias en contra nuestra, al encargarse del mando el ilustre y veterano General don José Urrutia, porque, si ciertamente en nuestro campo las cosas parecían encaminarse a una recuperación de energías y a una reparación de errores y fracasos, en el de nuestros enemigos no parecía ser así. Una vez más dejemos que sea el testimonio francés el que dé cuenta de este aserto, y sea la información francesa la que nos describa la propia situación.

No así en la de los franceses en el Norte del Principado.—Situación angustiosa de las tropas de la revolución

Porque si, como hemos visto, la situación de los españoles comenzaba a ser favorable, como expone Fervel : «Los franceses, al contrario, parecían descansar sobre sus laureles, o más bien, el partido que gobernaba entonces la República, tratando de establecer relaciones con España, limitándose en todo caso a tomar la ofensiva en los Pirineos occidentales, abandonaba a sus propios recursos la invasión de Cataluña. ¡ Dichosos entonces los Pirineos orientales si este olvido hubiese sido completo ! dado que las manos débiles y violentas de los thermidorianos no sabían dirigirse al ejército, como no fuese para comunicarle la desorganización y la inquietud. En vano esta frontera, mejor colocada que las otras para rechazar el funesto germen o fermento de las pasiones políticas, había quedado, desde hacía un año, pura de todo exceso : A la reacción le eran necesarias víctimas, y hubieron de ser escogidas, naturalmente, entre los más ardientes patriotas, precisamente aquellos mismos que en las dos últimas campañas es preciso declararlo así, se habían mostrado los más pródigos de su sangre.»

«Estas cobardes venganzas causaron un desaliento tal que no hubo bien pronto en adelante alarma alguna, por muy absurda que fuese, que no encontrase crédito en el espíritu invenciblemente prevenido de nuestros soldados. ¡ La Convención—suponían ellos—está vendida, iba a proclamar un rey ! A causa de ello la indisciplina y la desertión realizaron progresos terribles. La desertión sobre todo era el azote del ejército

Creyéndose libres de su juramento después de la liberación del territorio, los requisicionarios de la leva en masa retornaban en bandada al interior, y estas *ausencias* estaban, en cierto modo, autorizadas por la imprudente latitud concedida a las heridos y a los enfermos, al autorizarles la vuelta a sus hogares. ¡ En tres meses se realizaron 13.000 ausencias de esta clase !

Por otra parte, los estragos del tifus aumentaban día por día, de tal modo que, para mantener la campaña, guardar nuestras plazas fuertes, la Cerdaña y el litoral, que a la sazón nos preocupaba vivamente, pues no se trataba de otra cosa que del desembarco posible en todas las costas de Francia, apenas nos quedaban 40.000 hombres en filas, la mayor parte valetudinarios, y todos presa de las más perentorias necesidades.»

«El puerto de Rosas bloqueado, no facilitaba ni víveres ni forraje; nuestros convoyes que no podían en esta estación doblar el cabo de Creus, se detenían en La Selva; los transportes por tierra estaban casi interrumpidos; la sarna se había llevado las cuatro quintas partes de los caballos de tiro y devoraba el resto; la sustitución de los comisionados por los contratistas añadía una nueva plaga a las anteriores; el descrédito completo del papel moneda complicaba la situación; en fin, los proyectos del Gobierno quitaban hasta la esperanza de todo remedio, pues, decididamente, el nuevo Comité se proponía abrir la campaña por el oeste, a través de las llanuras abiertas y fáciles de Castilla, con lo que los Pirineos orientales debían quedar como jamás pudieran estarlo, abandonados a sí mismos.»

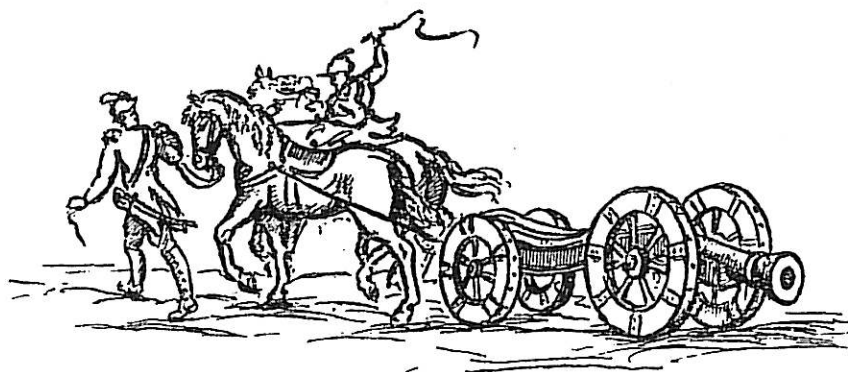
El juicio francés declara que al comienzo de la campaña de 1795 los presagios favorables estaban de parte de la causa española en Cataluña

«De este modo, en tanto que los españoles batidos parecían tomar por ejemplo la actividad de sus adversarios al comienzo de 1794, los franceses, dispuestos a reanudar la campaña de 1795, no parecían ni recordar siquiera lo que había costado a los españoles su funesta apatía del año anterior, mas nada pudo hacer salir al gobierno thermidoriano de su indiferencia sistemática.»

«Sin embargo, era lo cierto que los dos ejércitos se encontraban el uno frente al otro, e iban a medir sus fuerzas con garantías de éxito, que no estaban ya de parte de los vencedores de la última campaña.»

Y si esto es lo que de modo tan terminante y categórico declara la información francesa, no es, por parte de los españoles, suposición gratuita, ni juicio aventurado alguno, la de admitir que, al comienzo de la campaña que vamos a estudiar, y teniendo en cuenta la ya indicada actitud decidida y patriótica de Cataluña, la situación de nuestro ejército

en el teatro de los Pirineos orientales, ofrecía caracteres ventajosos frente a la del enemigo, pudiendo muy bien esperarse que, un cambio de fortuna y las acertadas disposiciones de un General tan prestigioso como Urrutia, tornase la suerte de las armas a favor nuestro y, en plazo más o menos breve, Cataluña se viese liberada de la invasión extranjera y brillantemente recuperado nuestro prestigio militar.



CAPITULO VII

La actividad militar durante los meses de enero y
febrero del año 1795

Las primeras atenciones del General Urrutia



La primera atención del General Urrutia al encargarse del mando superior del ejército de Cataluña fué la de reorganizar sus tropas, restableciendo en ellas la disciplina y la moral un tanto quebrantadas. Era preciso devolver a las tropas la confianza en la valía del propio esfuerzo. Nuestras tropas se encontraban a la expectativa a lo largo de la línea del Fluviá y al amparo de la plaza fuerte de Gerona. Ya con anterioridad, el Marqués de las Amarillas, en la interinidad de su último mando, al recoger los restos del ejército español y reunirlos en un principio bajo los muros de la citada plaza, hubo de disponer que los distintos castillos y reductos que la defendían fuesen guarnecidos debidamente, trasladando a continuación sus campamentos a Costeroche, Costa Roja, montaña situada a dos leguas al norte de Gerona, disponiendo siempre de un grueso cuerpo de vanguardia en Orriols, pueblo situado al pie del coll de su nombre y al S. del mismo.

Mas el Gobierno presidido por Godoy, no juzgó oportuno, como sabemos, dejarle el mando del ejército de Cataluña, siéndole concedido al General don José Urrutia. Este General estableció su cuartel en Cervia, en la orilla izquierda del Ter y al NE. de Gerona. El grueso del ejército acampó a la inmediación de San Esteban, quedando establecido en la importante posición de Orriols la vanguardia en disposición de dominar totalmente a Báscara y a la línea del Fluviá. También quedó establecido en Costeroche un puesto de observación. Completando esta disposición de las tropas ante Gerona, dos cuerpos fueron a cubrir el flanco derecho hasta la Escala, situada en la costa marítima, extendiéndose el ala izquierda desde Bañolas a Castellfullit y Olot, conservando de este modo la comunicación con Camprodon.

Dispositivo de las tropas españolas en el frente catalán.—Sus características

Estos cuerpos que constituían la izquierda española se apoyaban en una cordillera de montañas que sigue el curso del Ter y presenta un acceso difícil. Como puede verse, la distribución y emplazamiento de nuestras tropas ante Gerona no podía ser más acertada. El punto de

paso de la carretera de Gerona a la frontera sobre el río Fluviá quedaba defendido por la posición de Bâscara, y desde el campo de San Esteban se dominaba por igual la línea del Fluviá, al norte, y la del Ter, ante Gerona, al sur. Teniendo los franceses concentradas sus fuerzas al amparo de Figueras, y sus puestos avanzados a lo largo del Manol, a dos leguas de Bâscara, con un campo en Sistella para cubrir la fortaleza indicada a su derecha, quedaba un espacio intermedio que, como veremos, no fué ocupado durante mucho tiempo ni por parte nuestra ni de la del enemigo.

Si abarcamos en conjunto la posición de nuestro ejército entre el Fluviá y el Ter, veremos cómo gracias a ella, quedaba defendida Gerona, y dominada su comunicación principal con la frontera y con el interior de Cataluña. Recordemos que el Ter, descendiendo del Pirineo, corre en un principio, casi en línea recta, de norte a sur, desde su fuente a Roda, a una legua más allá de Santa Julia; a partir de aquí, describiendo una inflexión en ángulo recto, corriendo luego en dirección hacia el mar, siguiendo un curso paralelo al del Fluviá. En la primera parte de su curso pasa por el citado pueblo de Camprodón y en la segunda recorre, por el norte, las afueras de Gerona. Es digno de hacerse observar que el Ter, antes de desembocar en el mar, se divide en cinco ramas, cortando un terreno de tres leguas. Una de estas ramas se reúne al Fluviá antes de su desembocadura. En esta parte de su curso, la distancia entre ambos ríos viene a ser de unas cuatro leguas y, como vemos, puede decirse que el ejército español ocupaba todo el curso del Ter.

Este era el nuevo teatro de las operaciones que iban a realizarse. Entrando, por consiguiente, en el detalle del curso del Fluviá, es de advertir que éste, como todos los ríos torrenciales, se componía de tres partes: un depósito de recepción, un canal de conducción o desagüe y un lecho de deyección.

«Es la gran cadena pirenaica y dos contrafuertes adyacentes, los que dibujan el vasto depósito en donde se acumula la masa de agua que recoge y arrastra el Fluviá» (Fervel). Trátase, pues, de un país de altas montañas y profundas cortaduras, donde las asperezas del suelo, la espesura de los bosques, la falta y la mala disposición de las comunicaciones, son para la defensa, auxiliares, mucho más útiles que los puestos fortificados de Olot y Castellfullit, con obras tan débiles, que, más que facilitar, interceptan el recorrido por el fondo de esta áspera garganta.»

«El canal de márgenes abruptas labradas a continuación de la cuenca de recepción, es decir el *canal de desagüe* del Fluviá, comienza en Besalú. Y es, a partir de aquí, desde donde el torrente puede pasar por una línea de defensa; línea que reviste tal carácter defensivo a causa de lo abrupto y escarpado de sus márgenes, no al volumen de las aguas que corren por su lecho. Estas márgenes, no obstante, van separándose poco a poco y desaparecen, casi del todo, al llegar a la llanura, ante Bâscara.»

«Comienzan en este punto con el lecho de deyección, obstáculos de

otra clase : una masa considerable de agua, arenas movedizas, vados inciertos, pues, aunque el río que nos ocupa sea uno de los más fuertes cursos de agua de Cataluña, estos vados son en él numerosos, aunque desaparecen a la menor avenida. Añadamos que la orilla derecha, en esta última parte, domina casi constantemente a la izquierda (1).

Báscara, antigua plaza de armas, constituiría el centro de la defensa del Fluviá, pues, era por este sitio por donde la vía internacional atravesaba el río que se cita, utilizando un vado un poco a la izquierda y por debajo del pueblo, extendido en anfiteatro por la pendiente inferior de las colinas de la orilla derecha. El camino escalaba estas colinas por rampas bastantes pronunciadas y subía de este modo, hasta el Coll de Orriols, posición magnífica en la que un ejército considerable podría desplegar fácilmente, y desde la cual, no falta más que descender para llegar a Gerona. Entonces como ahora, se podía igualmente, desde dos puestos del Fluviá, situados ría arriba de Báscara y río abajo del mismo, llegar a Gerona por dos caminos transversales ; el primero, que parte de Besalú, pasa por Bañolas, en donde se encuentra un afluente del Ter siguiendo junto a él hasta Gerona, que es el más cómodo de los dos ; el segundo, por el contrario, partiendo de Torruella y llegando al Ter junto a Vergés, presenta dificultades que le han hecho célebre bajo el nombre de camino de La Bisbal. Desde luego, toda la región que estamos considerando, está erizada de multitud de obstáculos, naturales, barrancos, colinas y de una vegetación tan abundante, que ha sido causa de darle el nombre de la Selva.

Puede comprenderse que el Fluviá haya debido, no obstante el pequeño volumen de su cauce, su reputación de ser la mejor de todas las líneas de defensa de Cataluña a este conjunto de circunstancias ofrecidas por la aspereza de su suelo, por el estado de la llanura precedente a las marismas del Ampurdán, tan extensas en invierno y tan mortíferas en verano.

Con razón ha podido exponer el historiador francés que : «Es también la extrema variedad de estos nuevos campos de batalla, tan hollados en las guerras del siglo XVII, la acumulación en un espacio de algunas leguas, de todos los accidentes de terrenos imaginables, las que darán, acaso, a las operaciones que nos queda por describir, el interés que no será suficiente a asignarle la importancia de los encuentros para los cuales han de servir de teatro las orillas del Fluviá, en esta tercera y última campaña. Por lo que hace referencia a la disposición del frente francés y espíritu de sus tropas, dejaremos como de costumbre que sea el propio testimonio de los adversarios el que nos dé cuenta de ello : «Una vez más, abandonado por el gobierno revolucionario, el ejército de los Pirineos orientales iba, si no a recaer en las miserias y los desastres de 1793, a lo menos a volver a ver, después de los hermosos días que

(1) Téngase en cuenta que toda esta relación hace referencia, no a la época presente, sino a los tiempos en que se desarrollaron los hechos que relatamos. Así hoy los caminos de referencia en esta comarca, son suficientes y en buenas condiciones de viabilidad.

acababa de pasar, otros tan sombríos que poco faltó para que el declinar de esta guerra, sembrada de tantas peripecias, no viniese a semejarse a su triste comienzo (Fervel). Así, los mismos soldados que para apoderarse de cien reductos y una fortaleza de primer orden defendida por 50.000 hombres (!) no había tenido necesidad de más tiempo que de una semana, iban a tardar cinco meses, todo el tiempo que les separó de la paz, en disputar en vano, al ejército derrotado de Figueras, el paso de un débil curso de agua que la gran vía internacional de España atravesaba, todavía en aquella ocasión el Fluviá, por un vado» (1).

**El General Pérignon modifica el orden
de sus fuerzas a raíz de la entrega de
Rosas**

Ante el Fluviá el General Pérignon, que al ser evacuada por los españoles la Plaza de Rosas hubo de trasladarse a ella inmediatamente, estableció su línea, situando, al General Sauret, al flanco izquierdo, en Rimors; a Beaufort, con su división del centro, entre Fortianell y la carretera, y a Augereau a la derecha observando el curso de aquel río y cubriendo el campo de Aviñonet. La reserva continuó en Llers, y la brigada Victor quedó guardando la comunicación de la costa entre Collioure y Rosas, la parte, sobre todo, comprendida de aquella primera plaza al puertecillo de la Selva del Mar, a que acudían los barcos costeros franceses que no se aventuraban a doblar el cabo de Creus.

**Comparación entre las fuerzas de ambos
bandos.—Superioridad española**

Si establecemos la comparación entre las fuerzas de uno y otro bando habrá que reconocer que, si bien en el francés éstas habían disminuído considerablemente, no ya por las enfermedades sufridas, sino por las desertiones de que anteriormente hemos dado cuenta, a pesar de todo eran superiores en número a las españolas establecidas en la otra margen del Fluviá. Aunque éstas, en culto a la verdad, haya que confesar que se encontraban en situación moral mucho más ventajosa, pues aunque, como dice un escritor francés, las ideas francesas iban tomando cuerpo en la conciencia española en proporciones formidables, el mismo Fervel reconoce que: «Todo el triángulo, comprendido entre Camprodón, el coll de Bassagoda y Olot, hormigueaba de insurgentes, y para enlazar con su ejército a sus numerosos entusiastas y partidarios, el general Urrutia estableció el campo de Bañolas con un puesto avanzado en Besalú». Ya indicamos al tratar del sitio de Rosas que, desde el primer momento, el General Urrutia, pretendió descongestionar el sitio, realizando diversas operaciones encaminadas, no sólo a tal fin, sino a renovar el es-

(1) Advertiremos una vez más que, el historiador militar francés se refiere al año 1795.

píritu de las propias fuerzas, dándoles ocasión de alcanzar algunas ventajas. Al número de ellas pertenece la dispuesta en la noche del 12 al 13 de enero, y dejemos que sea el propio General en Jefe del ejército de campaña de Cataluña, el que dé cuenta de la acción, según transcripción de una carta suya en la Gaceta de Madrid, del martes 27 de enero de 1795.

**Animo levantado de los naturales
del país**

La carta decía lo siguiente: «A don Francisco Pineda, Capitán del Primer Batallón de Voluntarios de Cataluña, le di la orden para que con 120 hombres de su Cuerpo y un Batallón de 200 Somatenes hiciese alguna tentativa sobre el parque de reserva de los enemigos, situado a retaguardia de su ejército, y entre las plazas de Figueras y Bellegarde; partió este bizarro Oficial del Lugar de Lladó, donde había reunido su tropa, la noche del 12 al 13 del corriente; hizo una marcha de cinco horas vadeando el río Muga con agua hasta la cintura y varios arroyos considerables; supo penetrar sin ser sentido por los puestos, y cayó sobre el paraje llamado el Plá del Coto, donde estaba dicho parque y 250 artilleros que lo custodiaban, campados a derecha e izquierda del camino real; en breve rato terminó gloriosamente la acción, echándose sobre el enemigo a golpe de bayoneta, matando cerca de 100 hombres, incluso el Comandante y su subalterno, dexando varios otros gravemente heridos, trayendo 35 prisioneros y logrando clavar 14 piezas el Subteniente graduado don Joseph Estivil, que con un cabo y cuatro soldados de su Cuerpo iba destinado a este objeto; los franceses se alarmaron y tocaron generala en todas partes, pero, a pesar de esto y que parecía imposible dexar de encontrarse con ellos en número muy superior, se hizo la retirada tranquilamente con la precaución, verdaderamente militar, de retirarse por camino distinto, eligiendo el más fragoso y rodeando algunas horas.»

«Ha sorprendido a los enemigos mismos la gallardía de una acción tan singularmente atrevida como bien executada, y la pérdida que les ha ocasionado debe serles bien sensible, si se considera que no es lo mismo reclutar un soldado que formar un artillero; por nuestra parte hemos tenido tres muertos y dos contusos, entre los primeros se cuenta al mismo Capitán Pineda que acababa de contraer un mérito tan distinguido, por el cual no puedo menos que recomendar a su viuda a las piedades de S. M.; siendo también muy dignos de la soberana consideración cuantos individuos han tenido parte en esta empresa; pero especialmente por su intrepidez y acertada conducta el Presbítero don Juan Salgueda, Comandante del Batallón de Somatenes, el Capitán don Joaquín Nouvillas, que tomó el mando y perfeccionó la expedición a la muerte de Pineda; el Primer Teniente don Juan Llorens, los Sargentos Jerónimo Miró, Tomás Prats y Domingo Camps (todos del Batallón

de Cataluña), el Sargento y artillero ya mencionados y los particulares don Pedro Fillol, don Juan Bartolich y Joseph Ferrer, habiendo contraído este último un mérito sobresaliente.»

Indignación del propio General Pérignon ante la conducta valerosa y decidida de las poblaciones catalanas.—Primeros ataques españoles.—Acción del día 8 de febrero

Y no exageraba en nada la información del General Urrutia, porque en efecto, la sorpresa de los enemigos, por la gallardía de su acción tan singularmente atrevida como bien ejecutada, llegó a tal extremo que el propio General Augereau hubo de ponerse furioso. Es el testimonio francés el que así nos lo declara: «Estos catalanes, llegó a escribir el General francés, no tratan de otra cosa que de arruinarnos. Humildes, serviles en presencia de los vencedores, no pretenden más bajo estas pérfidas manifestaciones, que encontrar ocasión propicia para dejar estallar su rabia y su ferocidad, detestando la mano que les prodiga los bienes. Lladó es su madriguera, es preciso destruirlo, y, efectivamente, a la noche siguiente, éste fué sorprendido a su vez por un golpe de mano de las tropas republicanas, que degollaron a 400 catalanes sin distinción de sexo ni de edad. Dijose que tan sólo hubieron de salvarse un anciano y un niño. Revancha tan cruel exasperó a los miqueletes de Gerona y fué causa de otras sangrientas escenas. Pero a primeros de febrero continuaba, cada vez más crítica y amenazadora, la situación de la plaza de Rosas, y, nuevamente, Urrutia juzgó oportuno acudir en defensa de la heroica plaza. La Gaceta de Madrid del 20 de febrero, informaba a la opinión pública acerca de una operación llevada a cabo el día 8 del mismo, transcribiendo una carta de esta fecha enviada por el General Urrutia. El documento decía así: «Reflexionando que los extraordinarios esfuerzos de los enemigos contra la plaza de Rosas acercaban el momento en que ni el valor de su guarnición, ni los continuos auxilios de la escuadra podrían prolongar mucho la defensa, mayormente cuando la comunicación por mar, que desde el principio del sitio había sido muy arriesgada, tocaba en los términos de imposible y considerando al mismo tiempo que para poner en salvo (según de antemano estaba premeditado) las bizarras tropas que tanto se habían distinguido y que tan útilmente pueden servir en otra parte, sería oportuno hacer alguna diversión al enemigo que facilitase la operación, dispuse que el Mariscal de Campo don Ildefonso Arias Saavedra, con 4 ó 5.000 hombres de la vanguardia del ejército, se adelantase a las orillas del Fluviá, amenazando el enemigo con sus posiciones, enviando partidas que lo reconociesen y le diesen recelo; todo lo cual desempeñó con el tino y conocimiento que tienen bien acreditado.»

«Al mismo tiempo hice salir sobre nuestra izquierda al Marqués de

la Romana, mandando un destacamento de 2.000 hombres, con la mira de sorprender, si fuese posible, los acantonamientos de Aviñonet y Vilafant, donde tenían los enemigos cuatro batallones de sus mejores tropas; y aunque no pudo verificarse la sorpresa por uno de aquellos accidentes comunes que rara vez dexan de frustrar empresas de esta naturaleza, se condujo este General con tanto acierto, e inspiró tal espíritu en su gente, que les causó por la fuerza abierta, daño aún mayor del que se meditaba.»

Incluyo a V. E. el parte detallado que acaba de pasarme de su expedición: El ejército enemigo entró en consternación, y con gran prisa pusieron en marcha considerable número de tropas, 10 cañones y 2 obuses de su artillería volante, dirigiéndose a la parte de Gerona, por donde tal vez pensaban que se acercaba todo nuestro grueso; o para batir el destacamento, creídos que su retirada sería por aquel camino.»

El parte a que se refiere el general Urrutia y recibió del Marqués de la Romana, con fecha del citado día 8, es como sigue: «A consecuencia del encargo que me dió V. E. me dirigí a Besalú con el destacamento de mi mando, compuesto del batallón de tropas ligeras, sacado del ejército, al mando del Coronel don Juan Ordoñez, del de la Frontera al mando de don Benito S. Juan. En este pueblo se me unió el primer Batallón de Infantería ligera de Cataluña, mandado por el Teniente Coronel don Francisco Torradellas. Con estas tropas salí al anoecer de Besalú, y tomé el camino que va a Figueras por Crispia. Los enemigos tenían una guardia avanzada en la parte acá del río Manol, a cuya orilla izquierda está situado el lugarcillo de Aviñonet, donde tenían acantonada tropa, y a corta distancia del lugar de Vilafant, donde igualmente habían metido la gente, que poco ha estaba campada en el frente del pueblo; pero deseoso de verificar el encargo de V. E. me puse en marcha para Aviñonet; saqué de mi Cuerpo 400 hombres que formaban la vanguardia, al mando del Sargento Mayor don Joaquín Blake, el cual con 200 hombres debía atacar el puesto de Aviñonet, y Mr. Duvi-
vier, Capitán del Batallón de la Frontera, con otros 200 debía ejecutar el mismo en Vilafant, y seguía yo con el resto de las tropas a sostener y proteger el ataque. A distancia de una hora de Aviñonet hice alto en una casa, considerando que nuestra primera operación debía ser la de sorprender la guardia avanzada, propuse si querían salir algunos voluntarios para esta acción. Se me presentaron al instante, con la mejor voluntad, don Antonio Ponce, Sargento graduado de Oficial de la Compañía de Gastadores, y Miguel Mas, del primero de Cataluña, ambos de distinguidos servicios, los cuales, con 18 soldados, se ofrecieron para el caso; partieron sostenidos de unos piquetes de infantería y caballería; coloqué a ésta en el camino real, y en un cerro que domina los pueblos de Aviñonet y Vilafant, a distancia de 200 pasos de la avanzada enemiga, aposté 40 hombres de la compañía de Gastadores con su primer Teniente don Ventura García; todas estas partidas estaban mutuamente sostenidas por el resto de la vanguardia. En esto cuando creía executada

la acción, un incidente nos trastornó e impidió siguiéramos adelante en el proyecto. Un cabo, al tiempo que iban los nuestros a echarse sobre los enemigos, disparó su fusil al centinela que le dió el quién vive, con lo que dieron a correr los de la guardia abandonando los fusiles y poniéndose a salvo de la otra parte del río. Este movimiento dió la alarma a todos los puestos enemigos, y fué causa que se pusieran al instante sobre las armas. En efecto, apenas regresaban los nuestros con los fusiles que habían tomado, cuando se fueron acercando los enemigos a tirotear; pero fueron vigorosamente rechazados por nuestra gente. Considerando entonces no era imposible hacerles caer en una emboscada, dispuse se retirase lentamente la vanguardia replegándose sobre el grueso del destacamento, al que tenía yo formado en una línea y oculta detrás la caballería; siguió en efecto adelantándose el enemigo al favor del bosque y no necesité de persuasiones para animar a nuestras tropas, pues atacaron con tal furor, echándose como leones sobre los enemigos, que hicieron una carnicería de ellos, y los arrollaron hasta su campo; salió el mismo tiempo la caballería por su flanco derecho, y con singular denuedo acuchilló cuanto halló por delante, acabando de esta suerte su derrota. Concluída la acción, y reflexionando que el día era muy entrado, que los enemigos estaban apoyados a poca distancia sobre Figueras, que aunque no se veían sino en corto número podrían irse reforzando considerablemente, que nuestro regreso a Besalú era largo, y, finalmente, que en parte habíamos cumplido las intenciones de V. E., mandé tocar llamada para reunir la gente, hice recoger los heridos y emprendí la retirada, que se verificó en el mejor orden, sin volver a descubrir más que pequeñas partidas de observación. Debo en justicia hacer presente a V. E. a fin de que se sirva recomendar a S. M. el valor, intrepidez y voluntad, así de la tropa como de los Comandantes y Oficiales que han estado a mis órdenes, y particularmente el distinguido mérito de don Joaquín Blake, que se ofreció a atacar a los enemigos en Aviñonet, y cooperó mucho al desempeño de la acción, don Benito de S. Juan, Comandante de las partidas de guerrilla de caballería, Oficial de sobresalientes prendas, y que acabó de terminar la acción a nuestro favor: Mr. Duvivier, Capitán del Batallón de la Frontera, que igualmente se ofreció a atacar los enemigos en Vilafant; el Primer Teniente de la Compañía de Gastadores don Ventura García, que sostuvo la primera acción; mi Ayudante don Joseph Flores, que comunicó mis órdenes con prontitud, y trabajó con infatigable zelo animando a las tropas; el Sargento de la Compañía de Gastadores don Antonio Ponce, y Miguel Mas, Sargento del Primer Batallón de Voluntarios de Cataluña, ambos bien conocidos por sus servicios.»

Nuestra información oficial, tras de dar cuenta de las bajas experimentadas por ambos contendientes en esta acción de guerra, manifestaba que el botín que los nuestros hicieron fué considerable, «pues apenas hubo soldado que no se traxese mochilas, fusiles y otros efectos, entre ellos tres cajas.»

Información francesa sobre el hecho citado

La información francesa da cuenta de que al día siguiente de la caída de Rosas, el 4 de febrero, o sea el 16 fluvioso, corrió un alerta por las filas francesas que ocasionó el que la división de la derecha se apresurase a tomar sus armas. Según esta información, los españoles temiendo ser atacados próximamente, llevaron a cabo un fuerte reconocimiento sobre las avanzadas del ejército de Augereau, mas fueron rechazados por los Cazadores franceses con un empuje tal, que una veintena de éstos cayeron en manos de nuestros jinetes.

**La actividad española en la Cerdeña.—
Es contenida una expedición francesa
contra el pueblo del Bar**

También en la Cerdeña hízose sentir la actividad militar. Los franceses, no descorazonados por el poco éxito de sus tentativas anteriores, quisieron, en 18 de febrero, forzar nuestros puestos avanzados ante Seo de Urgel, con la pretensión de coger de flanco a los que cubrían a Camprodón. El alto mando francés pretendía, por estos medios, obligar a los puestos españoles a retirarse, logrando, de este modo, ocupar todo el norte de Cataluña, para volver luego en plan de batalla por el interior de la misma. El ejército republicano presentóse en esta ocasión distribuido en cinco fuertes columnas, ante los puestos de Estania, Bexach, Bar y Aristot, dando sobrado tiempo a sus respectivos Comandantes para colocar su tropa y Somatenes en los puntos ventajosos elegidos de antemano. La carta de referencia describía el desarrollo de la acción de la siguiente manera: «La que se enderezaba a Estana, donde mandaba el Teniente Coronel don Jorge Galbán, Capitán de Granaderos de Saboya, luego que estuvo a distancia proporcionada de reconocer la posición, torció el camino, yendo a unirse con la que seguía hacia Bexach. Este puesto, a cargo del Teniente Coronel don Vicente Martorell, Capitán de Granaderos de Saboya, fué el primero acometido por 800 franceses, sosteniéndose el fuego más de dos horas de una y otra parte con varia fortuna, hasta que Galbán, seguro de no ser embestido, le socorrió oportunamente con la compañía fixa de Urgel de don Francisco Carreu, y parte de la sexta de Cervera, con cuyo refuerzo determinó Martorell atacarlos de firme; y aunque los enemigos procuraron detenerlo haciendo dos descargas seguidas, al ver la resolución de su tropa y somatenes, y el desprecio de su fuego, se desordenaron y pusieron en precipitada fuga, persiguiéndoles los nuestros hasta el Segre y barranco de Montellá; en el alcance mataron siete, hirieron a muchos y a dos hicieron prisioneros.»

«Contra Bar se presentó una columna de 500 a 600 enemigos, y fue-

ron recibidos por los nuestros con denuedo, empezando el fuego las avanzadas, y retirándose en orden a los apostaderos principales, los cuales no se desampararon sino en el momento de notar el Marqués de Valera, Capitán del Regimiento Provisional de Cuenca y Comandante del puesto, que los patriotas partían su columna en tres divisiones con intento de ganar los flancos y la espalda. Este movimiento le obligó a tomar mejores alturas para resistir más ventajosamente, sin hacer empeño en conservar el pueblo ya casi arruinado y saqueado en las dos entradas que padeció el año anterior, y exhausto en la actualidad de toda especie de víveres, muebles y casa alguna de mínimo valor, permaneciendo a la vista para tomar el partido más conveniente. Los franceses no se atrevieron a desocuparlo de día y esperaron a que cerrase la noche para retroceder a la Cerdaña; sin embargo corrieron tras ellos el Teniente don Jacinto Soler, de la 7.^a Compañía de Cervera y unos 40 hombres de la misma, logrando matar y herir bastantes, y que dexaron abandonado un mulo propio cargado de pan de munición. La descubierta de la mañana del 19, ha confirmado esta verdad, habiendo encontrado muchos regueros y manchas de sangre.»

«Para contener la columna de unos 4.000 enemigos, que se encaminaban al puente de Bar, se vió en la precisión el Capitán de Granaderos de Saboya, don Mateo González, Comandante de Aristot, de destacar una gran parte de su Compañía y la de Francisco Isern, situándolas con inmediación al Segre, al mismo tiempo que otra, de igual número, se arrojaba sobre dicho pueblo. En ambos parajes se disputó por cinco horas el terreno; pero habiendo vadeado el río los enemigos y apoderándose también de Aristot, tuvo González que recoger su tropa y paisanos para sacarlos del medio de dos fuegos y evitar ser cortados, baxando el camino real entre el puente de Bar y el de Arsequel, donde tomó una nueva posición que respetaron los franceses, adelantados muy poco del primero. Llegó la noche y se retiraron éstos, y también de Aristot, picándolos en retaguardia don Joseph Villela, Capitán de la 1.^a Compañía fixa de Cervera, que, con ella y el resto de la de Isern, se había puesto en observación en las alturas próximas al pueblo, de que resultó a los enemigos alguna pérdida, como también en el ataque de Aristot, y su porfía de pasar el río y puente de Bar. De nuestra parte hemos tenido dos granaderos de Saboya muertos, uno herido, y un paisano muerto de la 2.^a Compañía de Cervera.»

Luis de Marçillac, comentando las consecuencias de esta acción, declara: «Que esta nueva empresa no tuvo otro resultado que el de causar unos cuantos muertos, sin ofrecer a los franceses ventaja alguna. Por lo que a los españoles se refiere, las Milicias de Cataluña (Somatenes) consiguieron aguerriarse tras numerosos combates, poniéndose en condiciones de prestar muy útiles servicios en cuantas acciones pudieran desarrollarse en lo sucesivo.»

Pérignon dispone una nueva reforma en el orden general de sus tropas

En vista del desarrollo de los acontecimientos, Pérignon juzgó oportuno reformar el orden de sus tropas y, así, después de reorganizar sus dos divisiones del centro y de la izquierda, transportó la vanguardia de esta última a Rimors, pueblo cerca del cual Sauret se instaló en seguida en atrincheramientos levantados detrás de las marismas de Cjuran. La brigada Victor, en situación constantemente destacada, continuó vigilando el litoral, desde Collioure hasta Rosas, debiendo asegurar al mismo tiempo las comunicaciones por tierra de esta última plaza al pequeño puerto de la Selva de Mar, comunicación que, a pesar de ser escabrosa, revestía gran importancia como línea de aprovisionamiento, dado que los pequeños navíos, a que había quedado reducida la escuadra francesa, difícilmente podían doblar el cabo Creus bordeando la costa. Camino que, por otra parte, habiendo sido reparado por la brigada Victor, había prestado un gran servicio a los franceses durante el sitio de Rosas. El General Beaufort, que mandaba la división del centro, vino a acampar entre Fortianell y la carretera internacional. En cuanto a la división de la derecha, ésta se mantuvo en su sitio, limitándose a estrecharse un poco sobre sí misma por el flanco izquierdo, sin cesar de apoyarse en el antiguo campo español de Vinyonnet, sector que fué ocupado por la primera brigada de la misma. Esta división se encontraba perfectamente cubierta por el Manol, que si en el verano no ofrecía grandes condiciones defensivas, sí las revestía en invierno al aumentar su cauce.

En cuanto a la reserva continuó ocupando los atrincheramientos de la meseta de Llers, en la que habían quedado asentados los cañones abandonados por los nuestros. Por último, notablemente reforzado el destacamento de miqueletes, situado en lo alto de la Magdalena, éste tenía por misión observar las avenidas que conducían al alto valle del Manol y a la montaña del oeste. El frente francés tenía ante sí el campo de Bañolas, establecido por el General Urrutia para mantener la relación de las tropas regulares con los numerosos y entusiastas partidarios levantados en armas en toda aquella comarca, y del cual había sido destacado en Besalú un puesto avanzado sobre el mismo Fluviá.

En un Consejo de Guerra los Generales franceses acuerdan realizar un reconocimiento ofensivo sobre Besalú y Bañolas

Se imponía un reconocimiento sobre estos dos puntos, Besalú y Bañolas, por parte del alto mando francés, como condición previa para toda marcha sobre Gerona. Pero este avance no era cosa muy fácil

de conseguir, dado que, en el campo de referencia, los españoles habían concentrado, según se decía, las mejores tropas. Pérignon consideró oportuno celebrar un Consejo de guerra en Figueras, al que acudieron todos los Generales, decidiéndose en él que la división de la derecha llevara a cabo sobre Bañolas un amplio reconocimiento. Las otras dos divisiones debían de marchar hacia Fluviá para apoyar a Augereau, quien, en toda esta campaña, hubo, constantemente, de llenar el papel de un comandante de vanguardia.

Se inicia el reconocimiento francés.—Orden de combate del ejército francés.—

Desarrollo de la operación

Este General, teniendo en cuenta que se trataba, desde luego, de apoderarse de Besalú, ordenó al General Guillaume de trasladarse con 2.000 infantes a Lladó y San Martín de Sasserres, en el camino de Besalú a Castellfullit, y con la misión de interceptar todos los socorros que este último puesto pudiera enviar al anterior; los Generales Veirand y Robert, al mando cada uno de 6.000 hombres, debían, el primero de pasar el Fluviá por Esponella, y avanzar luego para barrer el camino de Bañolas, y el segundo marchar directamente sobre el punto amenazado.

Estas tres columnas se pusieron en marcha en la noche del 10 ventoso (28 de febrero), y, a la mañana siguiente, al despertar el alba, habían logrado ejecutar, con toda exactitud, los movimientos que se les había ordenado. El General Augereau, que marchaba con la columna Robert y un escuadrón de jinetes con fuerza de 100 caballos y la artillería volante, ordenó a ésta apuntar sus piezas sobre Besalú, enviando un trompeta con un pliego intimando a la entrega. El parlamentario fué recibido a tiros, pero, bien pronto, el fuego cesó, pues Besalú había sido evacuado. Al punto mismo el toque de rebato se hizo sentir desde la medianoche en la montaña, retirándose las tropas españolas con todos los habitantes, menos algunos niños perdidos que no habían querido huir sin descargar sus armas contra el enemigo (1).

Si hemos de atenernos al testimonio del propio General en Jefe del ejército español de campaña en Cataluña, declarando, en cartas de chas 4 y 7 de marzo, que fueron transcritas por la Gaceta de Madrid del 17 de dicho mes, el movimiento no sorprendió a los nuestros: «La noche del 28 de febrero—manifestaba nuestro General—al 1.º del corriente, recibí algunos avisos de la derecha de haber dexado verse partidas de enemigos más considerables que las acostumbradas por aquellos puntos; pero como la vigilancia y pericia del Coronel don Manuel Aguirre, observa muy de cerca los movimientos del enemigo y que con el Cuerpo de Caballería ligera bate y asegura todo el terreno

(1) No hemos vacilado en transcribir estos conceptos tan propios de la imaginación francesa.

que
otra
él no
que

L
sus t
la m
bres
lante
riori
diat:
y el
yo t
man
fuer:
Besal
río
tres
una
Juar
Cap
yier
don
hab
po,
flan
ción
muc
por
pers
En
Gre
los
hizo
testi
para
que
Flu
cers
aseg
otra

que media entre los ríos Ter y Fluviá, pasando frecuentemente a la otra parte de este último, suspendí toda providencia hasta recibir de él noticias más positivas y circunstanciales, aunque éstas no me dejaban que recelar.»

**La información española de acuerdo con
la francesa**

La información facilitada por el General Urrutia, concuerda, en sus trazos generales, con la francesa: «En efecto—declaraba aquella—la madrugada del día 1.º, se arrojaron, en número de 6 a 7.000 hombres de infantería y 200 ó 300 caballos, con tres piezas de artillería volante, sobre Besalú, cuyo Comandante, observando la enorme superioridad de fuerzas, se retiró con su destacamento a las alturas inmediatas, las cuales facilitaban comunicación con Castellfullit y Olot, y el poder en todo evento proteger aquellos puestos. Antes de saber yo todas estas ocurrencias ya el Duque del Infantado, que se hallaba mandando en Bañolas, me había dado parte de que los enemigos, en fuerza considerable, se habían interpuesto entre este punto y el de Besalú, y supe al mismo tiempo que, por Báscara, habían pasado el río Fluviá 4.000 hombres de infantería y 150 caballos, asegurando con tres cañones de a 8 y un obús. Se había internado este Cuerpo más de una legua en el país, cuando, saliéndole al encuentro el Coronel don Juan Ordóñez, con el Regimiento de Voluntarios de la Corona y el Capitán don Benito San Juan, con las guerrillas de su mando, detuvieron sus progresos y aún le hicieron retroceder; entretanto acudió don Manuel Aguirre, con 80 caballos que le quedaban después de haber empleado en varios objetos y puntos todo lo demás de su Cuerpo, y, con tanta resolución como conocimiento, se dirigió contra el flanco izquierdo, casi sobre la retaguardia del enemigo, cuya operación intimidó de tal modo a éste, que precipitó su retirada sembrando muchos despojos, volviendo a pasar el río con desorden y perdiendo porción crecida de gente ya por el fuego de nuestras tropas que le persiguieron con ardor y ya por los que hizo ahogar su propio tropel. En oposición a este ataque había salido el Mariscal de Campo, don Gregorio de la Cuesta, con siete batallones de infantería y parte de los Carabineros Reales; pero, no obstante la suma diligencia con que hizo su marcha, tuvo el disgusto de no llegar a tiempo, sino para ser testigo de la retirada, ni para venir a las manos como era de desear, para que el escarmiento de aquellas tropas hubiera sido nada menos que una total ruina; se mantuvo en observación a la inmediación del Fluviá hasta entrada la noche, esperando si tal vez, después de reahacerse, renovarían sus esfuerzos, pero viendo frustrados sus deseos y asegurado que el enemigo había retirado a Figueras, condujo Cuesta otra vez sus tropas a que tomasen algún descanso.»

«Al socorro de Bañolas envié inmediatamente al Mariscal de Campo

don Gonzalo O'Farril con 150 caballos, debiéndolo seguir todas las tropas de la vanguardia del ejército; apenas llegó O'Farril a Bañolas marchó con el Duque de Infantado y su corto destacamento de infantería, que apenas llegaba a 800 hombres (dexando apartada la caballería) a reconocer al enemigo; le encontró a una media legua situado en las inmediaciones del lugar de Seriñá con un gran barranco delante, el cual y la espesura de los bosques que rodeaban su posición le hacían inatacable; consideró O'Farril que compondrían como 4.000 infantes y algunos 200 caballos las fuerzas enemigas en aquel punto, cuyo conjunto se ha visto después aumentado por los desertores y prisioneros y se propuso atraerlos a un terreno menos desventajoso, contando con los refuerzos que empezaban a llegar. Con este objeto, después de haber presentado a la vista del enemigo su pequeño destacamento, le volvió a retirar, dexando sólo partidas para entretener el fuego de los cazadores franceses que al instante se *desprendieron* a tirotear como acostumbran; empeñados éstos, siguió, para sostenerles, todo el grueso enemigo, y se entabló una acción muy viva; que habiendo empezado a las tres de la tarde duró hasta bien entrada la noche; luego que las tropas que la sostenían fueron reforzadas por 1.500 hombres de nuestra vanguardia, que conducía el Mariscal de Campo don Ildefonso Arias de Saavedra, resolvieron éste y O'Farril, atacar el frente del enemigo por la infantería, y su izquierda por la caballería. Fueron tan pronto obedecidos y animó tanto su exemplo, que, en un momento, se decidió a nuestro favor la función, huyendo precipitadamente el enemigo, dexando sembrado de cadáveres el campo de batalla, y arrojando fusiles, mochilas y otros despojos; la noche, los bosques que tenían a su espalda y lo escabroso del terreno les valió el que no se llevase más adelante la derrota, y al romper el día, ya nuestras avanzadas, nuestras guerrillas y los paisanos daban aviso de que los enemigos pasaban el río, marchando con prisa hacia sus campos y evitando así, la nueva carga que se preparaba. Había en Besalú porción de granos del Rey, que su apresurada fuga no les permitió retirar, antes bien abandonaron 20 caxones de cartuchos suyos y otros efectos; no se llevaron tampoco ganado del país, sin embargo de lo mucho que necesitaban de toda esta especie de víveres; pero han dejado un rastro no interrumpido de ferocidad con que hacen la guerra, destruyendo cuanto encontraban, y matando en varios lugares porción de paisanos desarmados y algunas infelices mujeres.»

Pero la Gaceta de Madrid no se limitaba a ofrecer al conocimiento público la relación que acabamos de transcribir, sino que, en la del 27 de marzo, se publicaban, asimismo los partes recibidos por el General Urrutia, de los Mariscales de Campo don Gregorio de la Cuesta, don Gonzalo O'Farril y el Coronel don Manuel de Aguirre; escritos en los que: «Se da un conocimiento más detallado de las ocurrencias de aquel día en que venían los enemigos resueltos a penetrar y establecerse a la vista de la plaza de Gerona y son, a la letra, como siguen: «Al

amanecer del día 1.º del corriente, los enemigos, en número de 4.000 infantes y 1.500 caballos, pasaron el río Fluviá por Bascara, y vinieron a apostarse en las alturas de Coll de Orriols, donde los encontraron nuestras partidas de descubierta, y dexándolos acercarse, los atacaron y rechazaron hasta la Cruz de Fallinas, donde se hicieron firmes al favor de un barranco y contuvieron a los contrarios hasta la llegada del Coronel don Juan Ordóñez, con su Regimiento de Voluntarios de la Corona, y del Teniente Coronel don Benito San Juan, con la caballería y Dragones de las guerrillas, que, al primer aviso, acudieron hacia aquella parte, y, reunidos, obligaron a los enemigos a retroceder a su primera posición de Orriols, donde se mantuvo algún tiempo, pero, poco a poco, emprendió nuevo ataque al ver que nuestras tropas apenas componían la cuarta parte del número de las suyas, y volvió hasta la inmediación del barranco de Fallinas, en cuya quebrada aportó Ordóñez una compañía de tiradores, mandada por el Subteniente don Juan Cruz, que sostenido por las partidas de Caballería contuvieron nuevamente al enemigo, en ocasión que iba llegando el Coronel don Miguel Aguirre, con el Cuerpo de Voluntarios de Caballería y Dragones de su mando, quien se dirigió, desde luego, a rodearle por su flanco izquierdo, y este movimiento y los nuevos esfuerzos de nuestra infantería y guerrillas obligaron al enemigo, por segunda vez, a retirarse a Coll de Orriols, donde permanecieron, cuando yo me iba acercando a toda prisa, por disposición de V. E. con siete Batallones y 140 Carabineros Reales; pero aún me faltaría media hora de camino, cuando el Coronel, don Juan Ordóñez, me dió aviso de que el enemigo se iba retirando, y le previne que con todo empeño persiguiese y cargase su retaguardia para dar lugar a la llegada de mis tropas, lo que executó a pesar de la precipitación con que los enemigos se retiraron a la otra parte del río, en cuyo paso y encuentros anteriores se le mataron más de 30, se les tomaron seis prisioneros, y otros muchos fueron arrastrados por la corriente, dexando a esta parte del río varios efectos que comprueban la precipitación de su retirada, cuya extraordinaria diligencia me privó de la oportunidad de atacarlos con todas mis tropas, que no pudieron llegar hasta que los enemigos acababan de pasar el río, y habían apostado los suyos en la salida del vado, protegidos de tres cañones de a 8 y un obús con que ofendían nuestra vanguardia, y, con este motivo y la proximidad de la noche, nos mantuvimos en observación hasta que el enemigo desfiló con toda su fuerza hacia Figueras.»

Este parte estaba firmado por don Gregorio de la Cuesta, y fechado el 6 de marzo en el cuartel general de Gerona. El del Mariscal de Campo, don Gonzalo O'Farril, decía lo siguiente: «Cumpliendo con la orden que recibí de V. E. en la mañana del día 1.º de este mes, para que pasara a Bañolas con todas las tropas de la vanguardia a sostener aquel punto y atacar a los enemigos que habían penetrado entre él y Besalú, siempre que lo permitiesen las circunstancias, me adelanté con parte de los Escuadrones de Santiago y Calatravas, a las órdenes de sus respectivos

Tenientes Coroneles, don Daniel Magdonell y don Joseph María Bucareli; en Bañolas hallé bien colocados para recibir a los enemigos, al Regimiento de Voluntarios de Castilla, a las órdenes del Brigadier Duque del Infantado, al Batallón de las Ordenes Militares, mandado por el Coronel don Bernardo Hidalgo, y a un esquadron de Alcántara por su Sargento Mayor don Rafael Valcárcel.»

«Informado que los enemigos tenían interceptada la comunicación con Besalú y que se hallaban en el lugar de Serriñá, distante media legua de Bañolas, me dirigí a dicho pueblo con las fuerzas citadas, dexando, antes de llegar a él, en terreno conveniente, la caballería, y adelantando dos partidas de descubierta a las órdenes del Sargento Mayor de Voluntarios de Castilla don Joaquín Blake, con 25 caballos, a espaldas de Serriñá hallé en situación muy ventajosa a los enemigos, y reunidas sus fuerzas comprendí que no bajaban de 4.000 hombres; formado allí se me unieron las compañías de Gastadores del ejército, a las órdenes del Teniente Coronel don Roque Abarca; los enemigos empezaron, desde luego, a arrojar sus tropas ligeras por el flanco izquierdo de la posición que teníamos, en cuya atención, y a ser todo aquel terreno favorable a esta clase de tropas, dispuse que la de Blake y la de Abarca, sostuviesen el primer fuego, ínterin mejorábamos nuestra posición. Concluido este primer momento se me incorporó el Batallón de Barcelona, mandado por su Sargento Mayor don Narciso de la Valeta. Volví a formar en batalla, dexando sostenido por esta tropa el flanco izquierdo, y continué retirándome, en los mismos términos, para dar lugar a que se me fuesen uniendo las tropas de la vanguardia, y llegar al terreno donde había quedado la caballería; ya en ésta, e incorporado el Regimiento de Granada, esperé en batalla largo rato, sin que los enemigos se atreviesen a salir de los bosques, sino con partidas sueltas de sus tropas ligeras, y aunque Bucareli se me brindó, para cargarlos con la caballería, lo impedí por el aviso que recibí de que los enemigos me ganaban con la suya el flanco derecho, y considerando que aún no podía ser decisivo este ataque; entonces se me acababa de unir el Mariscal de Campo don Ildefonso Arias, y, a corto rato, el resto de la tropa de la vanguardia de su mando, a saber, el Regimiento de Valencia, el del Brigadier Conde de S. Genois, el de Voluntarios del propio nombre, al de su Comandante don Antonio Troncoso, y los Batallones de los Guardias Walonas, con su actual poca fuerza, mandados por el Brigadier Barón de Meer, Juntas estas tropas cargó la caballería por disposición de Arias, tomando el flanco izquierdo al enemigo al propio tiempo que por el centro atacó nuestra infantería; los enemigos huyeron precipitadamente, dexando en el campo muchos cadáveres y mayor número de mochilas y armas; nuestras tropas ligeras los siguieron hasta allá de Serriñá; pero había anochecido ya y fué preciso suspender el alcance; se mantuvieron en su antigua posición, pero alarmados toda la noche; y al amanecer evacuaron Besalú, retirándose a su campo con tanta precipitación, que se dexaron 20 caxones de cartuchos suyos, y todo el trigo de nuestra provisión, sin haber conse-

guido ventaja alguna de su correría, en el cual dexaron como acostumbraban, con la muerte de varios infelices desarmados, de dos mujeres y un niño, las señales propias de la ferocidad con que violan los sagrados derechos de la humanidad y la inocencia; su escarmiento no ha sido pequeño, pero ha quedado distante de corresponder a mis deseos, y al empeño y bizarría de las tropas, especialmente de la caballería, cuyos Xefes merecen particular recomendación.»

Este parte estaba también fechado en Gerona, el 6 de marzo. El de don Manuel de Aguirre, correspondía al día 2, y su transcripción literal era la siguiente: «La experiencia que ayer hice de los oficiales y tropa que, con el nombre de ligera de la caballería, se ha dignado V. E., poner a mi cargo, por la conducta y acciones que noté en todas, me hace ofrecer a V. E. los más útiles servicios de su parte.»

«A pesar del reducido número de 80 que me quedaron, por tener destinados aún en Besalú 150 de mis soldados, guarnecidos los puestos de Batallón, sobre de nuestra derecha, y por haber dexado a mi segundo don Benito S. Juan, para la oposición y ataque por el frente, la mayor porción posible de tropa (lo que executó acertadísimo, y con la resolución que es notoria) con los 80 que quedaban, y en quienes reconocí yo disposición para cualquier movimiento atrevido, envolví al enemigo por la izquierda, por medio de un rodeo de un camino penoso, y bien difícil, que me puso al fin flanqueando toda su izquierda, y casi a su retaguardia.»

«La formación dilatada que di a mi frente, las atrevidas partidas que con desprecio del fuego me circuían, y la feliz posición que el suelo me ofrecía, hicieron respetable a mi tropa, porque deteniéndose repentinamente en su marcha principiaron a retroceder las tropas del ataque, después de haber hecho un alto o suspensión, que quizá también resultó de otras causas que la casualidad juntaría para hacerme creer que la actuación de mi tropa, fruto de la confianza que me había inspirado, podía haber sido también causa y motivo.»

Consideraciones sobre el reconocimiento defensivo de que se trata

No hay en la información francesa nada que contradiga o modifique especialmente el contenido de nuestro relato oficial. Es lo cierto que, aunque no se tratase más que de un reconocimiento sobre Bañolas, Pérignon hubo de movilizar la totalidad de sus fuerzas, y si como hemos visto encomendó a la División de Augereau, o sea la de la derecha, llevar a cabo el ataque principal, o mejor dicho, el reconocimiento sobre la izquierda española, igualmente la división central había de entrar en juego, operando sobre Bascara, y a lo largo de la carretera internacional, mientras la de la izquierda vigilaba la línea del Fluviá próxima a la desembocadura.

Prudentemente obró Augereau, que acompañaba a la columna Ro-

bert y que tenía la misión de operar directamente contra Bañolas, al tomar posición en Serriñá, tras el lecho profundamente encajonado de un afluente del Sort, que lo es, a su vez, del Fluviá. Al acudir, desde el Coll de Orriols, el Mariscal de Campo O'Farril, a la cabeza de la división de Vives y de Cuerpo de caballería numeroso, era obligado que nuestro General evitara, por el momento, atacar una posición enemiga en excelentes condiciones de defensa. Mas decidido a llevar a cabo un ataque a fondo, plausible es su intención de tratar de engañar al enemigo, fingiendo una retirada precipitada. No parece, en efecto, que Augereau cayera con este engaño, y, por ello, se limitó a destacar de su ala izquierda, para observar a estas tropas nuestras, en fingida huída, al 3.º Batallón de Cazadores y a los Granaderos del General Guilleume.

Reconoce la información de que se trata que estas fuerzas francesas, habiendo primero desplegado a sus cazadores en guerrilla o línea de tiradores, seguidos de los Granaderos como fuerza en reserva, llegaron insensiblemente a alejarse bastante del grueso de su cuerpo, falta que fué aprovechada por nuestro mando superior, ordenando a la caballería llevarse a cabo una carga sobre estas tropas destacadas. Y realmente, no siendo el movimiento apercibido por el enemigo, los nuestros hubieran podido obtener un completo éxito en su ataque, si la decisión de un pequeño tambor no hubiese puesto en aviso a sus compañeros de armas, advirtiéndoles del peligro.

Sobrevenida la caída de la tarde, ante la proximidad de la noche, O'Farril se hubiese visto obligado a cejar en su esfuerzo a no haber acudido a tiempo el Mariscal de Campo, Arias, que mandaba la vanguardia situada en el Coll de Orriols, con 1.500 hombres de refuerzo. Sabemos cómo nuestro General reanudó su esfuerzo ofensivo, e hizo maniobrar a la caballería con orden de cortar la retirada de las tropas de Augereau. Es indudable que éste pudo mantenerse en posición hasta la llegada del alba, pero, no es menos cierto que al no verse apoyado del lado de Bascara, hubo de replegarse a Besalú, que evacuó *no sin alguna precipitación*; afirma Fervel, lo que nos permite suponer que, si pudo retornar a sus acantonamientos en Navata, en donde le esperaba la Brigada Rouge, de la división del centro, ello lo fué en plena derrota, y no en muy buenas condiciones de seguridad y de orden.

Porque, en efecto, la división francesa, que en la noche del 10 al 11, o sea el 28 de febrero al 1.º de marzo, se había trasladado ante Bascara, no pudo lograr su objetivo. Habiendo lanzado una de sus brigadas contra la orilla izquierda del Fluviá, en el momento en que Augereau entraba en Besalú, ésta fracasó por completo en la realización de su cometido. En un principio el empuje de su vanguardia, que llegó a rechazar algunos de nuestros puestos avanzados, la permitió avanzar hasta el pie del Coll de Orriols, pero pronto hubo de pagar caro su imprudencia, pues efectivamente, advertidos del avance enemigo, los Generales Cuesta e Iturrigaray, descendiendo rápidamente de las alturas que ocupaban, se lanzaron contra los franceses, en tanto que un fuerte destacamento de

Caballería ligera, trataba de ganar, por la derecha, una pequeña llanura próxima al vado del Fluviá. Si en un principio pudo aceptar el enemigo el desarrollo de una lucha manifiestamente desigual, apenas pudo tener tiempo para repasar el río, y llegó a realizarlo fué gracias a la protección de tres piezas de artillería que habían sido establecidas previamente por Pérignon, en situación de batir las avenidas del vado, dándose conocimiento de todo lo que pasaba en este sector al quedar establecido, en la orilla izquierda del Fluviá con el resto de la división central.

Sin duda alguna, acertado estuvo al enviar a Navata la brigada Rougé con misión de asegurar la retirada de Augereau. Igualmente estuvo precabido al disponer otro tanto respecto del puente de S. Pedro Pescador, cerrando, así, a la caballería española su fácil traspaso, con cuatro piezas de 4 y 1.200 hombres sacados de la división Sauret. Y advierte Fervel, que esta división, que no había tomado parte alguna en la acción de sus vecinas, limitándose a llevar a cabo algunas demostraciones en la víspera del reconocimiento de que estamos tratando, no pudo impedir, en modo alguno, dada su inacción presumida por Urrutia, el que éste pudiera, en los momentos oportunos, concentrar sus fuerzas en los puntos amenazados, según hemos podido verlo. De esta suerte nuestro ilustre General pudo disponer de una positiva libertad de decisión y de mando.

La conducta de las tropas españolas de- ja satisfechos a sus Generales

La conducta de nuestras tropas había dejado plenamente satisfechos a los Generales que habían intervenido en la acción, y, así el General en Jefe del Ejército español, se consideraba en el caso de manifestar que : «La relación presente hará sin duda conocer a S. M. cuanto debe esperarse del valor, actividad y conocimientos militares de los tres Generales que se han empleado en esta ocasión, y los partes detallados de sus operaciones, que remitiré sin pérdida de tiempo, informarán, con más individualidad, el mérito que han hecho en los varios puntos todos los Jefes, Oficiales y tropa, y los sujetos que más particularmente se han distinguido.»

«Toda la tropa y oficiales manifestaron su ánimo y los más vivos deseos de llegar a las manos —daba cuenta don Gregorio de la Cuesta— los Coroneles don Juan Ordóñez y don Manuel Aguirre, como el Teniente Coronel don Benito San Juan, dieron nuevas pruebas de valor y pericia ; y estos tres Comandantes, que presenciaron los ataques, me aseguran ser digna de todo elogio la bizarría que manifestaron el Primer Teniente don Joseph de Cuéllar y el Subteniente don Juan de la Cruz, Comandantes de las Compañías de Tiradores, así como sus Subalternos don Joseph Bru y don Francisco Mati, y los Comandantes de las partidas de guerrillas don Casimiro Loy y don Francisco Xavier Riera.»

Por su parte O'Farril, después de ensalzar, según vimos, el empeño y bizarría de las tropas, especialmente de la caballería, cuyos Jefes le

merecen particular recomendación, manifestaba que : «Todos los Xefes y Oficiales han concurrido a esta acción con zelo y valor. Y el Coronel don Manuel de Aguirre, después de ensalzar la experiencia de los Oficiales y Tropa de la Caballería ligera, y *demás circunstancias que hicieron respetable a la totalidad de su tropa*», indicaba a su superior jerárquico que lo comunicaba : «A fin de que conocido el carácter del cuerpo use V. E. de él en los términos que sean del mejor servicio del Rey y a la mayor gloria de V. E. en las ocasiones más arriesgadas y de mayor empeño».

Sin duda alguna, el reconocimiento ordenado sobre Báscara por el General Pérignon, hubo de convencerle de que no era fácil conseguir grandes victorias ante un ejército que, aunque vencido, así se mostraba dispuesto a luchar con tesón y a rehabilitarse por completo.

